

CUARTA PARTE
*Orígenes y fundamentos
de la nueva era asiática*

X

El reto del «ascenso pacífico»

«El centro de la vorágine mundial se ha desplazado [...] a China. Cualquiera entiende que en ese poderoso imperio [...] reside una de las claves de la política mundial durante los próximos quinientos años». Así anunciaba en 1899 el secretario de Estado John Hay la política de Puertas Abiertas que pedía para Estados Unidos un acceso comercial a China equivalente al de las demás grandes potencias. El ex embajador estadounidense en las Naciones Unidas Richard Holbrooke, citando a Hay más de un siglo después, declaraba que actualmente «todo es diferente y nada ha cambiado [...] De «formas muy diferentes, Estados Unidos busca todavía una puerta abierta; el secretario del Tesoro y un Congreso encolerizado piden a China que revalúe su moneda para dar a las empresas estadounidenses una mayor posibilidad de competir con la economía que crece más rápidamente en el mundo»¹.

Pese a Holbrooke, la situación actual a este respecto es radicalmente diferente de la de hace un siglo. A tenor de las reglas de la OMC Estados Unidos tiene el mismo acceso a China que cualquier otro país, y lo que es más, cuando China se incorporó a la OMC en 2001 «aceptó uno de los programas más rápidos, entre los nuevos miembros, de reducción de los aranceles a las importaciones y de apertura del mercado»; pese a numerosos problemas, ha «cumplido los plazos y aprobado las leyes»². El problema en las relaciones chino-estadounidenses al iniciarse el si-

¹ R. Holbrooke, «China Makes Its Move», *The Washington Post*, 27 de mayo de 2005.

² H. Winn, Howard, «Accession has Brought Changes to China and WTO», *International Herald Tribune*, 7 de noviembre de 2005. Entre otras condiciones, antes de poder incorporarse a la OMC China tuvo que aceptar que otros miembros pudieran restringir sus importaciones de tejidos y ropa china si éstas aumentaban demasiado y perturbaban excesivamente su mercado. En 2005 la Unión Europea y Estados Unidos hicieron uso de esa previsión para volver a imponer cuotas a sus importaciones de

glo XXI ya no es el acceso comercial de Estados Unidos a China, sino que esta última ha sustituido a Estados Unidos como la economía de crecimiento más rápido del mundo y busca un acceso comercial a Estados Unidos igual al de otros países. Parafraseando la metáfora de Hay, el problema no es sólo que el centro de la vorágine mundial se haya desplazado a China, algo que hoy es todavía más cierto que hace un siglo; el problema es la percepción generalizada en Estados Unidos de que una «vorágine roja» centrada en China, como decía Lou Dobbs en su programa del 27 de junio de 2005 en la CNN, «estaba llegando a nuestras costas y llamando a nuestras puertas».

Tras madurar durante años, la cuestión de lo abierto que debe estar la «puerta» estadounidense a las importaciones y la inversión desde China estalló provocando grandes aspavientos al conocerse la oferta de la Compañía Nacional China de Petróleo Marítimo, conocida por su sigla en inglés CNOOC [China National Offshore Oil Company] para adquirir la empresa petrolera estadounidense Unocal. Aunque Unocal había aceptado ya ser absorbida por Chevron, como finalmente lo fue, el 30 de junio de 2005 la Cámara de Representantes aprobó por 398 votos contra 15 una resolución afirmando que permitir a la CNOOC comprar Unocal «amenazaría la seguridad nacional de Estados Unidos». Las emociones se dispararon. Un director de la Agencia Central de Inteligencia en el gobierno de Clinton calificó a la CNOOC de instrumento empresarial de «una dictadura comunista», haciendo eco de la retórica de Dobbs sobre la «vorágine roja»; un alto funcionario del Departamento de Defensa en el gobierno de Reagan describió la iniciativa de la CNOOC como un paso para proporcionar a China los recursos que necesitaba «para sustituir a Estados Unidos como principal potencia económica del mundo, y si era necesario, derrotarnos militarmente»³.

Por difícil que resulte discernir dónde acaba el anticomunismo de la Guerra Fría y dónde empieza la preocupación frente a un nuevo competidor, el pánico de 2005 a raíz de la oferta de la CNOOC por Unocal recuerda las preocupaciones estadounidenses de finales de la década de 1980 frente a la «amenaza japonesa». Como recuerda Doug Henwood, entonces se decía que «tras destruir nuestra base industrial mediante una competencia “desleal”, los japoneses habían iniciado la compra de activos estadounidenses como bonos del Tesoro, el centro Rockefeller y la MCA. La amenaza real, por supuesto, era que Estados Unidos estaba afrontando un serio competidor económico [...] Que además fuera asiático proporcionaba a los más inquietos un profundo depósito de prejuicios y rencores al que recurrir. La burbuja

artículos chinos. Véase J. Kanter y K. Bradsher, «A Return to Quotas», *The New York Times*, 9 de noviembre de 2005.

³ S. Lohr, «Who's Afraid of China Inc.?», *The New York Times*, 24 de julio de 2005.

japonesa se desinfló y la amenaza del peligro amarillo se desvaneció; pero ahí la tememos de nuevo, esta vez con rostro chino»⁴.

Hasta observadores como Paul Krugman, quien hace quince años pedía a la opinión pública estadounidense que no se sobresaltara por las compras japonesas de empresas estadounidenses, juzgaba que el «desafío chino parece mucho más serio de lo que lo fue nunca el japonés». Krugman no encontraba «nada sorprendente» el hecho de que los chinos no parecieran ya «satisfechos con el papel de financieros pasivos [de la deuda exterior estadounidense] y reclamaran el poder que va anejo a la propiedad». De hecho, Estados Unidos debería sentirse aliviado de que los chinos traten de utilizar sus dólares para comprar empresas estadounidenses en lugar de competir deslealmente con ellas; sin embargo veía dos aspectos en los que la inversión china difería de la japonesa de quince años antes. Uno es que los chinos no muestran intención de «dilapidar su dinero [en inversiones de gran prestigio] como tan torpemente hicieron los japoneses». Sus inversiones, por lo tanto, no serán sólo una subvención a Estados Unidos como lo fueron las japonesas. Pero la razón más importante es que «China, a diferencia de Japón, parece estar emergiendo realmente como un rival estratégico de Estados Unidos y un competidor por los recursos escasos», lo cual convertía la oferta china por Unocal, una empresa energética de alcance global, en «algo más que un propuesta de negocio».

Unocal suena [...] exactamente como el tipo de empresa que el gobierno chino podría querer controlar si preparara una especie de «gran juego» en el que las principales potencias económicas se enfrentaran por el acceso a grandes reservas de petróleo y gas natural (comprar una empresa es mucho más barato, en vidas y en dinero, que invadir un país productor de petróleo) [...] Si de mí dependiera, yo bloquearía la oferta china por Unocal; pero sería mucho más fácil adoptar esa decisión si Estados Unidos no fuera ya tan dependiente de China, no sólo para comprar sus promesas de pago, sino para que le ayude a hacer frente a Corea del Norte mientras el ejército estadounidense siga empantanado en Iraq⁵.

En este diagnóstico se muestran a las claras todos los síntomas del síndrome de China examinado en el capítulo 7. Los atentados del 11 de Septiembre dieron a los neoconservadores del gobierno de Bush la oportunidad de oro que estaban esperando para invadir Iraq con el doble objetivo de superar el síndrome de Vietnam y reforzar el control estadounidense sobre los recursos energéticos globales. Aunque el compromiso en el frente de Asia occidental suponía dejar a un lado la campaña de

⁴ D. Henwood, «Chinese Shark Attack», *The Nation*, 12 de julio de 2005.

⁵ P. Krugman, «The Chinese Challenge», *International Herald Tribune*, 28 de junio de 2005.

presión sobre China preconizada desde hacía tiempo por los neoconservadores, creían razonablemente que una victoria fácil y rápida en Iraq crearía condiciones muy favorables para reanudar con mayor eficacia esa campaña. Pero en el verano de 2004 estaba ya claro que la invasión de Iraq no iba a alcanzar sus objetivos originales y que por el contrario estaba facilitando la consolidación y mayor expansión de la pujanza económica y política de China en la región de Asia oriental y más allá de ella. En círculos próximos al gobierno de Bush comenzó a crecer la sensación de que se estaba perdiendo impulso en la campaña para sofrenar a China y que había llegado el momento de diseñar alternativas más realistas al fallido plan neoconservador.⁶

Mi propósito en este capítulo es examinar tres de esas alternativas, los problemas que plantean y las razones por las que la actitud estadounidense hacia China se ha caracterizado por una mezcla incoherente de las tres. Las tres alternativas han sido propuestas por conservadores, pero constituyen posibilidades lógicas distintas que, en una variante u otra, puede esperarse que orienten la política estadounidense sea cual sea el partido que gobierne en Washington. Es difícil decir cuál de estos planes acabará prevaleciendo. Lo único que podemos decir con seguridad es que la retórica antichina atraviesa las líneas de partido y que es improbable que un gobierno demócrata se aleje del repertorio de medidas puestas en práctica por los republicanos.

Desconcierto frente al ascenso chino

Estados Unidos tiene la costumbre de enviar a China señales «caprichosamente ambiguas».

Usted puede jugar en la liga capitalista pero sin pretender aspirar al campeonato. Ese mensaje, como en el caso del «cachete» a Japón durante la década de 1980, es en el mejor de los casos paranoide y en el peor racista. A los occidentales se nos puede confiar un poder económico enorme, pero no a los hijos de un dios menor⁶.

El pánico desatado por la puja de la CNOOC por Unocal envió señales aun más contradictorias. Según Clyde V. Prestowitz, fundador y presidente del Economic Strategy Institute y asesor del secretario de Comercio en el gobierno de Reagan, «les dimos a los chinos el dinero que ahora están utilizando para tratar de comprar Unocal, y pretendemos decirles ahora que sigan invirtiendo en nuestros bonos pero que no puede invertir ni una pizca de sus excedentes en una compañía petrolera. Esto

⁶ R. Scheer, «On China at least, Nixon was right», *Angeles Times*, 26 de julio de 2005.

es realmente confuso e hipócrita por nuestra parte»⁷. Y lo que es aún peor, los legisladores que «autorizaron la conquista “preventiva” del país con las segundas reservas mundiales de petróleo en el planeta cuestionan ahora el derecho de China a utilizar los dólares que han ganado exportando productos legales para comprar una empresa multinacional basada en Estados Unidos». Mientras que los asiáticos «no deberían sentirse en absoluto amenazados [por] la pertenencia a Unocal de yacimientos de gas natural en su continente», demócratas y republicanos proclaman al unísono el derecho de Estados Unidos a impedir por razones de seguridad nacional que los chinos compren Unocal, aunque Estados Unidos sea «el único país con poderío militar suficiente para imponer o impedir un bloqueo mundial de [petróleo] o cualquier otro recurso vital»⁸.

Estas señales contradictorias y todo el caso de la CNOOC formaban parte de un giro de la política estadounidense hacia una actitud más beligerante hacia China. Ya en la Convención del Partido Republicano celebrada en Nueva York en agosto de 2004 se proclamó que «Estados Unidos ayudará a Taiwán a defenderse». Aquel mismo verano la Armada estadounidense llevó a cabo la «Operación Pulso de Verano ‘04», que suponía el despliegue simultáneo de siete de los doce grupos aeronavales de combate estadounidenses. Aunque al Pacífico sólo se enviaron tres de ellos, aquella exhibición de fuerza alarmó profundamente a los chinos. Para calmar los ánimos, el 26 de octubre el secretario de Estado Powell declaró a la prensa en Pekín que «Taiwán no es independiente. No disfruta de soberanía como nación y esa sigue siendo nuestra posición, nuestra firme posición [...] Queremos que ninguno de los dos bandos emprenda acciones unilaterales que perjudicarían el resultado final, una reunificación que todos desean»⁹.

Pese a la inequívoca declaración de Powell, tras las elecciones de noviembre de 2004 y su sustitución por Condoleezza Rice como secretaria de Estado, la política estadounidense viró ostensiblemente hacia una actitud agresivamente antichina. El 19 de febrero de 2005 Estados Unidos y Japón firmaron un nuevo tratado militar y dieron a conocer una declaración en la que Japón señalaba por primera vez junto a Estados Unidos la seguridad en el estrecho de Taiwán como un «objetivo estratégico común». «Nada podría haber sido más alarmante para los dirigentes chinos –apunta Chalmers Johnson– que la revelación de que Japón había puesto fin a seis décadas de pacifismo oficial reclamando su derecho a intervenir en el estrecho de

⁷ Citado en S. Lohr, «Who's Afraid of China Inc.?», *The New York Times*, 24 de julio de 2005.

⁸ R. Scheer, cit. Véase también A. M. Jaffe, «China's Oil Thirst. Wasted Energy», *International Herald Tribune*, 28 de julio de 2005.

⁹ Chalmers Johnson, «No Longer the 'Lone' Superpower. Coming to Terms with China», Japan Policy Research Institute, www.jpri.org, 2005, p. 7.

Taiwán»¹⁰. La agencia de noticias Xinhua [Nueva China] calificaba aquella declaración conjunta como algo «sin precedentes» y citaba la declaración de un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de que China «se opone resueltamente a que Estados Unidos y Japón adopten ningún acuerdo bilateral con respecto al Taiwán chino, lo que significa inmiscuirse en asuntos internos chinos y atenta contra la soberanía china»¹¹.

Pocos meses después, el 4 de junio, Rumsfeld pronunció en Singapur una conferencia sobre estrategia en la que señaló que China «parece estar mejorando sus misiles, lo que le permitiría alcanzar objetivos en muchas áreas del mundo», y que además estaba «reforzando su capacidad de proyectar poder» en la región. A continuación añadió: «Dado que ningún país amenaza a China, cabe preguntarse: ¿por qué esa inversión creciente? ¿por qué esa prolongada y ampliada adquisición de armas? ¿por qué esos continuos despliegues de fuerza?». Considerando que los aviones y buques de guerra estadounidense merodean incesantemente por las inmediaciones de las costas chinas; que hay misiles estadounidenses con cabezas nucleares dirigidos hacia China; que bases estadounidenses rodean China por todas partes; y que durante los últimos diez años Estados Unidos ha entregado armas cada vez más potentes a Taiwán, «para Pekín –observa Michael Klare– esos comentarios [de Rumsfeld] debieron de ser sorprendentes». Sorprendentes o no, «mostraban un mayor grado de beligerancia hacia China que el expresado en cualquier declaración oficial estadounidense desde el 11 de Septiembre y fueron ampliamente entendidos así en la prensa estadounidense y asiática»¹².

Un mes después, un informe sobre la capacidad de combate china dado a conocer por el Pentágono confirmaba esa actitud beligerante. Aunque el documento destacaba las debilidades y los puntos fuertes del ejército chino, su principal afirmación era que China estaba ampliando su capacidad bélica más allá de su propio territorio y que eso constituía un peligroso desafío al orden global. «La velocidad y alcance del esfuerzo militar chino –afirmaba el informe– pueden poner en peligro los equilibrios militares regionales. Las tendencias actuales de la modernización militar china pueden proporcionar al país una fuerza capaz de llevar a cabo toda una variedad de operaciones militares en Asia –mucho más allá de Taiwán– y plantean potencialmente una amenaza creíble a los ejércitos modernos que operan en la región». El gobierno chino reaccionó inmediatamente. En un encuentro convocado a toda prisa, un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores le dijo al em-

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Citado en M. Klare, «Revving Up the China Threat. New Stage in US China policy», *Japan Focus*, 13 de octubre de 2005.

¹² *Ibid.*

bajador estadounidense que ese informe difundía deliberadamente la teoría de una «amenaza china». «Interfiere abiertamente en los asuntos internos chinos y es una provocación contra las relaciones de China con otros países»¹³.

En el momento en que se propagó el pánico en el Congreso y en los medios por la oferta de la CNOOC por Unocal, el gobierno de Bush había reanudado ya su campaña para poner freno y posiblemente hacer retroceder el poder chino. A este respecto, no obstante, distraído como estaba por la guerra en Iraq, el gobierno había quedado por detrás del Congreso en el sentimiento antichino, especialmente en relación con el déficit comercial estadounidense y las prácticas chinas, supuestamente desleales, que lo provocaban. De hecho, la reanudación por parte del gobierno de iniciativas antichinas en la esfera geopolítica se puede interpretar como un intento de contrarrestar la presión del Congreso en favor de otras iniciativas más energéticas en la esfera comercial.

Todo este planteamiento puede constatarse en la distinción establecida por el neoconservador Max Boot entre «la buena acometida contra China y la mala acometida contra China». Como él mismo explicó, «la mala acometida se centra en las quejas por el diluvio de artículos chinos sobre nuestro mercado. El hecho es que su éxito muestra la falta de competitividad de nuestra economía; pero los comentarios de Rumsfeld [que China está gastando demasiado en su presupuesto militar y no emprende con la suficiente rapidez las reformas hacia “un gobierno más abierto y representativo”] son una buena acometida, porque el rápido equipamiento militar de China [...] [amenaza] a Taiwán y puede desatar una carrera de armamentos que lleve a la nuclearización de Japón, Corea del Sur y Taiwán». En opinión de Boot, por eso debe frenar China su gasto militar, pese a que el gasto militar estadounidense sea entre cinco y diez veces mayor, y aceptar el *statu quo* asiático y que la seguridad regional quede garantizada por las fuerzas estadounidenses¹⁴.

Los argumentos de Boot son coherentes en general con la doctrina de Seguridad Nacional de septiembre de 2002, según la cual las fuerzas estadounidenses «deben ser lo bastante fuertes como para disuadir a potenciales adversarios de emprender un fortalecimiento militar con la esperanza de sobrepasar o igualar el poder de Estados Unidos». Sin embargo, en el nuevo clima de susceptibilidad global hacia el matonismo estadounidense y la creciente dependencia económica de Estados Unidos con respecto a China, el gobierno de Bush ha tenido que hilar más fino en su pretensión de preservar el poderío estadounidense. De ahí su renuencia a emprender medidas proteccionistas que podrían provocar represalias chinas que elevarían los tipos de interés estadounidenses con consecuencias deflacionarias im-

¹³ *Ibid.*

¹⁴ Citado en R. Cohen, «Shaping China's Future Power», *The New York Times*, 12 de junio de 2005.

predecibles sobre el sector de la construcción y el gasto en consumo en Estados Unidos. Como decía en julio 2005 el presidente del Consejo de Asesores Económicos de Bush (y sucesor de Alan Greenspan al frente de la Reserva Federal desde el 1 de febrero de 2006), Ben S. Bernanke, el gobierno estadounidense no contaba con «otra opción que la paciencia» para crear condiciones que le permitan invertir los papeles y hacer de Estados Unidos un país más productivo, capaz de aumentar sus exportaciones a Asia y de inducirla –especialmente a China– a adoptar el papel de consumidor¹⁵.

A pesar de la mayor beligerancia hacia China en cuestiones geopolíticas (la «buena acometida contra China» de Boot), las dificultades en Iraq exigían una actitud más realista también en esa esfera. El nuevo «realismo nacido en Iraq, una empresa tan costosa en términos de estatus y credibilidad estadounidense en el mundo que ha complicado, y puede hacer impracticable, cualquier nuevo ejercicio de acción preventiva en la guerra contra el terror», se hizo pronto evidente en «un esfuerzo por reparar parte del daño del primer gobierno [de Bush] estrechando lazos con nuestros aliados, escuchándoles e intentando una cooperación con ellos [en diversos asuntos] desde Irán hasta Kosovo»¹⁶. Esta actitud más realista nacida en Iraq era sin embargo difícil de fijar allí donde es más importante, esto es, en las relaciones chino-estadounidenses. Además, qué podía significar el realismo en las relaciones chino-estadounidenses era (y todavía sigue siendo) una cuestión muy controvertida incluso entre los conservadores. La amplia diversidad de posiciones queda bien ilustrada por las propuestas radicalmente opuestas de Robert Kaplan, Henry Kissinger y James Pinkerton.

¿Hacia una nueva Guerra Fría?

La posición de Kaplan parte de la estrategia de Mearsheimer de contener el poder de China mediante una «coalición equilibradora»¹⁷. Como Mearsheimer, Kaplan asume que la irrupción de China como gran potencia es inevitable y que también lo es en consecuencia el choque con los intereses estadounidenses. «Siempre que han surgido grandes potencias [...] (Alemania y Japón en las primeras décadas del siglo XX, por citar dos ejemplos recientes), han solidado mos-

¹⁵ L. Uchitelle, «China and the U.S. Embark on a Perilous Trip», *The New York Times*, 23 de julio de 2005.

¹⁶ R. Cohen, «Shaping China's Future Power», cit.

¹⁷ Las opiniones de Mearsheimer ya se mencionaron en el capítulo 7 y se examinarán con más detalle en el capítulo 11.

trarse particularmente energéticas, con lo que han suscitado considerable agitación en los asuntos internacionales. China no será una excepción». Muy legítimamente, en opinión de Kaplan,

Los chinos [han invertido] en submarinos con motores diesel y nucleares [...] no sólo para proteger sus costas sino también para salvaguardar las rutas marítimas por las que les llegan recursos energéticos desde Oriente Próximo y otros lugares. Naturalmente, no confían en que Estados Unidos [...] lo haga por ellos. Dado lo que está en juego y lo que la historia nos enseña sobre los conflictos generados cuando distintas grandes potencias persiguen sus legítimos intereses, es probable que el resultado sea el principal conflicto militar del siglo XXI: si no una gran guerra con China, sí al menos una serie de confrontaciones del estilo de la Guerra Fría durante décadas¹⁸.

A fin de ganar esa nueva Guerra Fría, Estados Unidos «debe enfocar el poder de la forma más prudente, mecánica y utilitaria posible, evaluando y sopesando los equilibrios regionales de poder» sin «dejarse llevar por arrebatos de internacionalismo liberal o de intervencionismo neoconservador». Como sucedió en el caso de presidentes republicanos moderados como George H. W. Bush, Gerald Ford y Richard Nixon, la gestión del riesgo debe convertirse de nuevo en «ideología de gobierno». Habrá que evitar cuidadosamente aventuras militares como la guerra en Iraq. «Incluso si la intervención en Iraq acaba teniendo éxito desde el punto de vista de la democracia, seguramente será un éxito obtenido al borde del fracaso que nadie en la élite militar o diplomática querrá repetir, especialmente en Asia, donde las repercusiones económicas de una aventura militar caótica serían enormes [...] ya que Estados Unidos y China [...] pueden mantener una guerra prolongada aunque pierdan alguna gran batalla o intercambio de misiles». Con el fin de evitar una aventura tan peligrosa, Kaplan propone una estrategia bismarckiana de contención centrada en el Mando del Pacífico estadounidense, conocido como PACOM. Siguiendo al comentarista alemán Josef Joffe, asegura que la invasión de Afganistán planteó una situación en la que Estados Unidos se parecía a la Prusia de Bismarck. Gran Bretaña, Rusia y Austria necesitaban a Prusia más de lo que se necesitaban mutuamente, por lo que hicieron de «radios» del «centro» berlínés. La invasión de Afganistán mostró que Estados Unidos podía forjar diferentes coaliciones para diferentes crisis, ya que las demás potencias del mundo necesitaban a Estados Unidos más de lo que se necesitaban mutuamente.

¹⁸ Robert D. Kaplan, «How We would Fight China», *The Atlantic Monthly* (junio 2005), pp. 50-51.

Desgraciadamente, Estados Unidos no capitalizó inmediatamente ese nuevo dispositivo de poder, porque el presidente George W. Bush carecía de la capacidad de matización y autolimitación de Bismarck, quien entendió que tal sistema sólo podía durar en la medida en que no se tensara en exceso, que es precisamente lo que hizo el gobierno de Bush durante la preparación de la invasión de Iraq, que llevó a Francia, Alemania, Rusia y China, junto con un montón de potencias menores como Turquía, México y Chile, a unirse contra nosotros¹⁹.

Afortunadamente, empero, en el Pacífico sí prosperó un dispositivo de estilo bismarckiano, «ayudado por el pragmatismo de nuestros jefes militares en Hawai, a cinco husos horarios de distancia del vivero ideológico de Washington DC». De hecho, afirma Kaplan, el PACOM «representa una versión mucho más pura de la superestructura imperial bismarckiana que cualquier otra iniciativa del gobierno de Bush antes de invadir Iraq». Al negociar acuerdos de seguridad bilateral con países que tienen pocas ligazones de ese tipo entre sí, el ejército estadounidense había formado en el Pacífico algo así como una alianza militar, centrada en «un núcleo geográfico relativamente aislado –las islas Hawai– con radios que llegaban a aliados importantes como Japón, Corea del Sur, Tailandia, Singapur, Australia, Nueva Zelanda y la India. Esos países, a su vez, podían formar núcleos secundarios para ayudarnos a gestionar los archipiélagos de Melanesia, Micronesia y Polinesia, entre otros lugares, y también el océano Índico»²⁰.

Esta «estructura amplia pero flexible», liberada del estorbo de una burocracia diplomática, constituye un sustituto «bien lubricado y a punto» del sistema de alianzas de la segunda mitad del siglo XX. «La guerra desde comités, practicada por la OTAN, se ha vuelto demasiado engorrosa en una época que requiere golpes rápidos y letales». Forjar la interoperabilidad con ejércitos asiáticos amigos, moviendo constantemente las tropas estadounidenses de unas maniobras de entrenamiento a otras, «significaría una mejora sobre la OTAN, cuya capacidad de combate se ha visto obstaculizada por la incorporación de ejércitos de escaso nivel del antiguo bloque del Este». Además, «las tensiones entre Estados Unidos y Europa impiden actualmente la integración militar, mientras que nuestros aliados del Pacífico, en particular Japón y Australia, de sean un mayor compromiso militar con Estados Unidos para contrarrestar el ascenso de la Armada china». Apostar por el PACOM no significa renunciar a la OTAN; por el contrario, «la vitalidad de la propia OTAN [...] podría renacer gracias a la Guerra Fría en el Pacífico, y de hecho el resurgimiento de la OTAN como instrumento bélico indispensable debería ser un objetivo irrenunciable de Estados Unidos».

¹⁹ *Ibid.*, p. 50.

²⁰ *Ibid.*, pp. 51, 54-55.

A nosotros nos corresponde dirigir la OTAN, y no a la cada vez más poderosa Unión Europea, cuya propia fuerza de defensa, si se convirtiera en realidad, aparecería inevitablemente como una potencia regional competitiva que podría llegar a alinearse con China y contra nosotros [...] La OTAN y una fuerza de defensa europea autónoma no pueden prosperar a la vez. Sólo puede hacerlo una de ellas y nosotros queremos que sea la primera, de forma que Europa sea para nosotros un activo militar y no un pasivo en nuestra confrontación con China²¹.

Con otras palabras, la idea de que Estados Unidos «deje de participar en el “cínico” juego de la política de gran potencia es ilusoria». «Tendremos que seguir desempeñando varios papeles y alinear a diversos países contra China, del mismo modo que Richard Nixon jugó con Estados moralmente no muy irreprochables contra la Unión Soviética». La escena será esta vez el Pacífico y no el Atlántico y el protagonista principal será el PACOM en lugar de la OTAN; pero la finalidad del juego será en gran medida la misma: «disuadir a China tan sutilmente que con el tiempo ese Leviatán naciente se vea arrastrado al sistema de alianzas del PACOM sin llegar a ninguna confrontación a gran escala, del mismo modo que la OTAN pudo neutralizar en último término a la Unión Soviética». Kaplan advierte que los esfuerzos estadounidenses en esa dirección «requerirán una cautela muy particular, porque China, a diferencia de la antigua Unión Soviética (o Rusia hoy día), emplea tanto el poder blando como el duro». Al establecer comunidades empresariales y puestos diplomáticos avanzados y al negociar acuerdos de construcción y comercio en todo el globo, «los chinos se están convirtiendo en maestros de la influencia indirecta». Además, «a la gente del mundo empresarial les encanta la idea de China [...] La mezcla china de autoritarismo tradicional y economía de mercado tiene un gran atractivo cultural en toda Asia y otras partes del mundo, y como China está mejorando el bienestar material de cientos de millones de sus ciudadanos, la suerte de sus disidentes no tiene el mismo relieve ni se vende tan bien como la de los Sajarovs y Sharanskys de la Unión Soviética»²².

La estrategia de Nueva Guerra Fría de Kaplan refleja indudablemente una importante corriente de pensamiento en el gobierno de Bush. Por ejemplo, de acuerdo con un experto en seguridad en Asia y antiguo funcionario de Defensa, «la palabra clave en el Pentágono es la “interoperabilidad” entre Estados Unidos y Taiwán». La cooperación entre ambos se está «acercando realmente a restablecer la alianza» que existía entre Taiwán y Estados Unidos antes de que Washington se decidiera a reconocer a Pekín. Aunque ni Japón ni Estados Unidos quieren admitirlo,

²¹ *Ibid.*, p. 64.

²² *Ibid.*, p. 54.

un diplomático retirado, ahora en la Heritage Foundation* afirma que hay «más, mucho más de lo que parece» en los intercambios de información entre las fuerzas japonesas y taiwanesas a través del Mando del Pacífico estadounidense²³.

Más significativo aún es que se pueden detectar elementos de la estrategia de Kaplan en el testimonio del almirante William Fallon, comandante del PACOM, ante el Comité de Servicios Armados del Senado el 8 de marzo de 2005, tres meses antes de la publicación del artículo de Kaplan. Para contrarrestar la modernización militar de China, Fallon pedía una mejora en las capacidades bélicas antimisiles y antisubmarinas estadounidenses, junto con un refuerzo de los vínculos militares estadounidenses con viejos y nuevos aliados en Asia, destinado a contener a China en su territorio nacional. Describía el Theater Security Cooperation Plan [Plan para la Mejora de la Cooperación Militar] con los aliados estadounidenses en la región como «uno de los medios primordiales a través de los que extendemos la influencia estadounidense, desarrollamos el acceso y promovemos la competencia entre potenciales socios de la coalición». Esa cooperación suele incluir el abastecimiento en armas y ayuda militar, maniobras militares conjuntas, consultas regulares entre altos mandos militares y la ampliación o establecimiento de bases militares estadounidenses. En Japón, por ejemplo, el PACOM está cooperando en el desarrollo conjunto de un sistema regional de defensa con misiles balísticos; en Filipinas colabora en la organización y modernización de las fuerzas armadas nacionales; en Singapur —que ya hospeda a los portaaviones estadounidenses de visita— «estamos explorando oportunidades para ampliar el acceso a sus instalaciones». Fallon también describía los esfuerzos para incluir a la India en la coalición. «Nuestra relación con la Junta de Defensa Integrada india y los Servicios Armados indios sigue aumentando», señaló. «Los intereses de seguridad estadounidenses e indios siguen convergiendo a medida que nuestra cooperación militar lleva a una asociación estratégica más estrecha»²⁴.

De ese testimonio parece deducirse que la estrategia de Nueva Guerra Fría de Kaplan no es sino una reformulación de planes preconizados por el propio PACOM; y sin embargo, tres meses después de la publicación del artículo de Kaplan, Fallon

* Un «grupo de reflexión» conservador, basado en «los principios de la libre empresa, el gobierno reducido, la libertad individual y los valores americanos tradicionales», financiado entre otros por el multimillonario Richard Mellon Scaife, que publica informes sobre cuestiones de política interna, económica, exterior y de defensa. [N. del T.]

²³ Mure Dickie, Victor Mallet y Demetri Sevastopulo, «Washington is Turning its Attention From the Middle East to Contemplate a Previously Disregarded Threat That the Bush Administration Now Sees as More Worrying Even Than North Korea's Nuclear Weapons Programme», *Financial Times*, 7 de abril de 2005.

²⁴ M. Klare, «Revving Up the China Threat. New Stage in US China policy», cit.

rechazó explícitamente la idea de que sea probable que una serie de conflictos del estilo de la Guerra Fría durante años y décadas constituya el principal conflicto militar del siglo XXI. «¿Nos vemos en conflicto debido al ascenso de China? No lo creo —declaró—. A medida que crezcan, tenderán inevitablemente a aprovechar su capacidad económica para mejorar su capacidad militar. Deberíamos reconocerlo como una realidad. Éste no es un juego de suma cero». A pesar de las observaciones de Rumsfeld cuestionando los motivos de China para modernizar sus fuerzas militares, Fallon prosiguió afirmando que había recibido de Washington un claro mandato de construir una red de contactos con el gobierno y los militares chinos mediante la que se pudiera gestionar, más que rechazar, el solapamiento de poder²⁵.

No sabemos si se trata únicamente de retórica ante las cámaras destinada a encubrir lo que sucede entre bastidores; pero lo que sí sabemos es que la de Kaplan no es la única ruta de regreso al realismo de presidentes republicanos moderados como Nixon, Ford y Bush I. Por el contrario, el padre intelectual de ese realismo ha venido proponiendo una ruta muy diferente.

¿Hacia el ajuste y la acomodación?

Pese a sus advertencias con respecto a las diferencias fundamentales entre las fuentes del actual poder chino y el antiguo poder soviético, la estrategia de Kaplan se basa en la premisa de que el desafío chino, como el soviético, es en último término militar y puede afrontarse eficazmente mediante la manipulación de un sistema de alianzas militares centrado ahora en el Pacífico como antes lo estuvo en el Atlántico. En un artículo que se publicó coincidiendo aproximadamente con el de Kaplan, Kissinger presentó una posición realista radicalmente diferente. Aunque estaba de acuerdo en que «el centro de gravedad de los asuntos mundiales se está desplazando del Atlántico [...] al Pacífico», Kissinger ponía en duda la suposición de que una confrontación estratégica con China sea inevitable.

Esa suposición es tan peligrosa como equivocada. El sistema europeo del siglo XIX suponía que sus principales potencias acabarían defendiendo sus intereses por la fuerza. Cada una de ellas pensaba que la guerra sería corta y que al final su posición estratégica habría mejorado²⁶.

²⁵ E. Cody, «Shifts in Pacific Force. U.S. Military to Adapt Thinking», *The Washington Post*, 17 de septiembre de 2005.

²⁶ Henry A. Kissinger, «China. Containment Won't Work», *The Washington Post*, 13 de junio de 2005.

En un mundo globalizado de armas nucleares, tales cálculos no tienen sentido. «La guerra entre potencias importantes sería una catástrofe para todos los participantes; no habría vencedores». Además, el tipo de imperialismo militar que llevó a Alemania a desafiar a Gran Bretaña superando sus fuerzas navales y a tratar de humillar a Rusia a propósito de Bosnia en 1908 y a Francia en las dos crisis sobre Marruecos en 1905 y 1911 «no es el estilo chino».

Clausewitz, el principal estratega teórico occidental, se dedicó al estudio de la preparación y conducción de una batalla central. Sun Tzu, su homólogo chino, se concentró en cambio en el debilitamiento psicológico del adversario. China persigue sus objetivos mediante un estudio concienzudo, paciente y acumulando matices, y raramente se arriesga a un enfrentamiento a vida o muerte en el que el ganador se lo lleva todo²⁷.

Hay otras razones que distinguen a China de Unión Soviética. Ésta heredó una tradición de expansión territorial que extendió Rusia desde la región en torno a Moscú a un imperio que llegaba desde Europa central hasta Vladivostok, mientras que «el Estado chino se mantiene sustancialmente en sus dimensiones actuales desde hace dos mil años». Y lo que es más importante, la proclamación por parte de China de sus intenciones de cooperación y su rechazo a un desafío militar expresa la realidad estratégica de una situación en la que «incluso en su estimación más alta, el presupuesto militar chino no llega a la quinta parte del estadounidense [...] apenas por encima del de Japón y [...] mucho menor que la suma de los presupuestos militares de Japón, India y Rusia, países los tres fronterizos con China, por no hablar de la modernización militar de Taiwán propulsada por las decisiones tomadas en 2001 por Estados Unidos [...] El desafío que China plantea para el futuro a medio plazo será con toda probabilidad político y económico, y no militar»²⁸.

De ahí se sigue que aplicar a China la política de contención militar de la Guerra Fría como propone Kaplan «es imprudente». Una Guerra Fría con Estados Unidos puede tener «un efecto potencialmente catastrófico [...] para la continua mejora del nivel de vida [chino], de la que depende la legitimidad del gobierno». Pero eso no significa que una Guerra Fría con China beneficie a Estados Unidos. «Tendríamos pocos seguidores en ningún país de Asia. Los países asiáticos seguirían comerciando con China. Suceda lo que suceda, China no desaparecerá». El interés estadounidense reside, por lo tanto, en cooperar con China en la construcción de un sistema internacional estable. En tal proyecto, añade Kissinger,

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

Las actitudes son psicológicamente importantes. China debe ser prudente con las políticas que parecen excluir a Estados Unidos de Asia y con nuestra sensibilidad respecto a los derechos humanos [...] Estados Unidos tiene que entender que un tono arrogante evoca en China el recuerdo de la condescendencia imperialista y que no es apropiado para tratar con un país que ha mantenido su autogobierno ininterrumpidamente durante cuatro mil años²⁹.

La posición realista de Kissinger es ostensiblemente compatible con la doctrina china del *heping jueqi* (literalmente, «emergir rápidamente de forma pacífica»). Formulada por primera vez en 2003 en el Foro Boao para Asia –el intento chino de crear un foro económico mundial para Asia parecido al de Davos– esa doctrina, basada en investigaciones históricas encargadas por el Politburó sobre experiencias anteriores de potencias emergentes y las reacciones que desencadenaron, fue presentada como una refutación directa de la idea de una «amenaza china» y como una ofensiva diplomática destinada a contrarrestar la estrategia estadounidense de cercar a China con una red de bases militares y alianzas con sus vecinos. La tesis central del *heping jueqi* es que China puede evitar, y lo hará, la vía de expansión agresiva seguida por anteriores potencias emergentes. En palabras de Zheng Bijian, uno de los redactores y principales promotores de la doctrina, «China no emprenderá la vía que siguió Alemania en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial o Alemania y Japón en la Segunda, utilizando la violencia para apoderarse de recursos y buscar la hegemonía mundial»³⁰, sino que por el contrario, como expuso un investigador en una reunión organizada por el gobierno, «China pretende crecer y avanzar sin trastornar el orden existente. Estamos tratando de crecer de una forma que beneficie a nuestros vecinos»³¹.

Desde que se presentó, esa expresión de «ascenso/surgimiento pacífico» ha sido atacada desde diversos frentes, tanto dentro como fuera del partido comunista. En un extremo está la gente que, siguiendo la máxima de Deng Xiaoping de que China debe «ocultar su brillo», piensa que hablar de *ascenso*, por pacífico que sea, alimenta las ideas sobre una amenaza china. En el polo opuesto está la gente que piensa que hablar de un ascenso *pacífico* significa enviar a Estados Unidos y Taiwán el mensaje de que pueden hostigar insolentemente a China. «La dirección política oscila entre esos dos polos»³². Aunque la expresión «ascenso pacífico» ha sido aban-

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Citado en M. Leonard, «China's Long and Winding Road», *Financial Times*, 9-10 de julio de 2005.

³¹ Citado en Y. Funabashi, «China is Preparing a Peaceful Ascendancy», *International Herald Tribune*, 30 de diciembre de 2003.

³² M. Leonard, «China's Long and Winding Road», cit.

donada en silencio en favor del «desarrollo pacífico» o la «coexistencia pacífica», la doctrina subyacente ha permanecido no obstante firmemente asentada, como atestigua la proclamación por el presidente Hu Jintao en 2004 de los «cuatro noes» («no a la hegemonía, no a la fuerza, no a los bloques, no a la carrera de armamentos»), y los «cuatro síes» (sí «a generar confianza, a reducir las dificultades, a desarrollar la cooperación y a evitar la confrontación»)³³. Los dirigentes chinos no ven ninguna contradicción entre su doctrina de «desarrollo pacífico» y su decisión de desarrollar fuerzas armadas más capaces, algo que entienden acorde con el desarrollo de China y como una respuesta natural a las humillaciones sufridas desde las Guerras del Opio de mediados del siglo XIX hasta la brutal invasión y ocupación japonesa de 1931-1945. «La política de defensa nacional de China es la de la auto-protección», proclamó el primer ministro Wen Jiabao en abril de 2005. «Durante los últimos cien años China se ha visto siempre acosada por otros. China no ha enviado ni un solo soldado para ocupar ni una pulgada del territorio de otro país»³⁴.

Hu reiteró el compromiso de China con el «desarrollo pacífico» durante una visita a las Naciones Unidas en Nueva York en septiembre de 2005, subrayando los retos que implica la gestión y mejora de la prosperidad de un país con 1.300 millones de habitantes. Según los funcionarios estadounidenses, tanto esos retos como la perspectiva general impresionaron a Bush³⁵. Sin embargo, en una declaración exhaustiva de la posición del gobierno de Bush sobre China presentada poco después, el vicesecretario de Estado Robert Zoellick dijo que desde Estados Unidos se contempla «con mucha ansiedad». «La incertidumbre sobre cómo utilizará China su poder conducirá a Estados Unidos –y también a otros– a vigilar sus relaciones con China [...] Muchos países esperan que China efectúe un “ascenso pacífico”, pero nadie pondría la mano en el fuego». Aunque aceptaba que «China no desea un conflicto con Estados Unidos», prosiguió señalando los índices por los que se evaluará el comportamiento chino. Entre éstos destacó: una explicación del gasto militar de China, sus intenciones y su doctrina; mayor apertura más que gestión de los mercados, incluido el monetario; menor tolerancia hacia el «creciente robo y falsificación de la propiedad intelectual»; asegurar el sometimiento de Corea del Norte a

³³ Citado en M. Bulard, «China. Middle Kingdom, World Centre», *Le Monde Diplomatique* (agosto 2005).

³⁴ M. Dickie, V. Mallet y D. Sevastopulo, «Washington is turning its attention...», cit., que aluden a la edulcorada versión de Wen Jiabao de las invasiones chinas de la India a principios de la década de 1960 y de Vietnam a finales de la de 1970. Sin embargo, como veremos en el capítulo 11, la imagen de China acosada por otros (especialmente Japón y las potencias occidentales), se ajusta perfectamente a la ejecutoria histórica desde las Guerras del Opio hasta la creación de la RPCh.

³⁵ P. Baker y P. P. Pan, «Bush's Asia Trip Meets Low Expectations», *The Washington Post*, 21 de noviembre de 2005.

un acuerdo para poner fin a su programa nuclear; el apoyo a los esfuerzos para poner fin a los programas nucleares de Irán y la contribución con más dinero a Afganistán e Iraq; dejar de intentar «maniobrar hacia una posición prominente de poder» en Asia estableciendo diversas alianzas; acelerar la reforma política celebrando elecciones a escala de distrito y provincia y «dejar de acosar a los periodistas que denuncian problemas»³⁶.

La propia longitud de la lista de condiciones de Zoellick, muchas de ellas imposibles de verificar o con escasa probabilidad de materializarse, mostraba más las preocupaciones estadounidenses que una agenda coherente, cuya carencia quedó evidenciada además por las señales ambiguas que el gobierno estadounidense siguió enviando a China. Durante una visita a este país en octubre de 2005, el secretario del Tesoro John W. Snow, que había criticado repetidamente la negativa china a permitir una flotación más libre del yuan, alabó el plan quinquenal que el PCCh acababa de aprobar como «no sólo beneficioso para China sino bueno para el mundo». Aplaudió especialmente el objetivo del plan de reducir la enorme distancia existente entre los habitantes de las ciudades y los cientos de millones de campesinos chinos, porque si éstos prosperan, aunque sea marginalmente, comprarán más artículos estadounidenses y el déficit comercial estadounidense con China disminuirá³⁷. Poco después de que partiera Snow llegó a Pekín el propio Rumsfeld. Aunque volvió a criticar el gasto chino en defensa, llegó a un acuerdo con sus homólogos chinos para «colaborar en la mejora de los vínculos militares chino-estadounidenses e insertarlos de forma coherente en las relaciones bilaterales generales». De hecho, corrió el rumor de que en ese viaje Rumsfeld trató de vender armas estadounidenses a China, a pesar de que públicamente criticaba a sus dirigentes³⁸.

En la raíz de esas señales ambiguas podemos detectar las dificultades que la pérdida de credibilidad del poderío militar estadounidense en Iraq ha creado para la capacidad de Estados Unidos de seguir controlando o de aprovechar en su propio beneficio el «ascenso pacífico» de China. El fracaso en Iraq exigía una dosis mayor de realismo en la política estadounidense, pero al mismo tiempo hacía más difícil a Estados Unidos movilizar aliados en el tipo de contención militar del poder chino considerado, por ejemplo, en la estrategia de «Nueva Guerra Fría» de Kaplan. Basté mencionar el caso de Singapur, que Kaplan alabó como aliado estadounidense modelo en la coalición encabezada por el PACOM que proponía. Como dejó claro

³⁶ G. Kessler, «U.S. Says China Must Address Its Intentions», *The Washington Post*, 22 de septiembre de 2005.

³⁷ T. Sakai, «Hu Jintao's Strategy for Handling Chinese Dissent and U.S. Pressure», *Japan Focus*, 20 de noviembre de 2005.

³⁸ *Ibid.*

el influyente decano de la Escuela de Asuntos Pùblicos de Singapur Lee Kuan Yew, Kishore Mahbuhani, la cooperación de Singapur con el PACOM no implica un apoyo a eventuales medidas estadounidenses destinadas a desestabilizar China. Por el contrario, como muchos otros en Asia oriental, consideraba que un final repentino del gobierno comunista en China podría desencadenar peligrosas fuerzas nacionistas que conducirían a un conflicto en la región sin beneficiar a nadie³⁹.

No es pues sorprendente que los intentos estadounidenses de cercar a China mediante un sistema de alianzas militares quedaran empantanados sin llegar a ninguna parte. Los lazos militares y de información de Estados Unidos con Vietnam y la India han mejorado, pero las relaciones entre esos dos países y China han mejorado todavía más. Al mismo tiempo, tras años de enemistad hacia China y una larga alianza con Estados Unidos, Indonesia ha establecido una asociación estratégica con Pekín que el presidente Hu saludó como inauguración de una «nueva era» en las relaciones entre ambos países. Un cambio similar ha tenido lugar en Corea del Sur. Durante sus visitas al país en noviembre de 2005, el presidente Bush tuvo que sufrir el anuncio de Seúl de que retiraría una tercera parte de sus tropas en Iraq, mientras que el presidente Hu recibió una prolongada ovación en la Asamblea surcoreana y declaró que las relaciones entre Corea del Sur y China han entrado en la «mejor época de su historia»⁴⁰. Sólo Japón ha reforzado significativamente sus vínculos militares con Estados Unidos, pero esos lazos más estrechos parecían aislar a Japón más que a China; junto con las imprudentes visitas de Koizumi al santuario de Yasukumi, le costaron a Japón el muy deseado puesto permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, así como la cancelación en diciembre de 2005 del encuentro a tres con China y Corea del Sur que se había celebrado cada año desde 1999 al margen de las reuniones de la ANSEA [Asociación de Naciones del Sureste Asiático]. Probablemente por eso fue tan bien recibida la sustitución de Koizumi por Shinzo Abe como primer ministro de Japón en septiembre de 2006, no sólo en las capitales de otros países asiáticos sino en el propio Japón, como posible inicio de una nueva era de cooperación con China⁴¹.

³⁹ M. Vatikiotis, «U.S. Sights are back on China», *International Herald Tribune*, 7 de junio de 2005.

⁴⁰ E. Cody, «Shifts in Pacific Force. U.S. Military to Adapt Thinking», cit.; E. Nakashima, «Vietnam, U.S. to Improve Intelligence, Military Ties», *The Washington Post*, 17 de junio de 2005; J. Burton, V. Mallet y R. McGregor, «A New Sphere of Influence. How Trade Clout is Winning China Allies Yet Stocking Distrust», *Financial Times*, 9 de diciembre de 2005.

⁴¹ B. Wallace, «Japan Looks at Ridding Military of its Shackles», *Los Angeles Times*, 23 de noviembre de 2005; T. Shanker, «U.S. and Japan Agree to Strengthen Military Ties», *The New York Times*, 30 de octubre de 2005; J. Burton, V. Mallet y R. McGregor, «A New Sphere of Influence», cit.; V. Mallet, «Japan's Best Chance to Strike a Deal with China», *Financial Times*, 28 de septiembre de 2006.

La combinación de la acomodación al poder chino con el recurso a mecanismos político-económicos de contención que proponía Kissinger, en el extremo opuesto de Kaplan en el espectro realista, era indudablemente más aceptable para los aliados de Estados Unidos, actuales y potenciales, pero era mucho más difícil de «vender» al electorado estadounidense. La casi unánime oposición a la oferta China por Unocal en la Cámara de Representantes no era sino una de las muchas señales de que el sentimiento antichino era más fuerte en el Congreso, por encima de las divisiones de partido, que en el propio gobierno de Bush⁴². La sinofobia tiene una larga tradición en la cultura popular estadounidense, pero su repentino resurgimiento a principios del siglo XXI se ha visto propiciada por la percepción de que China, más que los propios Estados Unidos, estaba emergiendo como principal beneficiario del proyecto de globalización que Estados Unidos venía patrocinando durante las décadas de 1980 y 1990. Esperar que una mayor integración económica en el área del Pacífico enderece la situación en favor de Estados Unidos requeriría un gran acto de fe en la competitividad de la economía estadounidense. Aunque la mayoría de los congresistas profesan esa fe, pocos se comportaron de acuerdo con ella y en consecuencia socavaron la posibilidad de estrategias destinadas a acomodarse al «ascenso pacífico» de China.

¿Un tercero beneficiado?

Consideraciones de este tipo subyacen a la propuesta de otra ruta adicional hacia un mayor realismo en la política estadounidense hacia China. En un artículo publicado en *The American Conservative*, James Pinkerton se mostraba tan crítico como Kissinger hacia las estrategias de contención militar, incluida la del PACOM de Kaplan.

Un cliché de la época es que China se parece a la Alemania del Káiser Guillermo II, una potencia en ascenso que buscaba «un lugar bajo el sol». Si fuera así, en-

⁴² G. Dinmore, A. Fifield y V. Mallet, «The rivals», *Financial Times*, 18 de marzo de 2005. Otra señal fue el forcejeo entre el Congreso y el gobierno en torno a la imposición de aranceles a las importaciones procedentes de China para obligarla a revaluar el yuan frente al dólar. En abril de 2005 el Senado de mayoría republicana votó por 67 a 33 una enmienda patrocinada por el senador demócrata Charles Schumer y el senador republicano Lindsey Graham destinada a imponer un arancel del 27,5 por 100 a las importaciones chinas si su gobierno no modificaba su política monetaria. Aunque el gobierno estadounidense consiguió convencer a Schumer y Graham de que retiraran su propuesta, la presión del Congreso le obligó a entrar en negociaciones con China para restringir sus exportaciones a Estados Unidos. E. Andrews, «Bush's Choice. Anger China or Congress Over Currency», *The New York Times*, 17 de mayo de 2005.

tonces la cuestión sería efectivamente cómo contener a los chinos. En el caso de Alemania se requirió –dos veces– una gran coalición entre Francia, Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos para frenar a Berlín. Queda por ver si Estados Unidos puede llegar a reunir una coalición parecidamente amplia para contener a China⁴³.

Pinkerton juzgaba remota esa posibilidad; y para empeorar las cosas, cualquier intento de organizar tal coalición provocaría en su opinión una guerra desastrosa contra China. Sin embargo, se mostraba aún más crítico hacia la estrategia alternativa de la acomodación. Sin mencionar explícitamente a Kissinger, calificaba tal estrategia como «neo-angellismo», debido a su parecido con la pretensión de Norman Angell en 1910 de que la guerra había quedado obsoleta. Las razones que daba Angell –como los actuales «globalistas dogmáticos»– para esa supuesta obsolescencia eran, en primer lugar, que las naciones ligadas entre sí por la economía no tenían otra opción que cooperar también en el plano político, y en segundo lugar que el poder militar y político ya no ofrecía ventajas comerciales. Por tranquilizador que el neo-angellismo pueda parecer a la gente del mundo de empresarial, Pinkerton lo encontraba erróneo en aspectos fundamentales.

El principal error es la deslocalización. En apoyo de la opinión de que ésta es esencial para la competitividad estadounidense, Pinkerton citaba al ejecutivo de una gran multinacional estadounidense que le dijo: «Muéstreme una empresa que no fabrique en China y le mostraré una empresa puede ser derrotada competitivamente». Al mismo tiempo, no obstante, subrayaba que la deslocalización repercute sustancialmente en Estados Unidos, aumentando el temor de los trabajadores a perder sus empleos, y especialmente por el riesgo que supone para la seguridad nacional estadounidense:

Unos Estados Unidos totalmente postindustriales serían incapaces de producir los instrumentos bélicos necesarios, en caso de que lo fueran imperativamente. De hecho, el Pentágono se esfuerza por mantener algún tipo de base industrial en los propios Estados Unidos [...] Si se mantienen las actuales tendencias, los chinos tendrán la posibilidad de desconectar simplemente nuestra economía y así no podremos combatir contra ellos aunque quisieramos o tuviéramos que hacerlo, lo que podría hacer la guerra aún más tentadora para los chinos.

Luego citaba al político conservador británico Leo Amery, «que había argumentado repetidamente contra Angell y otros globalistas dogmáticos»:

⁴³ James P. Pinkerton, «Superpower Showdown», *The American Conservative*, 7 de noviembre de 2005, p. 5. <http://www.amconmag.com>.

Amery advertía que la estrategia económica mercantilista de Alemania de empobrecer al vecino, opuesta al planteamiento angellista de Gran Bretaña, daba al Káiser una peligrosa ventaja en la producción de armamento. «Las potencias con éxito serán las que cuenten con mayor base industrial», profetizaba Amery, añadiendo que las que dispongan «del poder industrial, inventivo y científico podrán derrotar a todas las demás». Como observó una vez Winston Churchill, bajo cuya dirección trabajó Amery en el gobierno británico durante la Segunda Guerra Mundial, un país comprometido en la guerra necesita herramientas para completar el trabajo⁴⁴.

El segundo error es que el angellismo «no será políticamente aceptable para los halcones estadounidenses que quieren enfrentarse a Pekín». Evidentemente, «la mayoría de las quinientas personas más ricas según *Fortune* contratarán a agentes para mantener abiertas las rutas comerciales hacia el Este». Y sin embargo «todos los grupos de presión de la calle K* juntos no podrían apagar el fuego del sentimiento antichino que despertó el intento fallido de la CNOOC de comprar [...] Unocal».

Cuando están en juego cuestiones de estatus y primacía, parece como si prevalecieran los atavismos desplazando al pensamiento racional; así es como el nacionalismo, la xenofobia y reflejos aún más primitivos se erigen en un automatismo sanguinario. El resultado es predecible: como en el caso de Angell hace noventa años, los neoangelistas volverán a verse abrumadoramente derrotados⁴⁵.

En resumen, si bien una estrategia militar de contención llevaría a una guerra desastrosa contra China, porque «si se amenaza con algo durante mucho tiempo, acabará sucediendo», el neoangellismo «perdería su disputa en Washington frente al campo [nacionalista-militarista], que entonces retomaría la iniciativa para emprender su desastrosa guerra contra China». Así pues, pregunta Pinkerton, ¿qué debemos hacer? «¿Son las únicas opciones de Estados Unidos el jingoísmo militarista o un angellismo cándido?»⁴⁶. La mejor opción, aseguraba, es una estrategia doble. Siguiendo a Michael Lind, en el frente geopolítico proponía la contención de China mediante una estrategia de equilibrio de poder.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 8.

* «K Street», llamada así por ser la dirección de las oficinas de muchos grupos de presión, es la puerta giratoria que convierte a los antiguos miembros del Congreso (sobre todo presidentes de comité) y sus colaboradores en *lobbistas* bien pagados por industrias farmacéuticas, petrolíferas, agentes de bolsa y dictadores extranjeros. Aunque los libros de texto todavía no reconocen su gran importancia «la Calle K» es realmente el cuarto poder financiero del gobierno de los Estados Unidos. [N. del T.]

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 8-9.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 6-7, 9.

Durante siglos, [Gran Bretaña] enfrentó a sus rivales europeos entre sí, y esto le fue muy bien al imperio. Así pues, si los británicos pudieron superar a los Borbones, los Habsburgo, los Hohenzollern y los Romanov, quizá Estados Unidos pueda aprovechar la inevitable rivalidad entre las potencias asiáticas. Después de todo, Estados Unidos disfruta de la ventaja de no tener rivales en su propio continente, algo que probablemente se mantendrá así durante mucho tiempo. Y por fortuna para nosotros, tres enormes potencias –China, India y Japón– están muy cercanas entre sí, como lo estaban España, Francia, los Países Bajos y Alemania en otro tiempo⁴⁷.

En lugar de afrontar directamente a las incipientes potencias asiáticas, Estados Unidos debería enfrentarlas entre sí. Como nos recuerda la expresión latina *tertium gaudens* –el tercero sale beneficiado–, en lugar de inmiscuirse en cada contienda, a veces es mejor «guardar la capa de los que se pelean». Para el interés nacional estadounidense «la mejor Asia sería una en la que China, la India, Japón y posiblemente algún otro “tigre” o dos se enfrenten entre sí por el poder mientras que nosotros disfrutamos del feliz lujo de mantenernos al margen como terceros»⁴⁸.

Un prerequisito para el éxito de esta estrategia es una solución realista del problema de Taiwán. Salvo que se produzca una guerra generalizada, del mismo modo que el Norte estadounidense se reunificó con el Sur tras la Guerra Civil, China se reunificará con Taiwán. «El gobierno federal en Washington [...] no habría sentido ninguna simpatía hacia cualquier potencia extranjera que tratara de asegurar la secesión de Richmond [...] Empleando una *realpolitik* honesta, Estados Unidos debería decirle a Taipei que su mejor salida es un regreso pacífico a la madre patria como el de Hong Kong o Macao». Estados Unidos, liberado de la cuestión de Taiwán, estaría en condiciones de cosechar los beneficios en lugar de soportar los costes de los conflictos entre las tres grandes potencias de Asia. «Así, si Japón, por ejemplo, emprendiera la vía nuclear [...] otras potencias asiáticas se opondrían al rearme japonés, pero eso sería su problema, no el nuestro. En cualquier contienda asiática de ese tipo es mejor ser el tercero beneficiado, y no un desgraciado participante en primera línea»⁴⁹.

Sin embargo, a fin de convertirse en el «tercero beneficiado» en el frente geopolítico, Estados Unidos debe actuar también en su frente interno: «Los estadounidenses deben dejar de hacerse ilusiones pensando que nuestra actual burbuja inmobiliaria [...] asegura nuestra primacía geopolítica a largo plazo». Tal primacía sólo se puede alcanzar mediante un «equivalente en el siglo XXI al “Informe sobre

⁴⁷ *Ibid.*, p. 9.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 1.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 10.

la industria” redactado por Alexander Hamilton a finales del XVIII», esto es, una decisión sobre qué industrias son esenciales para la seguridad nacional, y «una política tecnoindustrial consciente para asegurar que esas industrias vitales permanezcan en el país». Aunque esa política neohamiltoniana incrementara el precio de los artículos de consumo, elevara los tipos de interés y quizá hiciera caer la bolsa, todo eso «constituye un pequeño precio a pagar por la auténtica seguridad nacional». Pinkerton reconocía que esa estrategia doble estaba más allá del horizonte actual de la política y la sociedad estadounidenses; confiaba empero en que «el rudo despertar, cuando llegue, no sea demasiado doloroso. Las malas políticas se pueden corregir, aunque desgraciadamente suele ser precisa una derrota para atraer la atención de los gobernantes y de la opinión pública»⁵⁰.

La estrategia del tercero beneficiado tiene precedentes en la historia estadounidense más importantes de lo que reconocía Pinkerton. En su opinión, sólo en 1901-1909 –sobre todo durante la presidencia de Theodore Roosevelt– practicó Estados Unidos ese tipo de estrategia⁵¹; pero en realidad, como hemos visto en el capítulo 8, durante el siglo XIX y especialmente durante la primera mitad del XX, Estados Unidos se benefició inmensamente de los conflictos que enfrentaron entre sí a las potencias europeas; y su capacidad para sacar ventaja de las guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX se debió, tanto a la autosuficiencia y habilidad técnica de su complejo militar-industrial, como a su relativo aislamiento continental.

Se reconozca o no, tras su derrota en Iraq Estados Unidos puede intentar regresar a esa tradición. Sin embargo, los elementos asiáticos del equilibrio de poder que propone Pinkerton pueden detectarse ya en la actual política estadounidense. Puede que Koizumi creyera que su repudio de seis décadas de pacifismo oficial japonés «para suplantar a Australia como “vicesheriff” de Washington en la región de Asia-Pacífico» reforzarían el compromiso del sheriff en la protección de Japón en el caso de un conflicto con China⁵²; pero también es posible que el aliento pasado y futuro de Estados Unidos a la implicación de Japón en la disputa sobre Taiwán se inscriba, no en una estrategia de construcción de una coalición del tipo concebido por Kaplan, sino en una estrategia de equilibrio de poder del tipo concebido por Pinkerton, es decir, que el aliento estadounidense al abandono de Japón de su reciente pasado pacifista para convertirse de nuevo en una potencia militar de importancia regional pueda ser una vía para facilitar el desenganche militar estadounidense del oriente asiático mediante la creación allí de contrapesos militares a China.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 11.

⁵¹ *Ibid.*, p. 11.

⁵² S. Tisdall, «Japan Emerges as America’s Deputy Sheriff in the Pacific», *The Guardian*, 19 de abril de 2005.

Esta posibilidad, evidentemente, no tiene por qué ser, y probablemente no es, el objetivo encubierto de la actual política estadounidense, pero bien puede ser el re-cambio (o «plan B») al que Estados Unidos puede recurrir ventajosamente si el intento de construir una coalición antichina encabezada por el PACOM no llegara a materializarse o resultara demasiado arriesgado. De hecho, la posibilidad de que el fracaso en Iraq pueda dar lugar a un desenganche militar de Estados Unidos de la región de Asia oriental es algo que no ha escapado a los observadores taiwaneses, y así en octubre de 2005 el ex ministro taiwanés de Asuntos Exteriores T'ien Hung-mao declaraba en una entrevista con los medios locales que

si Estados Unidos tiene que salir de forma poco airosa de Iraq, crecerán las corrientes aislacionistas y no querrá verse implicado en conflictos al otro lado del Pacífico, lo que imprimirá velocidad al afianzamiento de la hegemonía china. A medida que decaiga la disposición estadounidense a un enfrentamiento disminuirá la posibilidad de un conflicto militar en el estrecho de Taiwán. El gobierno taiwanés debería considerar esa eventualidad y hacer planes realistas para afrontarla⁵³.

El gobierno taiwanés puede no sentirse muy inclinado a arrostrar ese escenario, pero resulta significativa la indignación suscitada en el Congreso estadounidense por su indecisión a finales de 2005 en cuanto a financiar una oferta de suministro de armas por parte de Washington durante más de cuatro años. Después de señalar que Taiwán había acumulado docenas de miles de millones de dólares en reservas de divisas, Tom Lantos, en aquel momento portavoz demócrata en el Comité Internacional de la Cámara de Representantes, declaró ominosamente: «Si esperan ustedes que vayamos en su ayuda, ese forcejeo por un encargo de 18.000 millones de dólares es un ultraje»⁵⁴.

Insultante o no, la indecisión taiwanesa no sólo traiciona la sospecha de que la protección ofrecida por una coalición antichina patrocinada por Estados Unidos puede no ser del todo fiable. Apunta también a una contradicción básica de la estrategia del «tercero beneficiado». Si Estados Unidos se desligara militarmente de la región, ¿por qué tendrían que intensificar las potencias asiáticas sus conflictos mutuos en beneficio de Estados Unidos, en lugar de buscar un acomodo común que las beneficie a todas ellas? La capacidad de Estados Unidos para ser el *tertium gaudens* en las luchas por el poder intraeuropeas de principios del siglo XX dependía decisivamente de la intensidad e impulso interno de aquellas luchas, ausente en

⁵³ Citado en T. Sakai, «Hu Jintao's Strategy for Handling Chinese Dissent and U.S. Pressure», cit.

⁵⁴ Citado en M. Dickie, V. Mallet y D. Sevastopulo, «Washington is turning its attention...», cit. Véase también E. Cody, «Shifts in Pacific Force. U.S. Military to Adapt Thinking», cit.

el Asia actual. De hecho, como he señalado en capítulos anteriores, Asia oriental ha sido auténtico «tercero beneficiado» de finales del siglo XX y principios del XXI. En la década de 1980 Japón y los cuatro «tigrecitos» fueron los principales beneficiarios de la escalada de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS, y más tarde China viene mostrándose como el auténtico ganador de la Guerra contra el Terror estadounidense. Evidentemente, siempre son posibles cálculos erróneos; pero *pace* Lantos, no está claro por qué los Estados asiáticos se tendrían que lanzar de repente a una carrera de armamentos que beneficiaría a la industria bélica estadounidense y a su economía pero que socavaría seriamente la posición de acreedor que constituye la fuente principal de su poder.

De hecho, la primera Cumbre de Asia Oriental celebrada en Kuala Lumpur en diciembre de 2005 ya mostró lo difícil que sería para Estados Unidos enfrentar a unos Estados de Asia contra otros. Washington se había opuesto siempre a la idea de tal cumbre y había promovido la CEAP [Cooperación Económica Asia-Pacífico], mucho más amplia, como foro alternativo en el que Estados Unidos sería el participante más influyente. Pero en los últimos años, mientras que la influencia relativa de Estados Unidos en la CEAP frente a China ha decaído, la importancia de una ANSEA en expansión que excluye a Estados Unidos e incluye a China en decisiones que afectan a Asia oriental ha venido aumentando constantemente⁵⁵. «Mientras que China y Estados Unidos se disputan la preeminencia geopolítica, el resto de Asia oriental sólo quiere un área de comercio más eficiente y acceso a un mercado mayor. Y justamente ahora resulta que el mayor mercado es China». Como consecuencia, en la cumbre de la ANSEA celebrada en Filipinas en enero de 2007 China ocupó el lugar central, firmando un nuevo tratado sobre comercio de servicios, y lo que es más importante, participando plenamente en varios acuerdos destinados a impulsar la asociación hacia una Carta del estílo de la UE⁵⁶.

⁵⁵ La ANSEA se amplió primero para incluir a China, Japón y Corea del Sur en la llamada ANSEA+3, a raíz de la crisis financiera de Asia oriental. Esta iniciativa pretendía explícitamente reducir la influencia de Estados Unidos, al que muchos hacían responsable de la gravedad de la crisis. La nueva ampliación de la ANSEA+3 para convertirse en ANSEA+3+3 incluyendo a la India, Australia y Nueva Zelanda como participantes de pleno derecho en la primera Cumbre de Asia Oriental, en cambio, se entendió principalmente como un intento de equilibrar el peso de China en ausencia de Estados Unidos. Véase S. Mydans, «New Group for “Asian Century” Shuns U.S», *International Herald Tribune*, 12 de diciembre de 2005; J. Burton, V. Mallet y R. McGregor, «A New Sphere of Influence...», cit.

⁵⁶ M. Vatikiotis, «East Asia Club Leaves U.S. Feeling Left Out», *International Herald Tribune*, 6 de abril de 2005; C. H. Conde, «China and Asean Sign Broad Trade Accord», *International Herald Tribune*, 15 de enero de 2007.

La Gran Muralla de incógnitas

En julio de 2004 un comentario publicado en el *International Herald Tribune* lamentaba la ausencia de una estrategia estadounidense con respecto a China.

Resulta casi imposible caracterizar de forma coherente nuestras acciones. ¿Tratamos a China como un socio de pleno derecho? Rara vez. ¿Tratamos a China como un competidor? A veces. ¿Actuamos con convicción? Casi nunca. No tenemos una política. Estados Unidos ha tenido la suerte de que no se hayan materializado más crisis, económicas o políticas, mientras estaba ocupado en Iraq⁵⁷.

Dos años y medio después, Estados Unidos sigue sin tener una estrategia con respecto a China que merezca ese nombre. La percepción de que las dificultades de Estados Unidos en Iraq han consolidado el fortalecimiento de China ha llevado a multiplicar las iniciativas antichinas, pero también a una mayor dosis de realismo en la política estadounidense. En cualquier caso, la combinación resultante sigue dificultando una caracterización coherente.

Podemos detectar al menos tres razones principales para la prolongación de esa falta de coherencia en la política estadounidense con respecto a China. Una es que para el gobierno de Bush la batalla decisiva para contener su creciente poder se sigue llevando a cabo en Iraq. Los sueños de una fácil victoria que permitiría a Estados Unidos tratar a China desde una posición de fuerza han dado paso al objetivo de retirarse de Iraq con pérdidas mínimas para la credibilidad estadounidense. En estas circunstancias se han intensificado la retórica antichina y los intentos de conferir a australianos o japoneses el papel de «vicesheriff» en Asia oriental. Pero hasta que Estados Unidos se libere del atolladero iraquí, tiene que seguir forcejeando con China. Desde ese punto de vista no hay ninguna incoherencia en la política hacia China de Estados Unidos: sólo una adaptación táctica a la necesidad de mantener cuanto se pueda la credibilidad estadounidense frente a China y frente al conjunto del mundo; hasta los congresistas más críticos hacia el gobierno están de acuerdo en eso. Una queja anterior entre los demócratas sobre la invasión de Iraq era que distraía a Estados Unidos de la tarea de hacer frente a China; pero una vez que la aventura iraquí se agravó, los propios demócratas se dividieron sobre lo que había que hacer para minimizar las pérdidas. El debate se desplazó así a la cuestión de si y cómo había que retirarse de Iraq, eclipsando las preocupaciones por la «amenaza china».

⁵⁷ T. Manning, «America needs a China strategy», *International Herald Tribune*, 22 de julio de 2004.

Una segunda razón para la prolongada carencia de una política coherente con respecto a China es la dificultad estadounidense para definir su interés nacional. Entre los observadores existe un acuerdo bastante general de que una estrategia de ajuste y acomodación sería la más conveniente para los intereses de las empresas estadounidenses, y muy especialmente de las grandes corporaciones⁵⁸. De hecho éstas han acogido la expansión económica de China con mucho más entusiasmo que la de Japón durante la década de 1980, a pesar de que supone un mayor desafío a largo plazo para la preeminencia estadounidense.

La bienvenida que China ofrece a las empresas multinacionales y a la inversión extranjera ha hecho que muchos ejecutivos empresariales occidentales, tan críticos hacia las trabas japonesas hace más de una década, se entusiasmen con respecto a China, su mano de obra barata y su enorme mercado [...] Japón se puso rápidamente a la altura de Occidente con las licencias tecnológicas [...] pero China ha utilizado además el atractivo de su enorme mercado potencial para encandilar a los inversores extranjeros [...] lo que también ha ayudado a proteger a China de los choques comerciales. Muchas de las mismas multinacionales que en otro tiempo contendieron con los japoneses, como los fabricantes de automóviles de Detroit, son ahora grandes inversores en China que se oponen a las restricciones comerciales a ese país⁵⁹.

Por otra parte, el viejo dicho de que lo que es bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos se ve ahora cuestionado, dejando a un lado el hecho de que el mejor cliente de China, Wal-Mart, ha desplazado a la General Motors como la mayor corporación estadounidense. Ted Fishman, dando pábulo a una opinión muy extendida, afirmaba que «la promesa china les parece tan deslumbrante a las grandes empresas estadounidenses y a los superricos que el interés nacional estadounidense y la salud a largo plazo de su economía cuentan muy poco»⁶⁰. En apoyo a esa opinión se señala a menudo que casi la mitad de las exportaciones e importaciones estadounidenses se llevan a cabo en el seno de empresas multinacionales, que desplazan materiales y componentes entre unidades remotas y deslocalizan su producción atravesando las fronteras nacionales para reducir costes, especialmente los costes salariales. Mientras que las empresas e inversores se benefician considerable-

⁵⁸ Como muestran los pasajes citados anteriormente, Kaplan y Pinkerton están de acuerdo en esto. Aunque Kissinger no menciona explícitamente los intereses de las grandes empresas, en el artículo citado se siente obligado a reconocer que su firma de consultoría asesora a empresas que hacen negocios con China.

⁵⁹ K. Bradsher, «Like Japan in the 1980's, China Poses Big Economic Challenge», *The New York Times*, 2 de marzo de 2004.

⁶⁰ Ted C. Fishman, «Betting on China», *USA Today*, 16 de febrero de 2005.

mente de ese tipo de operaciones, se dice, para los países, entre ellos Estados Unidos, no son siempre tan beneficiosos⁶¹.

Aunque se dé por segura la posibilidad de un conflicto entre los intereses de las empresas estadounidenses y los intereses nacionales de Estados Unidos, no hay acuerdo sobre si una mayor integración económica entre Estados Unidos y China favorece o no el interés nacional estadounidense. Conservadores como Pinkerton insisten en la amenaza que la deslocalización plantea para la seguridad nacional; pero grandes figuras del complejo militar-industrial estadounidense dudan si se puede mantener la preeminencia militar sin cierta deslocalización, que en cualquier caso implicará, marginalmente o no, a China⁶². Los demócratas y las organizaciones obreras ponen el énfasis en la pérdida de empleos en beneficio de China debido al comercio y la deslocalización, y piden medidas de protección y de otro tipo por parte del gobierno para obligar a China a reevaluar su moneda; pero otros insisten en que es mayor aún el peligro de que el dólar se devalúe rápidamente, lo que podría «poner en peligro la influencia política global de Estados Unidos» y hundir al país «en la trampa de la deuda que ha sufrido durante mucho tiempo [...] Latinoamérica»⁶³. Algunos apuntan a los beneficios que el diluvio de crédito y artículos baratos desde China aporta, no sólo a los superricos, sino también a las capas más humildes de en la sociedad estadounidense.

Estados Unidos está inundado de deudas [...] Muchas de esas deudas corresponden a trabajadores que van pasando sus créditos de una tarjeta a otra o contrayendo dudosas hipotecas en un intento de mantener parte del brillante estilo de vida de una clase superior que se hace cada vez más rica [...] Uno de los fenómenos sociales más significativos de la sociedad estadounidense actual es la amplitud de la

⁶¹ Véanse, entre otros, W. Greider, «Trade Truth that the Public Won't Hear», *International Herald Tribune*, 19 de julio de 2005, y J. Petras, «Statism or Free Markets. China Bashing and the Loss of US Competitiveness», *CounterPunch*, 22 de octubre de 2005.

⁶² Un reciente estudio del Pentágono señalaba 73 proveedores extranjeros, en su mayoría de Europa occidental, que suministraban piezas a doce de los más importantes sistemas de armamento estadounidenses. El jefe de compra de armas del Pentágono decía: «Nuestra tarea consiste en conseguir lo mejor para nuestros soldados. La innovación no siempre está limitada por las fronteras. Queremos las mejores capacidades, al precio más barato posible y de los mejores proveedores que podamos encontrar». Un antiguo vicepresidente de Lockheed Martin, el mayor contratista militar de Estados Unidos, declaraba por su parte que queda fuera del alcance de Estados Unidos que todo su suministro militar se fabrique en el propio país aunque lo deseara. «Siempre se busca en primer lugar entre los socios industriales de Estados Unidos, pero en algunos casos no hay otra posibilidad que recurrir a proveedores extranjeros». Véase L. Wayne, «U.S. Weapons, Foreign Flavor», *The New York Times*, 27 de septiembre de 2005.

⁶³ Ted Fishman, «Betting on China», cit.

deuda, que permite a los menos acomodados gastar más de lo que tienen y con ello atenuar la sensación de quedar marginados con respecto a los más ricos. Mientras los tipos de interés no suban espectacularmente, ese proceso social seguirá en marcha. De ahí el peso de Hu [Jintao] en la Calle Mayor de nuestras ciudades⁶⁴.

En resumen, como decía Paul Krugman, en Estados Unidos «se ha desarrollado una adicción a las compras chinas de dólares –y, podríamos añadir, a los productos baratos de China–, y sufriremos un doloroso síndrome de abstinencia cuando nos falten». Abandonar la adicción podría quizá hacer más competitivas las empresas estadounidenses, pero antes habrá que pasar por el doloroso síndrome de abstinencia⁶⁵. Cuanto más se agrava la situación en Iraq, más depende el gobierno de Bush de esa adicción para evitar que también empeoren las cosas en los frentes económico y social del país. De ahí la renuencia del gobierno a presionar demasiado a China con respecto a la revaluación del yuan, sus alabanzas al plan quinquenal del PCCh en 2005, y más en general su actitud más comedida que la del Congreso en las quejas por la inundación de productos chinos que anega el mercado estadounidense y por la pérdida de empleos en beneficio de China.

La intensificación de la retórica y las iniciativas antichinas en el frente geopolítico –la «buena acometida contra China» de Boot– no ha sido una mera cobertura de esa mayor contención de la presión sobre China en cuestiones económicas –la «mala acometida» de Boot–, ni tampoco han sido simples bravuconadas para tranquilizar a los Estados clientes y advertir a los potenciales competidores en Asia oriental y otros lugares de que las dificultades en Iraq no han reducido la determinación estadounidense de preservar su predominio militar regional y global; ha sido también la expresión del interés nacional tal como lo entiende la base electoral del partido republicano bajo la hegemonía neoconservadora.

Como ha argumentado Thomas Frank, uno de los fenómenos políticos más significativos en Estados Unidos durante las últimas dos décadas ha sido el ascenso de los que llama «conservadores por rechazo». Se trata sobre todo de trabajadores blancos y estadounidenses de clase media que han reaccionado frente a su pérdida de estatus e ingresos relativos identificándose más con Dios, las fuerzas armadas y el Partido Republicano que con sus intereses de clase, las organizaciones sindicales y el Partido Demócrata. Los neoconservadores explotaron hábilmente esa actitud para ganar el voto popular y una vez en el poder tomar medidas que beneficiaban a los ricos y reproducían indirectamente la frustración

⁶⁴ R. Cohen, «China and the Politics of a U.S. Awash in Debt», *The International Herald Tribune*, 21 de mayo de 2005.

⁶⁵ P. Krugman, «The Chinese Connection», *The New York Times*, 20 de mayo de 2005.

que había llevado a su base popular a identificarse con Dios, las fuerzas armadas y el Partido Republicano⁶⁶.

Desde esta perspectiva, aunque no desde la de los conservadores más tradicionales dentro y fuera del partido republicano, no importaba que el gobierno y los consumidores estadounidenses se hicieran cada vez más adictos a los créditos y los productos baratos de China. Lo que más importaba era que el presidente estadounidense apareciera como «enraizado, patriota, un auténtico hombre y para algunos como un agente de la divinidad en la Casa Blanca»⁶⁷. Esto significaba que la contención en la «mala» acometida contra China tenía que compensarse con una intensificación de la «buena» acometida contra China, advirtiendo a la dirección comunista china que no se atreviera a desafiar la supremacía de las fuerzas armadas estadounidenses y que por el contrario adoptara las libertades y valores estadounidenses. Y cuanto mayores fueran los problemas de las fuerzas armadas estadounidenses en Iraq más rotunda tenía que oírse esa advertencia. En resumen, una segunda razón para la prolongada carencia de una política coherente con respecto a China ha sido la doble supeditación del gobierno de Bush a las grandes empresas y sus intereses, por un lado, y a los «conservadores por rechazo», por otro. Desde ese punto de vista, la incoherencia de la política estadounidense con respecto a China expresaba la necesidad del gobierno de Bush de acomodarse al deseo del capital estadounidense de beneficiarse de la expansión económica china, y al mismo tiempo complacer la propensión nacional-militarista de su base electoral.

Una tercera razón –para nuestros actuales propósitos la última– de la prolongada falta de coherencia en la política estadounidense hacia China ha sido la dificultad para imaginar las tendencias presentes y futuras de la economía política china. A este respecto los observadores políticos estadounidenses se han visto con «una gran muralla de incógnitas». Se ha ido percibiendo cada vez más que «la propia magnitud y velocidad del crecimiento chino [...] lo convertía en un impredecible factor X en la economía [política] mundial. Se multiplicarán las sorpresas buenas y

⁶⁶ Thomas Frank, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Owl Books, 2005.

⁶⁷ R. Cohen, «China and the Politics of a U.S. Awash in Debt», cit. Como señala Cohen, «no es nada nuevo que la gente abrumada por dificultades económicas recurra a Dios, al patriotismo y a las fuerzas armadas». De hecho, se pueden apreciar ciertas semejanzas entre el patrioterismo militarista en Estados Unidos a principios del siglo XXI y en Gran Bretaña un siglo antes. La principal diferencia es la mucho mayor insistencia en Dios que en el Imperio en el tipo estadounidense de patrioterismo, profundamente enraizado en la tradición religiosa del expansionismo estadounidense. Sobre esta tradición, véase Clyde W. Barrow, «God, Money, and the State. The Spirits of American Empire», Forschungsgruppe Europäische Gemeinschaften (FEG) Arbeitspapier n.º 22, Universität Marburg, Marburg, 2004.

malas, con ganancias, pérdidas amenazas y oportunidades». Pero no está nada claro cuáles podrían ser esas sorpresas.

Todo lo que sabemos con seguridad es que en realidad no sabemos nada. Cuando un país tan enorme como China experimenta un cambio tan espectacular –pasando de una economía de «mando y control» a un sistema de mercado– la probabilidad de que alguien tenga una imagen completa de lo que está sucediendo es escasa o inexistente. En un país más pequeño nuestra ignorancia no importaría mucho, pero en China es un tanto aterradora⁶⁸.

Lo más aterrador, evidentemente, es que esa ignorancia ha configurado la política de un país, Estados Unidos, con la capacidad de desencadenar el Armagedón que los grupos más fanáticos entre los conservadores por rechazo están deseando con ansia. El problema no es sólo que utilizar el conocimiento del presente y el pasado para prever el futuro sea siempre una tarea difícil y arriesgada, sino que reside más bien en el tipo de conocimiento que se está utilizando para ese propósito. Lyric Hughes Hale señala que «en Estados Unidos apenas se estudia historia de China». Muchos de los que hablan de China «esparcen unos pocos hechos de una agenda muy gastada», ignorando convenientemente los hechos que no se adecuan a esa agenda⁶⁹. Peor aún, el espolvoreo de unos pocos hechos de una agenda muy ajada es evidente también en los supuestos que subyacen bajo la política estadounidense hacia China y en las estrategias realistas alternativas que se han examinado en este capítulo. Con la excepción de Kissinger, todas ellas ignoran absolutamente la historia china y se basan en una lectura muy limitada de la historia occidental. A fin de traspasar la Gran Muralla de incógnitas que rodea las posibles consecuencias del ascenso de China es evidentemente necesaria una lectura selectiva del pasado, pero no es fácil adivinar cuál es la lectura selectiva más útil para prever qué cabe esperar o no esperar. Ésta es la cuestión que abordaremos ahora.

⁶⁸ R. J. Samuelson, «Great Wall of Unknowns», *The Washington Post*, 26 de mayo de 2004.

⁶⁹ Por ejemplo, quienes se quejan de que Estados Unidos ha perdido dos millones de empleos industriales en beneficio de China silencian los «muchos más millones de chinos [que] han perdido su empleo durante el mismo período de tiempo, en su mayoría debido a la reestructuración de las empresas de propiedad estatal». Y los que se quejan de las violaciones de la propiedad intelectual en China olvidan convenientemente que leyes similares fueron vulneradas repetidamente en Japón hasta que las propias empresas japonesas sintieron la necesidad de esa misma protección. *The China of Our Imagination Bears No Resemblance to Reality*, *Los Angeles Times*, 22 de mayo de 2005.

Estados, mercados y capitalismo en Oriente y Occidente

En un reciente debate con John Mearsheimer, Zbigniew Brzezinski ofreció una evaluación del «ascenso pacífico» de China que se parecía mucho a la de Kissinger. «China se está incorporando claramente al sistema internacional. Sus dirigentes parecen darse cuenta de que intentar desalojar a Estados Unidos sería fútil y de que la prudente difusión de la influencia china es la vía más segura hacia la preeminencia global». Frente a esa valoración, Mearsheimer reiteraba la opinión de que «China no puede encumbrarse pacíficamente». Si su espectacular crecimiento económico se mantiene durante las próximas décadas, «es probable que Estados Unidos y China se lancen a una intensa competencia en asuntos de seguridad con grandes probabilidades de guerra. La mayoría de los vecinos de China, incluidos India, Japón, Singapur, Corea del Sur, Rusia y Vietnam, se unirían probablemente a Estados Unidos para contener el poderío chino»¹.

Estas opiniones enfrentadas reflejan una diferencia de método. Mearsheimer concede prioridad a la teoría por encima de la realidad política, porque «no podemos saber ante qué realidad política nos encontraremos en el año 2025». En cambio, una teoría del ascenso de grandes potencias puede decírnos qué cabe esperar «cuando China tenga un producto nacional bruto mucho mayor y un ejército mucho más formidable que hoy día». Su teoría tiene una «respuesta sencilla» sobre lo que cabe esperar: China «tratará de expulsar a Estados Unidos de Asia, del mismo modo que Estados Unidos echó a las grandes potencias europeas de las Américas»; y Estados Unidos «tratará de contener a China y en último término de debilitarla

¹ Zbigniew Brzezinski y John J. Mearsheimer, «Clash of the Titans», *Foreign Policy* (enero-febrero 2005), p. 2. http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id=2740.

hasta el punto de que no pueda dominar Asia [...] [comportándose] hacia China de forma muy parecida a como se comportó hacia la Unión Soviética durante la Guerra Fría»².

Brzezinski, en cambio, privilegia la realidad política sobre la teoría, porque «la teoría –al menos en las relaciones internacionales– es esencialmente retrospectiva. Cuando sucede algo que no se adecua a la teoría, hay que revisarla». Sospecha que eso es lo que sucederá en el caso de las relaciones entre Estados Unidos y China, sobre todo porque las armas nucleares han alterado sustancialmente la política de las grandes potencias. La evitación del conflicto directo en el punto muerto soviético-estadounidense «se debía en gran medida al armamento que convirtió la total eliminación de uno o varios países en resultado posible de la escalada de una guerra. Algo debe significar que los chinos no estén tratando de adquirir una capacidad militar que les permita enfrentarse a Estados Unidos». Además, no está predeterminado cómo se comportan las grandes potencias. «Si los alemanes o los japoneses no se hubieran comportado como lo hicieron, puede que sus régimes no hubieran sido destruidos». A este respecto, «la dirección china parece mucho más flexible y sofisticada que los anteriores aspirantes al estatus de gran potencia»³.

Habría mucho que decir de ambos métodos. Lo que suceda en el «corto plazo» de una década o dos estará determinado por un cúmulo de acontecimientos contingentes y aleatorios que, en una perspectiva más amplia, como dice Mearsheimer, «quedan suprimidos de la ecuación» por tendencias subyacentes más duraderas. A menos que contemos con una teoría capaz de identificar y explicar esas tendencias más duraderas, no podemos ni siquiera imaginar lo que sucederá cuando se asiente el «polvo» de los acontecimientos contingentes y aleatorios. Sin embargo, las tendencias subyacentes duraderas no son inmutables ni inexorables; ni tampoco son mero «polvo» los acontecimientos contingentes y aleatorios. Idealmente, una teoría de la política y la sociedad mundiales debe ser capaz de dar cuenta del cambio, así como de la continuidad, en el comportamiento e interacciones mutuas de los agentes clave; debe permitir aprender, si no de la propia teoría, al menos de las experiencias históricas que la teoría intenta describir y explicar; y debe especificar las condiciones bajo las que los acontecimientos contingentes y aleatorios, en lugar de ser «barridos», pueden desestabilizar tendencias establecidas y facilitar el surgimiento de otras. No es una tarea fácil; pero para que tenga alguna utilidad, una teoría de las relaciones entre las grandes potencias existentes y las que aspiran a serlo debe cumplir al menos dos condiciones: debe basarse en las experiencias históricas más cercanas al problema en cuestión y debe dejar abierta la posibilidad de ruptu-

² *Ibid.*, pp. 2-3.

³ *Ibid.*, p. 3.

ras o debilitamientos de las tendencias subyacentes. Si el problema que presentan las opiniones de Brzezinski es que no tienen un fundamento teórico, el más patente en las opiniones de Mearsheimer es que descartan cualquier desviación del resultado previsto (esto es, una confrontación militar) y están construidas sobre fundamentos históricos totalmente inapropiados.

Mearsheimer minusvalora el papel que los mercados y el capital han desempeñado históricamente como instrumentos de poder y considera el prolongado crecimiento económico de China como condición para su transformación final en una gran potencia capaz de desafiar militarmente a Estados Unidos. En su esquema, sin embargo, únicamente la conversión del poder económico en el tipo de poder militar que ahora está concentrado en manos de Estados Unidos puede transformar a China en una auténtica gran potencia.

Si los chinos son inteligentes [...] se concentrarán en desarrollar su economía hasta que sea mayor que la economía estadounidense. Entonces, podrán convertir esa fuerza económica en poderío militar y crear una situación en la que estén en condiciones de dictar sus propios términos a los Estados de la región y de crear todo tipo de problemas a Estados Unidos [...] La gran ventaja de Estados Unidos en este momento es que ningún Estado occidental puede amenazar su supervivencia ni su seguridad, por lo que se ve libre para recorrer el mundo causando problemas en los patios traseros de otros países. Otros Estados, incluido por supuesto el chino, tienen gran interés en causar problemas en el patio trasero de Estados Unidos para mantenerlo ocupado allí⁴.

La posibilidad de que para los chinos fuera «más inteligente» seguir utilizando su riqueza nacional y su mercado interno en rápida expansión como instrumentos de poder regional y global (como están haciendo ya, mientras que el aparato militar estadounidense, supuestamente todopoderoso, permanece entrampado en Iraq) es descartada por razones históricas especiosas. Al desestimar la afirmación de Brzezinski de que el deseo de China de proseguir su crecimiento económico hace improbable el conflicto con Estados Unidos, Mearsheimer argumenta que «esa lógica tendría que aplicarse también a Alemania antes de la Primera Guerra Mundial y a Alemania y Japón antes de la Segunda»; y sin embargo, pese a su «impresionante crecimiento económico», Alemania inició las dos guerras mundiales y Japón el conflicto en Asia oriental⁵. En realidad, ni Alemania antes de la Primera Guerra Mundial ni Alemania y Japón antes la Segunda alcanzaron un éxito económico tan enor-

⁴ *Ibid.*, p. 4.

⁵ *Ibid.*, p. 3.

me. Tuvieron un gran éxito *industrial*, pero en términos de riqueza nacional se estaban aproximando apenas a la renta per cápita de Gran Bretaña, y estaban muy por detrás de Estados Unidos⁶. Su recurso a la guerra puede interpretarse de hecho como un intento de alcanzar por medios militares el poder que no podían alcanzar por medios económicos.

Estados Unidos, en cambio, no tuvo necesidad de desafiar militarmente a Gran Bretaña para consolidar su creciente poder económico. Como hemos visto en el capítulo 8, todo lo que tuvo que hacer fue, en primer lugar, dejar que Gran Bretaña y sus adversarios se agotaran mutuamente en el terreno militar y financiero; en segundo lugar, enriquecerse suministrando productos y crédito al aspirante más rico; y por último intervenir en la guerra en una fase tardía para poder dictar unas condiciones para la paz que favorecieran el ejercicio de su propio poder económico a la mayor escala geográfica posible. Hoy día no hay potencias militares emergentes con la voluntad o la capacidad de desafiar a la potencia dominante, mientras que ésta está inmersa en una guerra sin fin destinada a demostrar lo que evidentemente no puede demostrar, en concreto, que puede imponer al mundo sus intereses y valores sobre la base del poder destructivo de sus fuerzas armadas. En estas circunstancias, ¿no sería acaso la mejor estrategia de poder por parte de China frente a Estados Unidos una variante de la estrategia anterior de Estados Unidos frente a Gran Bretaña? ¿No sería lo mejor para China, uno, dejar que Estados Unidos se agotara militar y financieramente en una guerra contra el terror sin fin a la vista; dos, enriquecerse suministrando productos y crédito a la superpotencia estadounidense, cada vez más incoherente; y tres, utilizar su riqueza y su mercado interno en expansión para ganarse aliados (incluidas algunas empresas estadounidenses) en la creación de un nuevo orden mundial centrado en China, pero no necesariamente dominado militarmente por China?

El desacuerdo de Mearsheimer al no considerar siquiera esta posibilidad forma parte de una tendencia general de los análisis estadounidenses sobre las posibles consecuencias del ascenso de China a concentrarse exclusivamente en la competencia, y no en la eventual cooperación, entre grandes potencias vigentes y emergentes. Así, la relación actual entre Estados Unidos y China se suele comparar con la relación de Alemania con Gran Bretaña a finales del siglo XIX y principios del XX; con la relación de Japón con Estados Unidos durante el período de entreguerras o

⁶ David Landes, *The Unbound Prometheus. Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1969, p. 239; G. Arrighi, *The Long Twentieth Century. Money, Power, and the Origins of our Times*, Londres, Verso, 1994, p. 334 [ed. cast.: *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 3», Ediciones Akal, 1999, p. 402].

con las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial. Sorprendentemente, la mayoría de los observadores estadounidenses excluyen la comparación que parece más pertinente, esto es, entre las relaciones chino-estadounidenses de hoy día y las relaciones de la potencia hegemónica de finales del siglo XIX y principios del XX (Reino Unido) con la potencia emergente más próspera de la época (Estados Unidos). Esta relación evolucionó desde una profunda hostilidad mutua hasta una cooperación cada vez más estrecha, precisamente cuando Estados Unidos comenzó a desafiar la hegemonía británica tanto regional como globalmente⁷. Si esto ha ocurrido antes, ¿por qué no podría suceder de nuevo? Una teoría que no ofrece ninguna respuesta a esta pregunta, y que predice que Estados Unidos y China están inevitablemente condenados a una confrontación militar dentro de dos o tres décadas, bien puede ser peor que no disponer de ninguna teoría.

Esta evaluación resulta especialmente procedente a la vista del hecho de que la teoría de Mearsheimer (como las de Kaplan y Pinkerton examinadas en el capítulo 10) hace caso omiso de la experiencia histórica del sistema interestatal propio de Asia oriental. El principal propósito de este capítulo es mostrar que, no sólo China (como ha señalado Kissinger), sino todo el sistema de relaciones interestatales en Asia oriental se ha caracterizado por una dinámica a largo plazo que contrasta considerablemente con la dinámica occidental en la que se basa la teoría de Mearsheimer. Esta dinámica diferente dio lugar a una primacía china ampliamente reconocida en la construcción del Estado y de la economía nacional durante el siglo XVIII y principios del XIX, pero también creó las condiciones para la subsiguiente incorporación –subordinada– a las estructuras del sistema globalizante europeo de Asia oriental, que transformó pero no destruyó el sistema regional de relaciones internacionales preexistente. Más importante aún es que también contribuyó a la transformación en curso del propio sistema occidental. El resultado fue una formación político-económica híbrida que ha ofrecido un entorno particularmente favorable para el renacimiento económico de Asia oriental y la consiguiente transformación del mundo, que desborda la capacidad de las teorías basadas en la experiencia occidental para comprender lo que está sucediendo.

⁷ Como ha indicado Brad DeLong refiriéndose específicamente a la posible evolución futura de las actuales relaciones chino-estadounidenses, todavía en la década de 1840 Estados Unidos y Gran Bretaña estuvieron al borde de la guerra con motivo de las disputas territoriales en la costa noroccidental y el lucrativo comercio de pieles en la región, pero en las décadas posteriores Gran Bretaña optó por la conciliación en lugar de la guerra contra Estados Unidos, desarrollando lazos económicos y políticos cada vez más estrechos. Citado en G. Ip y N. King, «Is China's Rapid Economic Development Good for U.S.?", *The Wall Street Journal*, 27 de junio de 2005.

La Paz de Quinientos Años

Uno de los grandes mitos de la ciencia social occidental es que los Estados nacionales y su organización en un sistema interestatal son inventos europeos. En realidad, excepto por lo que hace a unos pocos Estados creados por las potencias coloniales europeas (en particular Indonesia, Malasia y Filipinas), los Estados de Asia oriental más importantes –desde Japón, Corea y China hasta Vietnam, Laos, Tailandia y Kampuchea– eran Estados nacionales mucho antes que cualquiera de sus homólogos europeos. Y lo que es más, todos ellos estaban ligados entre sí, directamente o a través del centro chino, por relaciones comerciales y diplomáticas y unidos por una comprensión común de los principios y normas que regulaban sus interacciones mutuas como un mundo entre otros mundos. Como han mostrado estudiosos japoneses especializados en la reconstrucción del sistema comercial tributario centrado en China, ese sistema ofrecía suficientes semejanzas con el sistema interestatal europeo como para hacer analíticamente significativa su comparación⁸.

Ambos sistemas consistían en una multiplicidad de jurisdicciones políticas que reconocían una herencia cultural común y que comerciaban ampliamente en la región correspondiente. Aunque en Asia oriental el comercio a través de las fronteras estaba más regulado públicamente que en Europa, desde los tiempos de la dinastía Song (960-1276) el comercio exterior privado había prosperado y transformado la naturaleza del comercio tributario, cuyo propósito principal, en palabras de Takeshi Hamashita, «era la obtención de beneficios mediante el comercio no oficial complementario del sistema oficial». También se pueden detectar analogías en la competencia interestatal que caracterizaba ambos sistemas. Los distintos países unidos por el sistema comercial tributario centrado en China estaban «lo bastante próximos como para influirse mutuamente, pero [...] demasiado alejados como para asimilar unos a otros o ser asimilados». El sistema comercial tributario les proporcionaba un marco simbólico de mutua interacción político-económica que, sin embargo, era lo bastante laxo como para permitir a sus componentes periféricos una autonomía considerable con respecto al centro chino. Así, Japón y Vietnam eran miembros periféricos del sistema pero también competidores con China en ejercicio del título

⁸ Véase en Sato Ikeda, «The History of the Capitalist World-System vs. The History of East-Southeast Asia», *Review* XIX, 1, pp. 49-76, 1996, un repaso a la contribución de esos analistas. La reconstrucción japonesa parte de la anterior conceptualización del sistema centrado en China de Fairbank y sus discípulos (John K. Fairbank, *The Chinese World Order*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1968), pero se aparta notablemente de ella. Sobre la relación entre ambas presentaciones, véase Peter C. Perdue, «A Frontier View of Chineseness», en G. Arrighi, T. Hamashita y M. Selden (eds.), *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, pp. 51-77.

imperial que les otorgaba su función, de forma que Japón estableció una relación de tipo tributario con el Reino de Riu-Kiu y Vietnam con Laos⁹. Kaoru Sugihara sostiene explícitamente que la difusión de la mejor tecnología y sabiduría organizativa en Asia oriental «permite pensar en la existencia de un sistema político multipolar [...] con muchos rasgos análogos a los del sistema interestatal en Europa»¹⁰.

Estas semejanzas hacen analíticamente significativa una comparación entre los dos sistemas. Sin embargo, en cuanto comparamos su dinámica se hacen inmediatamente evidentes dos diferencias fundamentales. En primer lugar, como he comentado en capítulos anteriores, la dinámica del sistema europeo se caracterizaba por una incesante competencia militar entre sus componentes nacionales y por una tendencia a la expansión geográfica tanto del sistema como de su centro cambiante. Los largos períodos de paz entre las potencias europeas eran la excepción más que la regla. Así, la «Paz de Cien Años» (1815-1914) que siguió a las guerras napoleónicas fue «un fenómeno inaudito en los anales de la civilización occidental»¹¹. Además, durante esa paz de cien años los Estados europeos se vieron envueltos en innumerables guerras de conquista en el mundo no europeo y en la escalada de una carrera armamentista que culminó en la industrialización de la guerra. Aunque el resultado inicial de esas contiendas fue una nueva oleada de expansión geográfica que atenuó los conflictos dentro del sistema europeo, su resultado final fue una nueva oleada de guerras entre las potencias europeas (1914-1945), más destructivas que nunca¹².

En vivo contraste con esa dinámica, el sistema de Estados de Asia oriental sobresalía por la práctica ausencia de competencia militar intrasistémica y de expansión geográfica extrasistémica. Así, con la excepción de las guerras fronterizas chinas que examinaremos ahora, antes de su incorporación subordinada al sistema europeo los Estados nacionales de Asia oriental estuvieron casi todo el tiempo en

⁹ Takeshi Hamashita, «Tribute and Emigration. Japan and the Chinese Administration of Foreign Affairs», *Senri Ethnological Studies* XXV, 1993, pp. 75-76; «The Tribute Trade System and Modern Asia», en A. J. H. Latham y H. Kawakatsu (eds.), *Japanese Industrialization and the Asian Economy*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, p. 92; «The Intra-Regional System in East Asia in Modern Times», en Peter J. Katzenstein y Takashi Shiraishi (eds.), *Network Power. Japan and Asia*, Ithaca, Cornell University Press, 1997, pp. 114-124.

¹⁰ Kaoru Sugihara, «The European Miracle and the East Asian Miracle. Towards a New Global Economic History», *Sangyo to keizai* XI, 12, 1996, p. 38.

¹¹ Mientras que entre 1815 y 1914 sólo hubo guerra entre potencias europeas durante tres años y medio (incluida la Guerra de Crimea), durante los dos siglos anteriores a 1815 las potencias europeas estuvieron en guerra unas contra otras entre sesenta y setenta años como promedio. Karl Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press, 1957, p. 5 [ed. cast.: *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989, p. 28].

¹² Véanse los caps. 5 y 8.

paz unos con otros, no durante cien sino durante trescientos años entre dos invasiones japonesas de Corea, que en ambos casos precipitó una guerra con China, la guerra chino-japonesa de 1592-1598 y la de 1894-1895. Entre 1598 y 1894 sólo hubo dos guerras que no afectaron a China –las guerras birmano-siamesas de 1607-1618 y de 1660-1662–, y tres breves guerras en las que sí participó China, las de 1659-1660 y 1767-1771 con Birmania y la guerra de 1788-1789 con Vietnam. De hecho, en lo que atañe a China, podríamos hablar de una paz de quinientos años, ya que en los doscientos años precedentes a la invasión de Corea por los japoneses en 1592 China sólo estuvo en guerra con otros países de Asia oriental durante la invasión de Vietnam en 1406-1428 para restaurar la dinastía Tran¹³.

La escasa frecuencia de las guerras entre Estados de Asia oriental estaba asociada a una segunda diferencia crucial entre los sistemas de Asia oriental y de Europa occidental: la ausencia de cualquier tendencia de los Estados de Asia oriental a construir imperios *lejanos* en competencia mutua y a lanzarse a una carrera de armamentos comparable en ningún sentido a la europea. Esto no significa que los Estados de Asia oriental no compitieran entre sí; Sugihara, por ejemplo, detecta una relación competitiva en dos tendencias complementarias típicas del Japón Tokugawa (1600-1868): su intento de crear un sistema comercial tributario centrado en Japón y no en China, y su extensa absorción de conocimientos tecnológicos y organizativos coreanos y chinos en la agricultura, la minería y la industria. De esta forma, como decía Heita Kawakatsu, «Japón trataba de convertirse en una mini-China, tanto ideológica como materialmente»¹⁴. Sin embargo, ese tipo de competencia llevó la vía desarrollista de Asia oriental hacia la construcción de una economía estado-nacional más que hacia la guerra y la expansión territorial, esto es, en dirección opuesta a la vía europea.

Esta afirmación puede parecer poco acorde con la larga serie de guerras que China llevó a cabo en su frontera septentrional durante los últimos años de la dinastía Ming y los primeros ciento cincuenta años de la dinastía Ch'ing. Como ha señalado Peter Perdue, la historia del sistema centrado en China aparece bajo una luz

¹³ Basado en las informaciones contenidas en Jacques Gernet, *Le monde chinois*, París, Armand Colin, 1999 [ed. cast.: *El mundo chino*, Barcelona, Crítica, edición revisada y actualizada, 2005]; Greville Stewart Parker Freeman-Grenville, *Historical Atlas of Islam*, Nueva York, Continuum Publishing Group, 2002; «Ancient Battles and Wars of Siam and Thailand», en *Siamese and Thai History and Culture* (1999); «China, 1400-1900 A.D.», en *Timeline of Art History*, The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, octubre de 2004, and «Southeast Asia, 1400-1900 A.D.», en *Timeline of Art History*, The Metropolitan Museum of Art, Nueva York, octubre de 2001, .

¹⁴ K. Sugihara, «The European Miracle and the East Asian Miracle», cit, pp. 37-38; Heita Kawakatsu, «Historical Background», en A. J. H. Latham y H. Kawakatsu (eds.), *Japanese Industrialization and the Asian Economy*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, pp. 6-7.

diferente cuando es observada desde la «perspectiva de la frontera». La presencia de jinetes nómadas que atravesaban las fronteras del norte y noroeste de China y en alguna ocasión llegaron a conquistar la capital generó una actividad militar muy destacada en ellas, que se hizo más notable cuando los conquistadores manchúes establecieron en 1644 la dinastía Ch'ing y trataron de asegurar que otros invasores desde el norte no les hicieran a ellos lo que ellos les habían hecho a los Ming.

En el norte y el noroeste China tenía que hacer frente a pueblos mucho más poderosos y singulares que en otras fronteras. Ahí estaba muy claro que la amenaza de la fuerza aseguraba el orden ritual del comercio. Los Ch'ing no pudieron proclamarse seriamente como polo central incontestado de un sistema tributario centrado en Pekín hasta haber creado alianzas militares con los mongoles orientales, exterminando a los mongoles occidentales, conquistado Xinjiang y asegurado una soberanía formal sobre el Tibet¹⁵.

La expansión territorial subsiguiente y las actividades militares que la sostuvieron fijaron los límites que todos los regímenes chinos posteriores se esforzaron por preservar. Su principal propósito era la transformación de una frontera difícil de defender en una periferia pacificada que amortiguara las incursiones y conquistas desde el norte y centro de Asia. Una vez que se alcanzó ese objetivo durante la década de 1760 cesó la expansión territorial y las maniobras militares se convirtieron en actividades de policía destinadas a consolidar el monopolio del Estado chino sobre el uso de la violencia dentro de las fronteras recientemente establecidas. Esta expansión territorial, aunque fue muy sustancial, palidecía en comparación con las sucesivas oleadas de expansión europeas: la temprana expansión ibérica en las Américas y el sureste de Asia; luego la expansión rusa en el norte de Asia y la holandesa en el sureste de Asia; por no hablar de la posterior expansión británica en el sur de Asia y África así como en América del Norte y Australia. A diferencia de esas oleadas sucesivas, la expansión de los Ch'ing estuvo estrictamente limitada en el espacio y el tiempo por su objetivo de establecer unas fronteras definitivas, sin convertirse en un eslabón de una cadena «sin fin» de expansiones sucesivas.

Esa diferencia no era sólo cuantitativa, sino también cualitativa. La expansión territorial de China bajo la dinastía Ch'ing no pertenecía al tipo de «ciclo autorreforzado» examinado en el capítulo 8, por el que los aparatos militares en competencia de los Estados europeos mantenían y eran mantenidos por la expansión a expensas de otros pueblos y entidades estatales del planeta. En Asia oriental no se puede observar ningún ciclo autorreforzado de ese tipo. La expansión territorial de la China

¹⁵ Peter C. Perdue, «A Frontier View of Chineseness», cit., pp. 60, 65.

Ch'ing no se debía ni dio lugar a la competencia con otros Estados en la extracción de recursos de periferias alejadas. La lógica de la economía política asociada con este tipo de competencia tenía poco que ver con las prácticas chinas. «Más que extraer recursos de la periferia, el Estado chino tendía a invertir en ella. La expansión política para incorporar nuevos territorios obligaba al gobierno a enviar recursos a la periferia, no a extraerlos de ella»¹⁶.

Estas distintas dinámicas de los sistemas europeo y asiático oriental estaban estrechamente relacionadas con, y en aspectos clave determinadas por, otras dos diferencias: una en la distribución de poder entre las unidades del sistema, y otra en el grado en que la fuente originaria de poder era interna o externa al mismo. Incluso antes del «largo siglo XV-XVI» en la historia europea (1350-1650) y de la era Ming en Asia oriental (1368-1644), el poder político, económico y cultural en Asia oriental estaba mucho más concentrado en su centro (China) que en Europa, donde era mucho más difícil localizar un auténtico centro; pero la diferencia se hizo más aguda con la derrota en 1592-1598 del intento japonés de desafiar militarmente la centralidad china y la institucionalización en 1648 del equilibrio de poder en Europa mediante los tratados de Westfalia.

La equilibrada estructura de poder del sistema europeo contribuyó de por sí a la inclinación de los Estados europeos a hacerse la guerra. Como subrayaba Polanyi, los mecanismos de equilibrio de poder –esto es, los mecanismos mediante los cuales «tres o más unidades capaces de ejercer el poder [...] se comportan de forma que las unidades más débiles combinan sus fuerzas contra cualquier incremento de poder de la más fuerte»— fueron un ingrediente clave de la organización de la Paz de Cien Años durante el siglo XIX. Históricamente, empero, los mecanismos de equilibrio de poder sólo habían alcanzado su objetivo de mantener la independencia de las unidades participantes «mediante la guerra continua entre diversos participantes»¹⁷. La razón principal por la que durante el siglo XIX esos mismos mecanismos dieron lugar a la paz en lugar de la guerra es que el poder político y económico estaba tan concentrado en manos de Gran Bretaña que ésta podía transformar el equilibrio de poder, de un mecanismo que ningún Estado individual controlaba y que funcionaba mediante las guerras, en un instrumento de dominio británico informal que fomentaba la paz¹⁸.

¹⁶ R. Bin Wong, *China Transformed. Historical Change and the Limits of European Experience*, Ithaca, Cornell University Press, 1997, p. 148.

¹⁷ K. Polanyi, *The Great Transformation*, cit., pp. 5-7 [La gran transformación, pp. 28-30].

¹⁸ Sobre la transformación británica del equilibrio de poder en un instrumento de dominio informal, véase G. Arrighi y Beverly J. Silver, *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis (MN), University of Minnesota Press, 1999, pp. 59-64 [ed. cast.: *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 10», Ediciones Akal, 2001, pp. 65-73].

La combinación durante el siglo XIX entre un mayor desequilibrio de poder y una disminución de la frecuencia de las guerras en el sistema europeo sugiere que el desequilibrio de poder típico del sistema de Asia oriental era una razón para la escasa frecuencia de las guerras entre los Estados de la región. Sin embargo, el hecho de que la concentración de poder en manos británicas durante el siglo XIX fuera acompañada por una escalada de la competencia interestatal, tanto en la producción de instrumentos bélicos cada vez más destructivos como en el uso de esos medios para acceder a recursos extrasistémicos, sugiere que un mayor desequilibrio de poder no puede explicar por sí solo la práctica ausencia de esos dos tipos de competencia en el sistema de Asia oriental. Tenía que haber algún otro ingrediente, presente en la «mezcla» europea y ausente en la de Asia oriental, para dar lugar a unas pautas tan divergentes en la competencia interestatal. El candidato más verosímil es la mayor extroversión de la vía desarrollista europea comparada con la de Asia oriental.

Aunque el comercio en, entre y atravesando distintas jurisdicciones políticas era esencial para el funcionamiento de ambos sistemas, el peso económico y político del comercio a larga distancia con respecto al comercio a corta distancia era mucho mayor en el sistema europeo que en el asiático. En particular, el comercio entre Oriente y Occidente era una fuente de riqueza y poder mucho más importante para los Estados europeos que para los de Asia oriental, especialmente para China. Fue esta asimetría fundamental la que hizo rica a Venecia e indujo a los Estados ibéricos, investigados y ayudados por los rivales genoveses de Venecia, a buscar una vía directa de encuentro con los mercados de Oriente¹⁹. Esta misma asimetría, como veremos, subyace bajo la escasa rentabilidad, en relación con los costes, de las expediciones de Zheng He durante el siglo XV por el océano Índico. De no ser por esa asimetría, Zheng He bien podría haber «circunnavegado África y “descubierto” Portugal varias décadas antes de que las expediciones de Enrique el Navegante comenzaran a practicar seriamente el cabotaje al sur de Ceuta»²⁰. El accidental «descubrimiento»

¹⁹ G. Arrighi, *The Long Twentieth Century [El largo siglo XX]*, cit., cap. 2. La asimetría Oriente-Ocidente tiene una larga historia, que precede al «largo» siglo XVI y la era Ming; véanse Archibald Lewis, *The Islamic World and the West, A.D. 622-1492*, Nueva York, Wiley, 1970, p. vii; Carlo Cipolla, *Before the Industrial Revolution. European Society and Economy, 1000-1700*, Nueva York, Norton, 1976, p. 206; Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, pp. 106-107. En este estudio, no obstante, sólo nos ocuparemos de la asimetría entre Oriente y Occidente que configuró y fue a su vez transformada por los acontecimientos ocurridos en Europa durante el «largo» siglo XVI y en Asia oriental durante la era Ming.

²⁰ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Random House, 1987, p. 7. O como dice de otro modo William McNeill, «es fácil suponer que si los chinos hubieran decidido seguir enviando viajes exploratorios, un

de las Américas por Colón, cuando buscaba una ruta más corta hacia las riquezas de Asia, alteró sustancialmente los términos de esa asimetría proporcionando a los Estados europeos nuevos medios para introducirse en los mercados asiáticos, así como nuevas fuentes de riqueza y poder en el Atlántico. Pero todavía dos siglos después del descubrimiento, Charles Davenant seguía asegurando que quienquiera que controlara el comercio asiático estaría en condiciones de «dictar la ley a todo el mundo comercial»²¹.

En el capítulo 8 argumentaba que esa extroversión de la lucha por el poder europea fue uno de los principales determinantes de la peculiar combinación de capitalismo, militarismo y territorialismo que propulsó la globalización del sistema europeo. La dinámica opuesta del sistema de Asia oriental –en el que una creciente introversión de la lucha por el poder generó una combinación de fuerzas políticas y económicas que no tendía a una expansión territorial «sin fin»— puede considerarse ahora como prueba contrafáctica en apoyo de esa afirmación. Pero del mismo modo que el surgimiento de la vía extrovertida europea sólo se puede entender a la luz de la difusión de las estrategias de poder en las que fueron pioneras las ciudades-Estado italianas, el surgimiento de la vía introvertida de Asia oriental sólo se puede entender a la luz del éxito de las dinastías Ming y Ch'ing en el desarrollo de la mayor economía de mercado de su época.

La economía de mercado y la vía «natural» china a la opulencia

Si los Estados nacionales o los sistemas interestatales no son un invento occidental, tampoco lo son los mercados nacionales. Como vimos en la Primera Parte, Smith sabía muy bien lo que las ciencias sociales occidentales olvidaron más tarde, en concreto que durante el siglo XVIII el mayor mercado nacional se encontraba, no en Europa, sino en China. Ese mercado nacional se había ido constituyendo du-

almirante chino, siguiendo la corriente de Kuroshio, podría haber llegado a la bahía de San Francisco varias décadas antes de que Colón topara con las islas del Caribe». William McNeill, «World History and the Rise and Fall of the West», *Journal of World History* IX, 2 (1998), p. 229. La capacidad de navegación china, con buques que llegaban a desplazar 1.500 toneladas –frente a las 300 toneladas del buque insignia de Vasco Da Gama–, no tenía rival en aquella época. Véase William McNeill, *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force, and Society since AD 1000*, Chicago, The University of Chicago Press, 1982, p. 44 [ed. cast.: *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, Madrid, Siglo XXI, 1988, p. 49].

²¹ Citado en Eric Wolf, *Europe and the People without History*, Berkeley (CA), California University Press, 1982, p. 125 [ed. cast.: *Europa y los pueblos sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987].

rante mucho tiempo, pero su configuración en el siglo XVIII tuvo como origen las actividades de construcción del Estado de los Ming y los primeros Ch'ing.

Durante el período Song meridional (1127-1236) las grandes reparaciones y gastos militares debidos a las guerras con los pueblos mongoles y tunguses en las fronteras septentrionales de China, junto con la pérdida del control sobre la ruta de la seda y el debilitamiento de monopolios estatales tan rentables como la producción de sal, hierro y vino indujeron a la dinastía reinante a alentar el comercio marítimo privado como fuente de ingresos. Particularmente significativo fue el impulso a la tecnología y la navegación mediante los apoyos financieros y técnicos a los armadores. Tras introducir el uso de la brújula en la navegación, el diseño con aguda proa, popa alta y base plana de los juncos chinos les permitía navegar a gran velocidad en mares turbulentos como ningún otro velero en el mundo. La presión militar y las pérdidas territoriales en el norte provocaron también migraciones masivas hacia las regiones meridionales, especialmente adecuadas para el cultivo de arroz en suelos inundados con gran rendimiento. Dado que con este tipo de cultivo los aumentos adicionales de mano de obra podían incrementar significativamente la productividad de la tierra, la población de esas regiones creció rápidamente, alcanzando densidades mucho más elevadas que las europeas. Además, la eficiencia del cultivo de arroz en suelos inundados para garantizar excedentes de alimentos por encima de la subsistencia permitió a los campesinos incrementar la cantidad y variedad de productos cultivados y comercializados y dedicarse a actividades no agrícolas²².

Bajo el impacto conjunto del comercio marítimo y el desarrollo del cultivo del arroz por inundación, las regiones costeras experimentaron un largo crecimiento económico basado en los avances en la tecnología de la navegación, la consolidación de la «ruta marítima de la seda» y el florecimiento de Guangzhou, Quanzhou y otras ciudades portuarias más pequeñas en la costa suroriental como centros del comercio tributario. Al mismo tiempo, los asentamientos chinos en las islas del sureste de Asia impulsaron el comercio marítimo privado, que sobrepasó al comercio tributario oficial como forma principal de intercambio económico entre China y las

²² Giovanni Arrighi, Po-keung Hui, Ho-Fung Hung y Mark Selden, «Historical Capitalism, East and West», en G. Arrighi, T. Hamashita y M. Selden (eds.), *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*, cit., pp. 269-270; Jung-pang Lo, «Maritime Commerce and its Relation to the Sung Navy», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* XII, 1969, pp. 77-91; Francesca Bray, *The Rice Economies. Technology and Development in Asian Societies*, Berkeley, University of California Press, 1986, p. 119; Mark Elvin, *The Pattern of the Chinese Past*, Stanford, Stanford University Press, cap. 9, 1973; Ravi A. Palat, «Historical Transformations in Agrarian Systems Based on Wet-Rice Cultivation. Toward an Alternative Model of Social Change», en P. McMichael (ed.), *Food and Agrarian Orders in the World-Economy*, Westport (CT), Praeger, 1995, p. 59.

costas de Asia²³. El prolongado apoyo estatal al comercio marítimo privado y las migraciones hacia el sureste de Asia bajo los Yuan (1271-1368) llevaron a la formación de redes comerciales chinas no continentales en todos los mares del Sur y el océano Índico tan extensas como cualquier red europea de la época. Durante las dinastías Song y Yuan ya estaban presentes en Asia oriental tendencias que más tarde serían típicas de la vía de desarrollo europea²⁴.

En Asia oriental, sin embargo, esas tendencias no llevaron a la competencia interestatal en la construcción de imperios comerciales y territoriales alejados, como sucedió en Europa. Por el contrario, la dinastía Ming (1368-1644) las puso bajo control mediante políticas que priorizaban el comercio interno y a veces prohibían el comercio con el extranjero. El desplazamiento de la capital de Nankín a Pekín, para proteger con mayor eficacia la frontera norte frente a las invasiones mongolas, amplió a ese área los circuitos de intercambios comerciales que se habían creado en el Sur. Además, a fin de garantizar el abastecimiento alimentario de la capital y la región circundante, los Ming repararon y extendieron el sistema de canales que conectaba las regiones del Sur donde se cultivaba el arroz con el centro político del Norte, promoviendo así un mayor crecimiento de la economía de mercado y las «ciudades del canal» en la región del bajo Yangtze. También fue importante la promoción por los primeros Ming del cultivo del algodón en el norte. La subsiguiente especialización del Norte en la producción de algodón en rama y del bajo Yangtze en la fabricación de tejidos de algodón amplió aún más el mercado nacional fomentando el comercio entre el norte y el sur a lo largo del Gran Canal²⁵.

Al tiempo que promovían la formación y expansión de un mercado nacional, los Ming se esforzaban por centralizar el control sobre las rentas, imponiendo restricciones administrativas al comercio marítimo y a la emigraciones china al sureste de Asia. Los siete grandes viajes del almirante Zheng He al sureste y sur de Asia surcando el océano Índico entre 1405 y 1433 también pretendían ampliar el

²³ Jung-pang Lo, cit., pp. 57-58; Po-keung Hui, «Overseas Chinese Business Networks. East Asian Economic Development in Historical Perspective», tesis, Dep. de Sociología, State University of New York at Binghamton, 1995, pp. 29-30.

²⁴ Lien-sheng Yang, *Money and Credit in China. A Short History*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1952); M. Elvin, *The Pattern of the Chinese Past*, cit., cap. 14; Yoshinobu Shiba, «Sung Foreign Trade. Its Scope and Organization», en M. Rossabi (ed.), *China among Equals. The Middle Kingdom and its Neighbors, 10th-14th Centuries*, Berkeley, University of California Press, 1983, pp. 106-107; Luquan Guan, *Songdai Guangzhou de haiwai maoyi (El comercio en el mar de Guangzhou durante la dinastía Song)*, Guangzhou, Guangdong renmin chubanshe, 1994, pp. 57-60.

²⁵ G. Arrighi, P. Hui, H. Hung y M. Selden, «Historical Capitalism, East and West», cit., p. 271; Ho-fung Hung, «Imperial China and Capitalist Europe in the Eighteenth-Century Global Economy», en *Review XXIV*, Fernand Braudel Center, 2001, pp. 491-497.

control estatal sobre el comercio exterior. Aquellas expediciones, no obstante, resultaron demasiado caras y los Ming estaban más preocupados por las amenazas militares inmediatas en la frontera norte, por lo que se interrumpieron. Durante más de un siglo el régimen Ming se replegó hacia el interior; siguió fomentando el comercio interno pero limitó el comercio marítimo privado, tomó duras medidas contra el comercio exterior no autorizado con el sureste de Asia, restringió el número de misiones tributarias e incluso prohibió la construcción de barcos de gran calado²⁶.

Janet Abu-Lughod afirma que la retirada de la China Ming del océano Índico «ha dejado perplejos –se podría decir que desesperados– a investigadores muy serios durante los últimos cien años». Más concretamente,

Estando próxima a ejercer la dominación sobre una parte significativa del globo, y disfrutando de una clara ventaja tecnológica, no sólo en la producción pacífica sino también en el poderío militar y naval [...], ¿por qué se echó [China] atrás, retiró su flota y dejó así un enorme vacío de poder que los mercaderes musulmanes, sin el respaldo de una potencia marítima, eran absolutamente incapaces de llenar, pero que sus homólogos europeos ocuparían ávidamente al cabo de un lapso de alrededor de setenta años?²⁷

La asimetría anteriormente señalada entre la búsqueda de riqueza y poder en Asia oriental y Europa occidental ofrece una respuesta muy simple a esta cuestión. Los Estados europeos llevaron a cabo innumerables guerras para establecer un control exclusivo sobre las rutas marítimas que llevaban de Occidente a Oriente porque el control sobre el comercio con Oriente era un recurso decisivo en su búsqueda de riqueza y poder. Para los gobernantes chinos, en cambio, el control sobre esas rutas marítimas era mucho menos importante que las relaciones pacíficas con los Estados vecinos y la integración de sus populosos dominios en una economía nacional de base agrícola. Para los Ming era pues muy razonable no despilfarrar recursos en tratar de controlar las rutas marítimas Oriente-Occidente y concentrarse

²⁶ Gungwu Wang, «Ming Foreign Relations. Southeast Asia», en D. Twitchett y F. Mote (eds.), *The Cambridge History of China Vol. 8 (2), The Ming Dynasty*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 316-323; William McNeill, *The Pursuit of Power*, cit., p. 47 [*La búsqueda del poder*, cit., p. 51]; Binchuan Zhang, «Ming Ch'ing haishang maoyi zhengce. biguanzhishou?» (*«La política comercial marítima de los Ming y los Ch'ing. ¿Puerta cerrada y conservadores?»*) *Selected Essays in Chinese Maritime History IV*, Taipei, Academia Sinica, 1991, pp. 49-51; P. Hui, «Overseas Chinese Business Networks», cit., pp. 34-38, 53.

²⁷ Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*, cit., pp. 321-322.

por el contrario en el desarrollo del mercado nacional, abriendo lo que Adam Smith consideró más tarde una vía «natural» ejemplar a la opulencia.

De hecho, el «comercio tributario» chino –cuyo ámbito trataban de expandir las expediciones de Zheng He y que los Ming restringieron subsiguientemente– tenía mayores costes económicos que beneficios. Desde el establecimiento de un sistema tributario unificado bajo las dinastías Ch'in y Han más de mil años antes, las relaciones tributarias entre la corte imperial china y los Estados vasallos no suponían la recaudación de un impuesto. Por el contrario, especialmente tras la dinastía Tang, y con la única excepción de la dinastía Yuan, los Estados vasallos sólo ofrecían a la corte imperial china regalos simbólicos y recibían a cambio dones mucho más valiosos. Así, lo que nominalmente se denominaba «tributo» era de hecho una transacción en dos direcciones que permitía al Imperio del Centro «comprar» el sometimiento de los Estados vasallos y al mismo tiempo controlar flujos de personas y mercancías a través de sus dilatadas fronteras²⁸.

La sostenibilidad y eficacia de esa práctica –que a escala histórica mundial ofrece la ilustración más notable de la validez del dicho de Hobbes de que «las riquezas empleadas con larguezas son poder, porque procuran amigos y sirvientes»– dependía de varias condiciones. La economía china tenía que generar los recursos necesarios para comprar la lealtad de los Estados vasallos; el Estado chino tenía que gozar de la capacidad de controlar esos recursos; y había que persuadir a los Estados circundantes de que los intentos de arrebatarle recursos al Estado y la economía chinos por medios que desafiaran la autoridad del gobierno chino (como incursiones, conquista, guerra o simplemente el comercio ilegal) no serían rentables. Pese, o quizá debido a su éxito en la consolidación y expansión de la economía nacional, a principios del siglo XVI la política introvertida de los Ming se halló en crecientes dificultades para reproducir esas condiciones. La corrupción generalizada, la creciente inflación y el incontenible déficit fiscal en el frente doméstico se vieron acompañados por presiones externas, desde el norte por las incursiones de los yurchen [manchúes] y a lo largo de la costa sureste por la expansión del comercio ilegal que sobrepasaba a los recaudadores de impuestos. El comercio ilegal practicado por comerciantes armados chinos y japoneses era activamente alentado por los señores de la guerra japoneses, que pretendían utilizar el rentable comercio en productos chinos para financiar sus mutuas querellas internas. Cuando las dificultades financieras de los Ming, incapaces por otra parte de ejercer un control militar eficaz sobre las áreas costeras meridionales, les llevaron a reducir el costoso comercio

²⁸ Cfr. Weinong Gao, *Zou xiang jinshi de Zhongquo yu 'chaogong' guo guanxi* (*La relación entre China y sus Estados tributarios en los tiempos modernos*), Guangdong, Guangdong gaodeng jiaoyu chubanshe, 1993, pp. 1-78.

tributario, el comercio privado se convirtió de nuevo en la forma principal de intercambio económico en la región²⁹.

La degradación interna y las presiones externas se retroalimentaron mutuamente llevando a disturbios sociales explosivos. Los Ming, enfrentados a la creciente in-gobernabilidad del imperio, trataron de resolver la crisis aliviando los motivos de queja de los campesinos mediante reformas tributarias y la explotación del floreciente comercio privado. El trabajo forzoso y los impuestos en especie –dos de las principales causas de la agitación campesina– fueron sustituidos en gran medida por un solo impuesto a pagar en plata. El papel moneda desvalorizado fue abandonado en favor de un patrón plata, y a fin de ampliar el flujo de plata desde el exterior, en la década de 1560 se relajaron las restricciones al comercio con el sureste de Asia y se fijaron impuestos para los comerciantes marítimos con licencia³⁰.

Esta modificación de la política tributaria, monetaria y comercial fue posibilitada y alentada por el masivo flujo de plata aportado por el comercio exterior, en un primer momento con Japón (el mayor productor de plata de la región) y posteriormente con Europa y las Américas³¹. Aunque los envíos españoles de gran parte de su plata americana a China vía Manila relajaron la crisis presupuestaria y social, las dificultades financieras de los Ming se acrecentaron debido a la costosa guerra con Japón en la década de 1590, la multiplicación de choques armados con los manchúes en la década de 1610 y la creciente corrupción de la corte y toda la adminis-

²⁹ W. James Tong, *Disorder Under Heaven. Collective Violence in the Ming Dynasty*, Stanford, Stanford University Press, 1991, pp. 115-129; Frederic Wakeman, *The Great Enterprise. The Manchu Reconstruction of Imperial Order in Seventeenth-Century China*, Berkeley, University of California Press, 1985, cap. 1; Ray Huang, «Fiscal Administration During the Ming Dynasty», en Charles O. Hucker, (ed.), *Chinese Government in Ming Times*, Nueva York, Columbia University Press, 1969, pp. 105-123; H. Hung, «Maritime Capitalism in Seventeenth-Century China. The Rise and Fall of Koxinga in Comparative Perspective», manuscrito no publicado, Dep. de Sociología, Johns Hopkins University, 2001, pp. 12-18; John E. Wills Jr., «Maritime China From Wang Chih to Shih Lang. Themes in Peripheral History», en Jonathan D. Spence y John E. Wills, Jr. (eds.), *Conquest, Region, and Continuity in Seventeenth Century China*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1979, pp. 210-211.

³⁰ W. J. Tong, cit.; William S. Atwell, «Some Observations on the "Seventeenth-Century Crisis" in China and Japan», *Journal of Asian Studies* XLV, 1986, pp. 223-244; Dennis O. Flynn y Arturo Giraldez, «Born with "Silver Spoon". The Origin of World Trade in 1571», *Journal of World History* VI, 2, 1995, pp. 201-211; J. E. Wills, «Maritime China», cit., p. 211; Jurgis Elisonas, «The Inseparable Trinity. Japan's Relations With China and Korea», en John Hall (ed.), *The Cambridge History of Japan, Vol. 4, Early Modern Japan*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 261-262; H. Hung, «Imperial China and Capitalist Europe», cit., pp. 498-500.

³¹ William S. Atwell, «Ming China and the Emerging World Economy c. 1470-1650», en D. Tweddle y F. Mote (eds.), *The Cambridge History of China Vol. 8 (2), The Ming Dynasty*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 403-416; Timothy Brook, *The Confusions of Pleasure. Commerce and Culture in Ming China*, Berkeley, University of California Press, 1998, p. 205.

tración. La imposición por Japón de restricciones comerciales en la década de 1630, combinada con un brusco declive de la afluencia europea de plata en las décadas de 1630 y 1640, fue la gota que hizo desbordar el vaso: al elevar el precio de la plata incrementó la carga de los impuestos sobre el campesinado y provocó la reaparición de disturbios en todo el imperio que culminaron con el colapso del imperio Ming en 1644³².

Con la consolidación de la dinastía Ch'ing se reanudó con gran vigor la política anterior de los Ming que favorecía el comercio interior frente al exterior. Entre 1661 y 1683 los Ch'ing volvieron a imponer la prohibición del tráfico marítimo privado y emprendieron una política de tierra quemada que transformó la costa suroriental de China, de un eslabón crucial que conectaba el mercado chino con el mundial, en una tierra de nadie que los separaba. La prohibición marítima fue levantada en 1683, pero se impusieron regulaciones muy estrictas sobre la construcción naval restringiendo el tamaño y arqueo de los juncos mercantes y se prohibió la presencia de armas de fuego a bordo. Se inauguró así una nueva era en la que el comercio era legal pero la marina mercante china perdió su frágil autonomía. Además, en 1717 se prohibió de nuevo a los súbditos chinos el comercio marítimo privado con el exterior, y la designación en 1757 de Guangzhou como único puerto legal para el comercio exterior selló el destino de toda la región costera suroriental durante casi un siglo³³.

Mientras se desalentaba el comercio exterior, la incorporación de tierras fronterizas en todas direcciones no sólo aumentó la escala del mercado nacional, sino que también redujo los costes de protección en todo el imperio, permitiendo a los gobernantes aliviar y estabilizar los impuestos y emprender una vigorosa acción estatal destinada a eliminar la corrupción burocrática y la evasión de impuestos mediante inspecciones en todo el imperio, reformas fiscales y sistemas de recogida de información más eficaces. Igualmente importante fue la promoción de la redistribución y mejora de las tierras cultivables. A fin de consolidar su poder frente a los terratenientes *ban*, los primeros Ch'ing favorecieron el reparto de grandes haciendas en pequeñas parcelas y la conversión de los siervos por deudas en arrendatarios. Al mismo tiempo lanzaron una amplia variedad de programas de mejora de la tierra destinados a restablecer la base imponible sin elevar los impuestos³⁴.

³² W. S. Atwell, «Some Observations on the 'Seventeenth-Century Crisis' in China and Japan», *Journal of Asian Studies* XLV, 1986; «Ming China and the Emerging World Economy», cit., pp. 407-415.

³³ W. G. Skinner, «The Structure of Chinese History», *Journal of Asian Studies*, 44 (2), 1985, pp. 278-279; J. E. Wills, «Maritime China», cit.

³⁴ Yeh-chien Wang, *Land Taxation in Imperial China, 1750-1911*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1973; Peter C. Perdue, *Exhausting the Earth. State and Peasant in Hunan, 1500-1850*, Cambridge (MA), 1987, pp. 78-79; Ho-fung Hung, «Early Modernities and Contentious Po-

La doble «democratización» de la tenencia de la tierra –mediante el reparto de grandes haciendas y la explotación de nuevas tierras– exigía una acción estatal masiva para mantener y ampliar la infraestructura hidráulica. Como decía el muy influyente funcionario Chen Hongmou,

Cuando los pobres inician el cultivo de nuevas tierras, corresponde a la administración proporcionarles la ayuda oportuna en el desarrollo de sistemas de regadío locales. Si el coste es demasiado alto para que la sociedad local pueda arrostrarlo, se le deben proporcionar fondos de las cuentas oficiales. Si las decisiones sobre las obras hidráulicas necesarias se toman teniendo en cuenta únicamente lo que la gente puede aportar, entonces es muy poco lo que se puede alcanzar³⁵.

La intervención del gobierno en la mejora agrícola, el regadío y el transporte por vías fluviales formó parte integral de la acción de los Ch'ing para contrarrestar los desequilibrios espaciales y temporales del desarrollo económico. Como se ha señalado anteriormente, los desequilibrios espaciales se contrarrestaron mediante medidas que alentaban la tendencia del mercado a la mejora económica de la periferia interna. Éstas incluían el fomento de la emigración hacia áreas menos pobladas mediante la difusión de información, infraestructura y préstamos; los esfuerzos por extender nuevas variedades de cultivo y habilidades artesanales; la realización de grandes inversiones en infraestructura para asegurar la subsistencia en áreas ecológicamente marginales, y la aplicación de políticas tributarias sobre la tierra que favorecían a las áreas más pobres³⁶.

itics in Mid-Ch'ing China, c. 1740-1839», *International Sociology* XIX, 4, 2004, pp. 482-483; Beatrice S. Bartlett, *Monarchs and Ministers. The Grand Council in Mid-Ch'ing China, 1723-1820*, Berkeley, University of California Press, 1991; Philip C. C. Huang, *The Peasant Economy and Social Change in North China*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1985, pp. 97-105; Junjian Jing, «Hierarchy in the Qing Dynasty», *Social Science in China. A Quarterly Journal* III, 1, 1982, pp. 169-181. Cuando las medidas tomadas por el régimen Ch'ing dieron lugar a un crecimiento demográfico explosivo, la explotación de nuevas tierras dejó de tener como objetivo prioritario el restablecimiento de la base recaudatoria del gobierno central para concentrarse en la búsqueda de nuevas fuentes alimentarias con las que mantener a la población. William T. Rowe, *Saving the World. Chen Hongmou and Elite Consciousness in Eighteenth-Century China*, Stanford (CA), Stanford University Press, 2001, pp. 56-57.

³⁵ Citado en W. T. Rowe, *ibid.*, p. 223.

³⁶ Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence. Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 250; Susan Mann, «Household Handicrafts and State Policy in Ch'ing Times», en J. K. Leonard y J. Watt (eds.), *To Achieve Security and Wealth. The Ch'ing State and the Economy*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1992, p. 86; R. Bin Wong, *China Transformed*, cit., p. 148.

En cuanto a la disparidad temporal, el pilar central de la política agraria Ch'ing fue una importante expansión y una coordinación sin precedentes de la práctica de los «graneros siempre abastecidos» que permitía mantener estables los precios. El gobierno de los Ch'ing recurría a mecanismos de mercado para alimentar la enorme y creciente población china no menos, y probablemente más, que cualquiera de sus predecesores; pero los superó a todos ellos en cuanto a la protección de la población frente a las vicisitudes del mercado cerealista mediante un sistema de graneros que le permitía comprar y almacenar grano en tiempos de abundancia a bajo precio y venderlo por debajo del precio de mercado en tiempos de escasez y precios desacostumbradamente altos. Además, altos funcionarios coordinaban los flujos de grano entre los graneros locales para asegurar que todos y cada uno de ellos pudieran contrarrestar rápida y eficazmente las fluctuaciones cíclicas excesivas de precios³⁷.

El resultado conjunto de esas medidas fue la notable paz, prosperidad y crecimiento económico que hicieron de la China del siglo XVIII el modelo para Smith de la vía «natural» a la opulencia, así como fuente de inspiración para los apóstoles europeos del absolutismo ilustrado, la meritocracia y una economía nacional basada en la agricultura. Aunque ningún pensador chino del siglo XVIII teorizó la contribución de la empresa ávida de ganancias a la economía nacional, señala Rowe, el previamente citado Chen Hongmou apreciaba el mercado como instrumento de gobierno tanto como Smith, Hobbes, Locke o Montesquieu.

Chen no vacilaba lo más mínimo en apelar al motivo del beneficio para conseguir que la población local se adhiriera a sus diversos planes de desarrollo como la construcción de nuevas carreteras, la introducción de nuevos artículos para la exportación regional, la creación de graneros comunales, etc. En una formulación no demasiado distante de la «mano invisible» de Adam Smith, Chen afirmaba que tales proyectos beneficiaban a todos [...] precisamente en la medida en que beneficiaban a cada uno en particular³⁸.

Sin embargo, ni Chen ni ninguno de sus contemporáneos chinos «rechazaba el ideal confuciano de la armonía social en favor de una lucha sin cuartel en el mercado [...] y una política general de *laissez-faire*»³⁹. Aunque Adam Smith no era confuciano, como hemos visto en el capítulo 2 la idea de poner en peligro la paz social

³⁷ Pierre-Etienne Will y R. Bin Wong, *Nourish the People. The State Civilian Granary System in China, 1650-1850*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1991; W. T. Rowe, *Saving the World*, cit., pp. 155-185.

³⁸ W. T. Rowe, *Saving the World*, cit., pp. 201-202.

³⁹ *Ibid.*, p. 204.

y la seguridad nacional con una política general de *laissez-faire* le era tan ajena como a Chen. Si hubiera estado en la situación de éste seguramente se habría planteado las cosas de forma muy parecida. Cierto es que pensaba que la mayor participación en el comercio exterior, especialmente si se llevaba a cabo en buques chinos, habría incrementado la riqueza nacional de China; pero la prioridad en el desarrollo que el gobierno Ch'ing asignaba a la mejora agrícola, la redistribución y mejora de las tierras y la consolidación y expansión del mercado doméstico es precisamente lo que él preconizaba en *La riqueza de las naciones*.

El problema de la concepción del desarrollo de Chen y de los Ch'ing no es el rechazo a una política general de *laissez-faire*, sino su ceguera hacia la tormenta que se avecinaba a las costas chinas. Al igual que Adam Smith, no supieron ver que la vía europea a la opulencia, aparentemente «no natural», estaba reconstruyendo el mundo en un proceso de destrucción creativa que no tenía precedentes en la historia. «Los navíos europeos –en palabras de McNeill– habían efectivamente dado la vuelta de arriba abajo a Eurasia. La frontera marítima había sustituido a la frontera de la estepa como punto de encuentro decisivo con los extranjeros y la autonomía de los Estados y pueblos asiáticos comenzaba a desvanecerse»⁴⁰. Si Smith –situado en el ojo del huracán– no lo vio venir, podemos excusar a Chen y a los Ch'ing por no verlo tampoco. Lo que todos ellos pasaban por alto, como sigue sucediendo con algunos de nuestros contemporáneos, es la diferencia fundamental entre el desarrollo capitalista y no capitalista del mercado.

Capitalistas en una economía de mercado no capitalista

En la conclusión de su clásico estudio sobre la formación del «mayor Estado duradero del mundo», Elvin sugiere que el estancamiento de China en un equilibrio de alto nivel fue consecuencia de su propio éxito en el desarrollo de un enorme mercado nacional. El rápido crecimiento de la producción y la población hizo escasear todos los recursos *excepto la fuerza de trabajo* y esto a su vez hizo cada vez más problemáticas las innovaciones rentables.

Al disminuir cada vez más el excedente en la agricultura y por consiguiente la renta y la demanda per cápita, al abaratarse el trabajo y encarecerse cada vez más los recursos y el capital, al disponer de una tecnología agrícola y de transporte tan buena que no cabían mejoras simples, la estrategia racional para campesinos y comercian-

⁴⁰ William McNeill, «World History and the Rise and Fall of the West», *Journal of World History* 9 (2), 1998, p. 231.

tes tenía en la dirección no tanto de crear maquinaria que ahorrara mano de obra, sino de economizar recursos y capital fijo. Los mercados enormes pero casi estáticos no generaban cuellos de botella en el sistema de producción que estimularan la creatividad. Cuando surgían escaseces temporales la versatilidad mercantil, basada en el transporte barato, era un remedio más rápido y seguro que la invención de máquinas. Esta situación se puede describir como un «equilibrio estable de alto nivel»⁴¹.

En esta presentación hay cierta ambigüedad sobre cuándo exactamente quedó atrapada China en ese equilibrio de alto nivel. Elvin añade no obstante dos afirmaciones que ayudan, no sólo a resolver la ambigüedad, sino a identificar la naturaleza del desarrollo basado en el mercado bajo los Ming y los primeros Ch'ing. La primera es que la desaparición de la servidumbre y de la tenencia de tipo servil bajo los Ch'ing llevó al «ascenso de un tipo de sociedad rural esencialmente nuevo»; y la segunda es que «las innovaciones e invenciones tecnológicas durante el periodo de 800 a 1300 produjeron cambios tan enormes que el resultado solamente se puede describir razonablemente como una “revolución”, y que el crecimiento chino a partir de entonces disminuyó no sólo con respecto a la aceleración europea sino también con respecto a su propio rendimiento anterior»⁴².

El desarrollo chino antes de 1300 cae fuera del ámbito de nuestra investigación; para nuestro propósito baste decir que las pruebas disponibles, incluyendo las de Elvin, conceden credibilidad a la tesis de Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall de que el capitalismo «estuvo a punto de nacer primero en la China Song»⁴³. He señalado anteriormente que las tendencias que se hicieron típicas de la vía capitalista europea durante el «largo» siglo XVI estaban ya presentes en China bajo las dinastías Song y Yuan. Sea como fuere, la ralentización del crecimiento chino a partir de 1300 puede interpretarse como un primer estancamiento en un equilibrio de alto nivel, como parece decir el propio Adam Smith cuando asegura que «quizá ya mucho antes [de la estancia de Marco Polo], China había adquirido aquella plenitud de riqueza que le permiten sus leyes e instituciones»⁴⁴.

⁴¹ M. Elvin, *The Pattern of the Chinese Past*, cit., p. 314.

⁴² *Ibid.*, p. 318.

⁴³ Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall, *Rise and Demise. Comparing World-Systems*, Boulder (CO), Westview Press, 1997, p. 47.

⁴⁴ Smith matiza inmediatamente esta afirmación con otra que traiciona una ambigüedad semejante a la de Elvin en cuanto a la datación del estancamiento de China en un equilibrio estable: «Sin embargo, a pesar de hallarse China en una situación estacionaria, no parece ir retrocediendo». Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, I, Londres, Methuen, 1961, pp. 80-81 [ed. cast.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, reimpr. 2004, pp. 70-71].

Esta interpretación, sin embargo, choca con el notable crecimiento económico que Sugihara denomina el «milagro chino» del siglo XVIII y que, como muestra la figura 1.1, permitió que la cuota de Asia oriental en el PIB mundial se incrementara durante casi medio siglo tras el comienzo de la Revolución Industrial inglesa. Si China había entrado en un estado estacionario en torno a 1300 o incluso antes, ¿cómo se explica ese nuevo repunte del crecimiento económico? ¿No ayudaron en absoluto las actividades de construcción del Estado y de una economía nacional de los Ming y los primeros Ch'ing, y el ascenso bajo estos últimos «de un tipo de sociedad rural esencialmente nuevo», a liberar a China de la trampa del equilibrio de alto nivel? Recordando la distinción establecida en el capítulo 3 entre desarrollo capitalista y no capitalista basado en el mercado, podemos responder como sigue.

En primer lugar, la tendencia del crecimiento smithiano a estancarse en un equilibrio de alto nivel no excluye la existencia de otros equilibrios aún más altos, alcanzables mediante cambios en el entorno geográfico e institucional en el que está inserta la economía. En segundo lugar, el «milagro» económico de China durante el siglo XVIII puede interpretarse mejor como un paso de la economía de un equilibrio alto a otro aún más alto, debido principalmente a los cambios en el entorno institucional y geográfico derivados de las decisiones políticas de los Ming y los primeros Ch'ing. En tercer lugar, pese a ese salto hacia arriba, el desarrollo chino basado en el mercado evolucionó en una dirección diferente que en Europa, porque su orientación se hizo menos capitalista y no más capitalista⁴⁵.

Como argumenté en los capítulos 3 y 8, el carácter capitalista del desarrollo basado en el mercado no está determinado por la presencia de instituciones y dispositivos capitalistas sino por la relación del poder del Estado con el capital. Se pueden añadir tantos capitalistas como se quiera a una economía de mercado, pero a menos que el Estado se subordine a su interés de clase, la economía de mercado sigue siendo no capitalista. El propio Braudel considera a la China imperial como el ejemplo que «más adecuadamente apoya [su] insistencia en separar la *economía de mercado* del *capitalismo*». China no sólo tenía «una economía de mercado sólidamente establecida [...] con sus cadenas de mercados locales, su abundante población de pequeños artesanos y mercaderes itinerantes, sus atestadas calles comerciales y centros urbanos», sino que además los comerciantes y banqueros de la provincia de Shanxi y los chinos en el extranjero procedentes de Fujian y otras pro-

⁴⁵ En términos de la representación diagramática de la figura 3.1, la segunda proposición dice que el «milagro» económico chino del siglo XVIII corresponde a un desplazamiento hacia arriba y a la derecha de la curva dy/y . La tercera proposición dice que, a pesar de tal desplazamiento hacia arriba, el desarrollo chino basado en el mercado no mostraba ninguna tendencia hacia el tipo de expansiones financieras recurrentes y de «soluciones espaciales» a una escala cada vez mayor comentados en el capítulo 8.

vincias costeras del sur se parecían mucho a las comunidades empresariales que constituyeron las organizaciones capitalistas preeminentes de la Europa del siglo XVI. Y sin embargo, la «inconfundible hostilidad [del Estado] a cualquier individuo que se hiciera “anormalmente” rico» significaba que «no podía haber capitalismo, excepto en el seno de ciertos grupos claramente definidos, respaldados por el Estado, supervisados por él y siempre más o menos a su merced»⁴⁶.

Braudel exagera la indefensión de los capitalistas frente a un Estado hostil bajo los Ming y los Ch'ing, por no hablar de dinastías anteriores. Pero aun así es cierto que no hay nada en Asia oriental que se parezca a la sucesión de Estados cada vez más poderosos que se identificaban con el capitalismo en Europa, desde las ciudades-Estado italianas, pasando por el estado protonacional en los Países Bajos, hasta un Estado nacional, Gran Bretaña, que acabaría convirtiéndose en el centro de un imperio marítimo y territorial que abarcaba el mundo entero. Como he argumentado en capítulos anteriores, esa sucesión caracteriza, más que ninguna otra cosa, la vía de desarrollo europeo. Y recíprocamente, la ausencia de cualquier cosa comparable a esa secuencia es el signo más claro de que durante las eras Ming y Ch'ing el desarrollo basado en el mercado de Asia oriental seguía siendo no capitalista. Con esto parece estrechamente relacionada la ausencia de nada que se parezca ni remotamente a la incesante carrera de armamentos y expansión territorial típica de los Estados europeos. Como dice Wong,

gran parte de la riqueza comercial europea era absorbida por gobiernos ansiosos de expandir sus ingresos para satisfacer los siempre crecientes gastos de la guerra [...] Tanto los comerciantes europeos como sus gobiernos se beneficiaban de su compleja relación, los primeros obteniendo fabulosos beneficios y los últimos asegurando ingresos que les eran muy necesarios. El Estado imperial chino no desarrolló el mismo tipo de dependencia con respecto a los comerciantes más ricos. Los funcionarios chinos, sin las dificultades financieras observables en Europa durante los siglos XVI y XVIII, tenían menos razones para imaginar nuevas formas de financiación, enormes créditos de los banqueros o la idea de deuda pública y privada⁴⁷.

Pero no por eso se atrofió el capitalismo en Asia oriental. En la propia China se desarrollaron grandes organizaciones empresariales que controlaban extensas redes

⁴⁶ Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme, XV^e-XVIII^e Siècle*, vol. 2, *Les Jeux de l'Échange*, París, Armand Colin, 1979, p. 525; cursiva en el original [ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, tomo II, *Los juegos del intercambio*, Madrid, Alianza, 1984].

⁴⁷ R. Bin Wong, *China Transformed*, cit., p. 146.

de intermediarios y subcontratistas comerciales, como parte integral de la economía nacional; pero la incorporación, incluso al comercio a larga distancia era mucho más abierta y accesible a la gente de todo país que en Europa⁴⁸, por lo que los capitalistas seguían siendo un grupo social subordinado sin capacidad para someter los intereses generales a su propio interés de clase. De hecho, las mejores oportunidades para que el capitalismo se desarrollara en Asia oriental no estaban cerca de los centros, sino intersticialmente, en el borde exterior de los Estados del sistema. La encarnación más notable de ese fenómeno fue la diáspora china en el extranjero, cuya entereza frente a las dificultades y persistente importancia económica tiene pocos paralelos en la historia mundial. Pese a las restricciones de los Ming, los reveses periódicos y la competencia de musulmanes y otros rivales, obtuvo extraordinarios beneficios y proporcionó un flujo continuo de rentas para los gobiernos locales y de remesas para las regiones costeras de China⁴⁹.

La transición en el siglo XVII de la dinastía Ming a la Ch'ing creó las condiciones para un desarrollo parecido al que se estaba produciendo en Europa: la creación por parte de la familia Zheng de un imperio comercial comparable al holandés. Los Zheng, utilizando buques de guerra y armas de fuego de estilo europeo, eliminaron la competencia portuguesa, desafiaron con éxito a los recaudadores de impuestos y a las fuerzas navales del imperio, monopolizaron el comercio de la seda y la cerámica y construyeron una esfera de influencia que se extendía desde Guangdong y Fujian hasta Japón, Taiwán y el sureste de Asia. En 1650 habían creado también un Estado rebelde en la costa suroriental de China. Al no conseguir derrotar a los manchúes en el continente, en 1662 se retiraron a Taiwán, expulsaron a los holandeses y fundaron su propio reino. Un antiguo gobernador holandés de Taiwán quedó tan impresionado por esos acontecimientos que en 1675 comparó el ascenso de los Zheng como potencia naval al de los Países Bajos en Europa un siglo antes. Esta comparación es quizás un poco exagerada, pero Chumei Ho tiene bastante razón al afirmar que «las redes de espionaje comercial y político de los Zheng debieron de ser al menos tan eficaces como las de sus principales enemigos, los manchúes y los

⁴⁸ Gary G. Hamilton y Wei-An Chang, «The Importance of Commerce in the Organization of China's Late Imperial Economy», en G. Arrighi, T. Hamashita y M. Selden (eds.), *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*, cit.; R. B. Wong, «The Role of the Chinese State in Long-distance Commerce», Working Paper n.º 05/04, Global Economic History Network, Department of Economic History, London School of Economics, Londres, 2004.

⁴⁹ P. Hui, «Overseas Chinese Business Networks», cit., pp. 35-36; John E. Wills Jr., «Relations With Maritime Europeans», en D. Twitchett y F. Mote (eds.), *The Cambridge History of China Vol. 8 (2), The Ming Dynasty*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 333; Gungwu Wang, *China and the Chinese Overseas*, Singapur, Times Academic Press, 1991, pp. 85-86; «Ming Foreign Relations. Southeast Asia», cit., pp. 320-323.

holandeses [...] Cabría decir que la organización Zheng tenía algunos rasgos que la asemejaban a la VOC*»⁵⁰.

También hay que señalar que los Zheng desempeñaron un papel muy relevante en el cambio de dinastía. Zheng Zhilong, respetado aliado de los Ming en las primeras fases de la contienda –cuando muchos miembros de la familia Zhen se convirtieron en oficiales y generales del ejército Ming–, intentó cambiar de bando después de que el ejército Ch'ing entrara en Fujian en 1647. El intento fracasó y los Ch'ing respondieron a su propuesta encarcelándolo y finalmente ejecutándolo. Aun así, bajo el liderazgo de Zheng Chenggong el poder de la familia Zheng alcanzó nuevas cotas. Durante las décadas de 1660 y 1670 su régimen en Taiwán siguió siendo un reino independiente de facto, que extraía tributos y comerciaba con las Filipinas españolas, las Riu Kiu y varios reinos del sureste de Asia. El sucesor de Zheng Chenggong, Zheng Jing, rechazó repetidamente las ofertas Ch'ing de un estatus semi-autónomo, proponiendo en su lugar su reconocimiento como vasallo tributario de los Ch'ing basándose en los precedentes de Corea y Riu Kiu. El emperador Kangxi insistió no obstante en que «los ladrones de Taiwán son fujianeses, y Taiwán no se puede comparar a Corea o las Riu Kiu». Por pedir demasiado, al final los Zheng no consiguieron nada, y su régimen acabó en una derrota militar en 1683⁵¹.

La comparación entre los imperios comerciales de los Zheng y de los Países Bajos hace especialmente instructivo su destino opuesto. En el contexto europeo los holandeses se convirtieron en líderes de la institucionalización del equilibrio de poder entre los Estados europeos, del aumento de poder de las capas capitalistas en esos Estados y de la intensificación de la competencia interestatal en la construcción

* La *Vereenigde Oostindische Compagnie* holandesa o VOC, literalmente Compañía Unida de las Indias Orientales, fue establecida en 1602, cuando los Estados Generales de las Provincias Unidas concedió un monopolio de 21 años para realizar actividades coloniales en Asia. Constituyó la primera corporación multinacional del mundo y fue la primera sociedad que emitió acciones. Fue una importante empresa mercantil durante casi dos siglos periodo durante el que pagó un dividendo anual medio del 18 por 100 hasta el momento de su quiebra y disolución en 1800, momento en el que sus activos y pasivos pasaron a manos de la República de Batavia. [N. del T.]

⁵⁰ J. E. Wills Jr., «Maritime China», cit.; «Relations With Maritime Europeans», cit.; Young-tsu Wong, «Security and Warfare on the China Coast. The Taiwan Question in the Seventeenth Century», *Monumenta Serica*, XXXV, 1983; Frederick Coyett, *Verwaarloosde Formosa*, en William Campbell (ed.), *Formosa Under the Dutch. Described From Contemporary Records*, Pasadena (CA), Oriental Book Store, 1987 [1675]; Chumei Ho, «The Ceramic Trade in Asia, 1602-82», en A. J. H. Latham y H. Kawakatsu (eds.), *Japanese Industrialization and the Asian Economy*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, p. 44.

⁵¹ Ho-fung Hung, «Maritime Capitalism in Seventeenth-Century China. The Rise and Fall of Koxinga in Comparative Perspective», manuscrito no publicado, Department of Sociology, Johns Hopkins University, 2001, pp. 33-37.

de imperios en ultramar. En Asia oriental, en cambio, la caída del imperio Zheng abrió la vía a la desmilitarización de los mercaderes chinos, a la consolidación de la construcción de una economía nacional, tanto en la China Ch'ing como en el Japón Tokugawa, y al precipitado declive del poder de los chinos emigrados frente a los Estados territoriales de la región. Como señala Pomeranz, el imperio Zheng «ofrece un ilustrativo ejemplo de un tipo de actividad que se asemejó con éxito al comercio y colonización armada europeos pero que resultaba inasimilable en el sistema estatal chino»⁵².

Pese a su éxito en el fomento de la «Revolución Industrial» en el Asia oriental y a un nuevo incremento en su participación en la producción mundial, la política introvertida de la China Ch'ing y el Japón Tokugawa –como reconoce el propio Sugihara– dio lugar a una brusca contracción del comercio entre los países de Asia desde principios del siglo XVIII⁵³, y lo que es peor, dejó un vacío político en los mares que rodean Asia oriental que los comerciantes chinos desmilitarizados no estaban en condiciones de llenar. Ese vacío fue colmado gradualmente por los Estados, empresas y comerciantes europeos, cuya capacidad para dominar las costas de Asia oriental aumentó rápidamente durante la transición del siglo XVIII al XIX. A este respecto fue decisivo el continuo declive de la industria y la tecnología naval china en un momento de rápidos avances europeos en ambas⁵⁴.

A este respecto, la afirmación anteriormente citada de Adam Smith de que un comercio exterior más desarrollado habría favorecido el interés nacional de China («especialmente si una parte considerable [de él] se llevara a cabo en buques chinos») tenía cierta validez, no tanto por razones estrictamente económicas, sino por razones de seguridad nacional, esto es, de la capacidad china para controlar y afrontar el creciente desafío naval planteado por los europeos. Durante más de un siglo, no obstante, el principal problema de seguridad para los Ch'ing estuvo en la frontera noroccidental y en la China Han, donde la legitimidad de su gobierno como conquistadores extranjeros seguía siendo precaria. En aquellas circunstancias, dedicar recursos a la construcción naval, la navegación y el flete de mercancías parecía necesariamente un lujo, en el mejor de los casos, y la vía más segura para el desastre imperial en el peor. Además, ¿por qué arriesgarse a esa sobretensión cuando los europeos competían fieramente entre sí para surtir de plata a China a cambio de productos chinos? Como consecuencia de las muy competitivas exportaciones chi-

⁵² K. Pomeranz, *The Great Divergence*, cit., p. 204.

⁵³ K. Sugihara, «The European Miracle and the East Asian Miracle», cit., pp. 38-39.

⁵⁴ Jennifer Wayne Cushman, *Fields from the Sea. Chinese Junk Trade with Siam during the Late Eighteenth and Early Nineteenth Centuries*, Studies on Southeast Asia, Southeast Asia Program, Cornell University, Ithaca (NY), 1993, p. 136; P. Hui, «Overseas Chinese Business Networks», cit., pp. 79-80.

nas de seda, porcelana y té, y de una demanda china de plata que elevó su precio a un nivel dos veces superior al que prevalecía en otras partes del mundo, desde el siglo XVI hasta bien entrado el XVIII más de tres cuartas partes de la plata del «Nuevo Mundo» fue a parar a China⁵⁵. Resulta fácilmente comprensible que el éxito del desarrollo autocentrado chino –que impresionó tanto a los europeos– ofuscara a los Ch'ing y les dificultara apreciar la amenaza del nuevo poder que los agresivos «bárbaros» del mar estaban incorporando a la región.

En resumen, la sinergia típica de la vía de desarrollo europea entre militarismo, industrialismo y capitalismo, que impulsó y fue a su vez potenciada por una expansión territorial incesante en ultramar, estuvo ausente en Asia oriental. Como consecuencia, los Estados de Asia oriental experimentaron períodos de paz mucho más largos que los Estados europeos y China pudo consolidar su posición como la mayor economía de mercado del mundo. Sin embargo, su abstención en la expansión ultramarina y en una carrera de armamentos de corte europeo dejó inerme a China y a todo el sistema de Asia oriental frente al asalto militar de las potencias europeas en expansión. Cuando llegó esa arremetida, la incorporación subordinada de Asia oriental al sistema globalizante europeo era ya cosa hecha.

Incorporación e hibridación

La incorporación subordinada de Asia oriental al sistema europeo y el eclipse de la región en la producción mundial mostrado en la figura 1.1 no se debieron principalmente a la ventaja competitiva de la estructura económica occidental frente a la de Asia oriental, especialmente la china. Como se anticipó en el capítulo 3, contrariamente a la afirmación de Marx y Engels de que los artículos baratos eran la «artillería pesada» con la que la burguesía europea «derribó todas las murallas chinas», incluso después de que las cañoneras británicas hubieran derribado la muralla de las regulaciones estatales que aislaban la economía nacional china, los productores y comerciantes británicos necesitaron mucho tiempo para superar competitivamente a sus homólogos chinos. Desde la década de 1830 la importación de tejidos de algodón británicos devastó algunos sectores y regiones de la economía china, pero los driles y sargas británicos nunca pudieron competir en los mercados rurales con los chinos, mucho más resistentes. Además, a medida que las importaciones extranjeras desplazaban el hilado a mano del algodón, el uso de un hilo más barato producido

⁵⁵ D. O. Flynn y A. Giraldez, «Spanish Profitability in the Pacific. The Philippines in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», en Dennis O. Flynn, Lionel Frost y A. J. H. Latham, *Pacific Centuries. Pacific and Pacific Rim History since the Sixteenth Centuries*, Londres, Routledge, 1999, pp. 23-24.

con máquinas dio un nuevo impulso a la industria textil doméstica, que consiguió mantenerse e incluso expandirse⁵⁶. Las empresas occidentales que establecieron instalaciones de producción en China nunca pudieron penetrar realmente en el vasto interior del país y tuvieron que recurrir a comerciantes chinos para obtener materias primas y comercializar sus productos. Los productos y empresas occidentales triunfaron en algunos sectores, pero aparte de los ferrocarriles y minas el mercado chino supuso en general una frustración para los comerciantes extranjeros⁵⁷.

Lejos de destruir las formas autóctonas de capitalismo, la incorporación de China a las estructuras de la economía capitalista centrada en el Reino Unido suscitó una renovada expansión de las comunidades comerciantes chinas que se habían desarrollado en los intersticios del sistema comercial tributario organizado en torno a China. Cuando las Guerras del Opio y las rebeliones internas desbordaron la capacidad de la corte imperial para regular los flujos de mercancías y de personas a través de las fronteras chinas, proliferaron las oportunidades rentables para esas comunidades. El comercio del opio fue una importante fuente de negocios; pero las mayores oportunidades surgieron en el «comercio de culis»: la contratación y transporte al otro lado del océano de trabajadores sometidos a servidumbre por deudas y las transacciones financieras asociadas con las remesas enviadas por éstos a China. El comercio de culis enriqueció no sólo a tratantes individuales, sino a las ciudades portuarias de Singapur, Hong Kong, Penang y Macao, que se convirtieron en «contenedores» privilegiados de la fortuna de la diáspora empresarial china; también fomentó los asentamientos chinos en todo el sureste de Asia, fortaleciendo así la capacidad del capital chino en el extranjero para beneficiarse de la intermediación comercial y financiera en toda la región y entre sus diversas unidades políticas⁵⁸.

⁵⁶ Linda Cooke Johnson, «Shanghai. An Emerging Jiangnan Port, 1638-1840», L. C. Johnson (ed.), *Cities of Jiangnan in Late Imperial China*, Albany, State University of Nueva York Press, 1993, pp. 171-174; Albert Feuerwerker, «Handicraft and Manufactured Cotton Textiles in China, 1871-1910», *Journal of Economic History* XXX, 2, 1970, pp. 371-375; G. G. Hamilton y W. Chang, «The Importance of Commerce...», cit.

⁵⁷ Resat Kasaba, «Treaties and Friendships. British Imperialism, the Ottoman Empire, and China in the Nineteenth Century», *Journal of World History* IV, 2, 1993; Ciyu Chen, «On the Foreign Trade of China in the 19th Century and the China-India-Britain Triangular Trade», *Essays in Chinese Maritime History*, Center for Maritime History, Research Center for Humanities and Social Sciences [antiguo Sun Yat-sen Institute for Social Sciences and Philosophy], Taipei, Academia Sinica, 1984, pp. 58-61; Alvin Y. So, *The South China Silk District*, Albany, State University of Nueva York Press, 1986, pp. 103-116; Andrew J. Nathan, «Imperialism's Effects on China», *Bulletin of Concerned Asian Scholars* IV, 4, 1972. p. 5.

⁵⁸ P. Hui, «Overseas Chinese Business Networks», cit., cap. 3; David Northup, *Indentured Labor in the Age of Imperialism, 1834-1922*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; Daniel R. Headrick, *The Tentacles of Progress. Technology Transfer in the Age of Imperialism, 1850-1940*, Londres, Oxford University Press, 1988, pp. 259-303.

Las presiones recaudatorias y financieras engendradas por las guerras, las rebeliones, el deterioro de los términos de intercambio y los desastres naturales obligaron a la corte imperial Ch'ing, no sólo a relajar el control sobre las actividades de los chinos en el extranjero, sino también a buscar su ayuda financiera. A cambio de ésta la corte Ch'ing les ofrecía puestos oficiales, títulos, protección para sus propiedades y relaciones en China, así como acceso al muy rentable comercio de armas y al negocio crediticio. Ese «intercambio político» no salvó a los Ch'ing pero hasta su colapso final en 1911 fue una importante fuente de enriquecimiento para los capitalistas chinos en el extranjero⁵⁹.

Como se indicó en el capítulo 3, el propio Marx no estaba tan seguro del papel que la artillería metafórica de los artículos baratos desempeñó realmente en la transformación del mundo para acomodarlo a los intereses de la burguesía europea y mencionó explícitamente las Guerras del Opio como ejemplo de la persistente importancia de la fuerza militar como «partera» de esa transformación. De hecho fue la clave para el sometimiento de Asia oriental a Occidente, y lo que es más, su uso fue consecuencia directa de la incapacidad de los comerciantes británicos para penetrar en el mercado chino por medios legales.

Durante la primera mitad del siglo XIX, el opio era, en palabras de Joseph Esherick, «el único medio de entrada viable de Occidente en el mercado chino»⁶⁰. En el caso de Gran Bretaña era mucho más que eso, porque las ventas de opio indio a China desempeñaban un papel crucial en la transferencia de tributos indios a Londres. Como explicaba el director del departamento de estadística de la *East India House*,

India, al exportar opio, ayuda a abastecer de té a Inglaterra. China, al consumir opio, facilita las operaciones de transferencia de renta entre India e Inglaterra. Inglaterra, al consumir té, contribuye a aumentar la demanda del opio indio⁶¹.

La necesidad de ampliar el comercio entre India y China a fin de facilitar las operaciones de transferencia de renta entre India e Inglaterra había sido desde su inicio el principal estímulo para la expansión del comercio del opio. Ya en 1786 Lord Cornwallis, por aquel entonces gobernador general de la India, señaló que la ampliación del comercio entre ésta y China era esencial para pagar al menos en parte las exportaciones chinas de té y seda a Gran Bretaña y otros países europeos y, so-

⁵⁹ Jung-fang Tsai, *Hong Kong in Chinese History. Community and Social Unrest in the British Colony, 1842-1913*, Nueva York, Columbia University Press, 1993, p. 63; P. Hui, «Overseas Chinese Business Networks», cit., cap. 3.

⁶⁰ Joseph Esherick, «Harvard on China. The Apologetics of Imperialism», *Bulletin of Concerned Asian Scholars* IV, 4, 1972, 1972, p. 10.

⁶¹ Edward Thornton, *India, its State and Prospects*, Londres, Parbury, Allen & Co., 1835, p. 89.

bre todo, para transferir a Inglaterra el gran tributo de Bengala *sin grandes pérdidas debidas a la depreciación del tipo de cambio*⁶². Después de la abrogación por Gran Bretaña en 1813 del monopolio comercial con la India de la *East India Company*, ésta redobló sus esfuerzos por fomentar el contrabando del opio hacia China. Los envíos se ampliaron rápidamente, triplicándose sobradamente entre 1803-1813 y 1823-1833, con lo que quedó más que justificado el planteamiento de Cornwallis. En palabras de un informe de la época, del comercio del opio

la Honorable Compañía ha cosechado durante años inmensos ingresos, y el gobierno y la nación británica han obtenido también una cantidad incalculable de ventajas políticas y financieras. La oscilación de la balanza comercial entre Gran Bretaña y China en favor de la primera ha permitido a India decuplicar su consumo de manufacturas británicas; ha contribuido directamente a afianzar la estructura del dominio británico en Oriente, a sufragar los costes del establecimiento de Su Majestad en India, y a ingresar en el Tesoro británico, por medio de las operaciones de intercambio y las remesas de té, abundantes rentas beneficiando a la nación con 6 millones de libras anuales⁶³.

La abrogación del monopolio comercial con China de la *East India Company* en China en 1833 intensificó la competencia en aquella lucrativa rama del comercio británico y envalentonó aún más a las fuerzas del «libre comercio», que siguieron presionando para que «el fuerte brazo de Inglaterra» acabara con todas las restricciones impuestas por el gobierno chino a su libertad de acción. Pero lejos de ceder a las presiones británicas, el gobierno chino actuó rápidamente para suprimir un comercio cuyas consecuencias eran tan desastrosas para China como beneficiosas eran para los británicos. Más allá del impacto pernicioso sobre el tejido social del creciente número de adictos, el comercio del opio tenía efectos políticos y económicos muy perjudiciales para el Estado chino. Las ganancias del contrabando con el opio permitían sobornar a funcionarios chinos, cuya corrupción dificultaba seriamente la ejecución de la política oficial en todos los terrenos, además de fomentar, directa e indirectamente, la conflictividad social. Al mismo tiempo, ese tráfico originaba un drenaje masivo y creciente de plata desde China hacia la India: 1,6 millones anuales de taels [1 tael = 37 gramos de plata] en 1814-1824, 2,1 millones en 1824-1837, y 5,6 millones en los dos años que precedieron a la Primera Guerra del Opio⁶⁴. Como resalta-

⁶² Amiya K. Bagchi, *The Political Economy of Underdevelopment*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1982, p. 96; Michael Greenberg, *British Trade and the Opening of China 1800-1842*, Cambridge, Cambridge University Press, 1951, cap. 2.

⁶³ Citado en M. Greenberg, *ibid.*, pp. 106-107.

ba el edicto imperial de 1838 al anunciar la decisión de acabar con el tráfico, los efectos de ese drenaje sobre la integridad financiera y fiscal del imperio chino eran devastadores: «Si no tomamos medidas para defendernos [...] la riqueza china irá a parar al abismo sin fondo de las regiones al otro lado del mar»⁶⁵.

Al poner al enérgico e incorruptible Lin Zexu a cargo de la supresión del contrabando de opio, el gobierno chino no pretendía obstaculizar las oportunidades comerciales en otras ramas del comercio exterior como la seda, el té o los artículos de algodón, que seguía alemando. El propio Lin fue muy cuidadoso en la distinción entre el comercio ilegal con el opio –que estaba decidido a suprimir con la colaboración del gobierno británico o sin ella– y otras formas legales de comercio, que en su opinión este último debía aleantar en sustitución del tráfico ilegal⁶⁶. Tras fracasar en su intento de persuadir al gobierno británico para que colaborara en la supresión del tráfico en nombre de la ley internacional y de la moralidad más elemental, Lin procedió a confiscar y destruir el opio confiscado y a encarcelar a algunos contrabandistas. Esa operación de policía en territorio chino fue denunciada en el Parlamento británico como «un grave pecado, una imperdonable ofensa, una atroz violación de la justicia, por la que Inglaterra tenía el derecho, un derecho estricto e innegable», por «la ley de Dios y de los hombres», «a exigir reparación por la fuerza si se rechazaba un acuerdo pacífico»⁶⁷.

Evidentemente, en Gran Bretaña y en China prevalecían dos concepciones muy diferentes de la ley internacional y de la moralidad elemental. Pero mientras que la concepción china proclamaba el derecho a promulgar y aplicar la ley sólo en el propio país, la británica suponía que sus leyes debían tener aplicación también en China. Parafraseando a Marx, entre derechos iguales prevalece la fuerza, y su mayor potencia de fuego proporcionaba a Gran Bretaña la capacidad de imponer sus puntos de vista sobre lo bueno y lo malo: China no podía responder a los buques de guerra movidos por vapor que en un solo día de febrero de 1841 hundieron nueve

⁶⁴ Zhongping Yen et al., *Zhongguo jindai jingishi tongji* (Collections of Statistical Data of Modern Chinese Economic History), Pekín, Scientific Publishers, 1957, p. 34; Manhong Lin, «The Silver Drain of China and the Reduction in World Silver and Gold Production (1814-1850)», en *Essays in Chinese Maritime History IV*, Taipei, Center for Maritime History, Research Center for Humanities and Social Sciences [antiguo Sun Yat-sen Institute for Social Sciences and Philosophy], Academia Sinica, 1991, p. 11.

⁶⁵ Citado en M. Greenberg, *British Trade and the Opening of China 1800-1842*, cit., p. 143.

⁶⁶ Arthur Waley, *The Opium War through Chinese Eyes*, Londres, Allen & Unwin, 1958, pp. 18, 28-31, 46, 123; Yen-p'ing Hao, *The Commercial Revolution in Nineteenth-Century China*, Berkeley (CA), California Univ. Press, 1986, pp. 113-115.

⁶⁷ Citado en Bernard Semmel, *The Rise of Free Trade Imperialism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970, p. 153; véase también D. E. Owen, *British Opium Policy in China and India*, New Haven (CT), Yale University Press, 1934.

juncos y destruyeron cinco fuertes, dos puestos militares y una batería costera⁶⁸. Tras una desastrosa guerra (1839-1842), un estallido de importantes rebeliones y una segunda guerra, igualmente desastrosa contra Gran Bretaña (a la que ahora se unió Francia), China dejó prácticamente de ser el centro de un sistema interestatal en Asia oriental relativamente autosuficiente. Durante casi un siglo se convirtió por el contrario en un miembro subordinado y cada vez más periférico del sistema capitalista global. Esta periferización creciente no fue sólo el resultado de la incorporación subordinada de Asia oriental al sistema europeo; igualmente importante fue el cambio radical en las relaciones interestatales en Asia oriental precipitada por los intentos chinos y japoneses de seguir los pasos de la vía desarrollista europea.

Como han subrayado Kawakatsu y Hamashita, la modernización y expansión territorial de Japón a finales del siglo XIX y principios del XX fue una prolongación por nuevos medios de los intentos japoneses durante siglos de recentrar en su país el sistema comercial tributario de Asia oriental⁶⁹. Sin embargo, la modificación del contexto sistémico transformó radicalmente la naturaleza de la competencia interestatal que había caracterizado al sistema de Asia oriental desde la consolidación de los regímenes Tokugawa y Ch'ing. En el nuevo contexto la competencia interestatal en Asia oriental se hizo inseparable de los intentos de ponerse al nivel de la competencia occidental en las industrias de bienes de capital, cuya modernización (en Asia oriental tanto como en Europa) estaba íntimamente ligada a la mejora de las capacidades militares. La carrera de armamentos, que había sido durante mucho tiempo un rasgo característico del sistema europeo, fue así «internalizada» por el sistema de Asia oriental⁷⁰.

⁶⁸ Geoffrey Parker, «Taking Up the Gun», *MHQ. The Quarterly Journal of Military History* I, 4, 1989, p. 96. Como decía K.N. Chauduri, «cuando, tras una desastrosa guerra (1839-1842), el gobierno chino accedió a abrir sus puertos a los comerciantes de opio británicos, no eligió entre lo justo y lo injusto; la única opción ante sí era entre la supervivencia y la destrucción»; K. N. Chaudhuri, *Asia before Europe. Economy and Civilization of the Indian Ocean from the Rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 99.

⁶⁹ H. Kawakatsu, «Historical Background», cit., pp. 6-7; T. Hamashita, «The Tribute Trade System of Modern Asia», *The Memoirs of the Toyo Bunko* XLVI, 1988, p. 20.

⁷⁰ Al revelar brutalmente todas las consecuencias de la superioridad militar occidental, las Guerras del Opio hicieron sentir a los grupos dominantes en China y Japón la necesidad de una modernización militar acelerada. Aquel despertar llevó al erudito funcionario Wei Yuan a desarrollar la vieja idea de utilizar a los bárbaros para controlar a los bárbaros, convirtiéndolo en la idea de utilizar el *armamento bárbaro* (y los medios para producirlo) para controlar a los bárbaros. Ésta fue una de las ideas centrales del Movimiento de Autofortalecimiento chino que comenzó a difundirse tras la Segunda Guerra del Opio. Pocos años después la Restauración Meiji también adoptó esa idea e impulsó a Japón por la misma vía de rápida modernización. Véanse Ting-fu Tsiang, «The English and the Opium Trade», en F. Schurmann y O. Schell (eds.), *Imperial China*, Nueva York, Vintage, 1967, p. 144;

Durante aproximadamente veinticinco años desde su inicio, los esfuerzos industrializadores dieron resultados económicos similares en China y Japón. En vísperas de la guerra chino-japonesa de 1894, «la disparidad en el grado de desarrollo económico moderno entre los dos países no era todavía evidente»⁷¹. Sin embargo, la victoria de Japón en aquella guerra fue sintomática y mostró una diferencia fundamental entre el impulso industrializador de ambos países. En China, su principal agente eran las autoridades provinciales, cuyo poder frente al gobierno central había aumentado considerablemente durante la represión de las rebeliones de la década de 1850, y que aprovecharon la industrialización para consolidar su autonomía. En Japón, en cambio, el impulso industrializador formaba parte integral de la restauración Meiji, que centralizó el poder en manos del gobierno nacional a expensas de las autoridades provinciales⁷².

El resultado de la guerra chino-japonesa profundizó a su vez la divergencia subyacente entre las trayectorias industrializadoras japonesa y china. La derrota de China debilitó su cohesión nacional, iniciando medio siglo de caos político, marcado por nuevas restricciones a la soberanía, indemnizaciones de guerra aplastantes, el colapso final del régimen Ch'ing y la creciente autonomía de señores de la guerra semisoberanos, seguido por la invasión japonesa y una guerra civil prolongada entre las fuerzas nacionalistas y comunistas. Este hundimiento catastrófico del Estado explica probablemente –con lo que respondemos a la pregunta de O'Brien citada en el capítulo 1– por qué le costó tanto tiempo a China recuperar el rango y estatus económico que ostentaba globalmente a mediados del siglo XVIII.

La victoria sobre China en 1894, seguida por la victoria sobre Rusia en la guerra de 1904-1905 convirtió por el contrario a Japón –citando a Akira Iriye– en «un participante respetable en el juego de la política imperialista»⁷³. La conquista de territorio chino –muy en particular la de Taiwán en 1895, seguida por la de la península de Liaodong y el reconocimiento de todos los derechos y privilegios disfrutados hasta ese momento por los rusos en el sur de Manchuria en 1905, que culminaron en el reconocimiento por parte de China de la soberanía japonesa sobre Corea, anexionada como colonia en 1910– proporcionaron a Japón valiosos puestos avanzados desde los que lanzar nuevos ataques contra China, así como un suministro se-

John K. Fairbank, *The United States and China*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, pp. 197-198; Alvin Y. So y Stephen W. K. Chiu, *East Asia and the World-Economy*, Newbury Park (CA), Sage, 1995, pp. 49-50.

⁷¹ Albert Feuerwerker, *China's Early Industrialization. Sheng Hsuan-Huai 1844-1916 and Mandarin Enterprise*, Cambridge, Harvard University Press, 1958, p. 53.

⁷² A. Y. So y S. W. K. Chiu, *East Asia and the World-Economy*, cit., pp. 68-72.

⁷³ Akira Iriye, «Imperialism in East Asia», en J. Crowley, (ed.), *Modern East Asia*, Nueva York, Harcourt, 1970, p. 552.

guro de alimentos baratos, materias primas y mercados. Al mismo tiempo, las indemnizaciones chinas, que equivalían a más de la tercera parte de la renta nacional de Japón, ayudaron a este país a financiar la expansión de la industria pesada y a vincular su moneda al patrón oro. Esto, a su vez, mejoró la valoración crediticia de Japón en Londres y su capacidad para obtener fondos adicionales para la expansión industrial en el país y para la expansión imperialista en ultramar⁷⁴.

Esta bifurcación de las vías de desarrollo japonesa y china culminó en la década de 1930 con la sustitución de Gran Bretaña por Japón como potencia dominante en la región. Con la conquista japonesa de Manchuria en 1931, seguida por la ocupación del norte de China en 1935, la invasión a gran escala desde 1937 y la subsiguiente conquista de parte del interior y el sureste de Asia, Japón parecía estar consiguiendo por fin el recentramiento en sí mismo de la región de Asia oriental. Sin embargo, Japón no pudo mantener su puja por la supremacía regional. Como demostró la destrucción masiva infligida por los bombardeos estratégicos estadounidenses en los últimos meses de la guerra, antes de Hiroshima y Nagasaki, los avances japoneses en tecnología militar no estaban a la par con los estadounidenses. Pero la apuesta japonesa fracasó también debido a que suscitó en China una resistencia que se oponía tan firmemente a los japoneses como a la dominación occidental. Una vez que Japón fue derrotado, la formación de la República Popular China iba a poner en cuestión el impulso hegemónico occidental en una lucha por la centralidad en Asia oriental que ha configurado los acontecimientos en la región desde entonces.

La hegemonía estadounidense y el ascenso japonés

La hibridación de las vías de desarrollo occidental y asiático-oriental ha sido un proceso en dos direcciones. Si a finales del siglo XIX y principios del XX la convergencia se produjo principalmente desde Asia oriental hacia la vía occidental –con desastrosas consecuencias para todos los Estados de la región, incluido Japón, cuyo éxito inicial en el juego de la política imperialista acabó en el holocausto nuclear de Hiroshima y Nagasaki–, durante la segunda mitad del siglo XX le tocó a la vía occidental converger hacia la de Asia oriental. Esta convergencia, apenas tenida en cuenta, se inició con el establecimiento del régimen estadounidense de la Guerra Fría.

⁷⁴ Mark Peattie, «Introduction» a Ramon H. Myers y Mark R. Peattie, *The Japanese Colonial Empire, 1895-1945*, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 16-18; Peter Duus, «Economic Dimensions of Meiji Imperialism. The Case of Korea, 1895-1910», *ibid.*, pp. 143, 161-162; Herbert Feis, *Europe. The World's Banker, 1870-1914*, Nueva York, Norton, 1965, pp. 422-423.

La ocupación militar de Japón en 1945 y la división de la región a raíz de la Guerra de Corea en dos bloques antagónicos creó, en palabras de Cumings, un «régimen vertical [estadounidense] consolidado mediante tratados de defensa bilaterales (con Japón, Corea del Sur, Taiwán y Filipinas) y dirigido por un Departamento de Estado que se situó por encima de los Ministerios de Asuntos Exteriores de esos cuatro países».

Todos ellos se convirtieron en Estados semisoberanos penetrados profundamente por las estructuras militares estadounidenses (control operativo de las fuerzas armadas de Corea del Sur, patrullaje de los estrechos de Taiwán por la Séptima Flota, sometimiento de la política de defensa de los cuatro países a los intereses estadounidenses, bases militares en su territorio) e incapaces de mantener una política exterior o iniciativas de defensa independientes [...]. Hubo leves protestas contra ese régimen de protectorado militar desde mediados de la década de 1950 [...] Pero la tendencia dominante hasta la de 1970 fue un régimen estadounidense unilateral muy sesgado hacia formas militares de comunicación⁷⁵.

La naturaleza militarista de ese régimen unilateral estadounidense no tenía precedentes en Asia oriental, con la excepción parcial del régimen Yuan a finales del siglo XIII y principios del XIV y el régimen abortado centrado en Japón en la primera mitad del XX. Sin embargo, el régimen estadounidense presentaba tres semejanzas importantes con el sistema comercial tributario centrado en China. En primer lugar, el mercado interno del Estado central era incomparablemente mayor que el de los Estados vasallos. En segundo, a fin de ganar legitimación y de obtener acceso al mercado interno del Estado central, los Estados vasallos tenían que aceptar una relación de subordinación política al mismo. Finalmente, a cambio de la subordinación política, los Estados vasallos recibían «regalos» y relaciones comerciales muy ventajosas con el Estado central. Éste era el «magnánimo» régimen comercial y de ayudas de la *Pax Americana* a principios de la posguerra al que tanto Ozawa como Sugihara remiten los orígenes del renacimiento de Asia oriental⁷⁶.

⁷⁵ Bruce Cumings, «Japan and Northeast Asia into the Twenty-first Century», en P. J. Katzenstein y T. Shiraishi (eds.), *Network Power. Japan and Asia*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1997, p. 155.

⁷⁶ Terutomo Ozawa, «Foreign Direct Investment and Structural Transformation. Japan as a Recycler of Market and Industry», *Business and the Contemporary World* 5 (2), 1993, p. 130; K. Sugihara, «The East Asian Path of Economic Development. A Long-term Perspective», en G. Arrighi, T. Hamashita y M. Selden (eds.), *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, p. 81.

A la luz de estas semejanzas podemos decir que la supremacía estadounidense en Asia oriental tras la Segunda Guerra Mundial se alcanzó mediante la transformación de la periferia del antiguo sistema comercial tributario centrado en China en periferia de un sistema comercial tributario centrado en Estados Unidos. Había no obstante dos diferencias importantes entre ambos sistemas. La primera era que el sistema centrado en Estados Unidos no sólo tenía una estructura y orientación mucho más militarista que sus predecesores centrados en China; también fomentaba una especialización funcional entre el Estado imperial y los Estados vasallos que no tenía precedentes en el antiguo sistema centrado en China. Como en la relación ibérico-genovesa de intercambio político en la Europa del siglo XVI a la que aludí en el capítulo 8, Estados Unidos se especializó en el suministro de protección y en la obtención de poder político regional y globalmente, mientras que los Estados vasallos de Asia oriental se especializaron en el comercio y la búsqueda de beneficios. Esta relación de intercambio político desempeñó un papel decisivo en la promoción de la espectacular expansión económica de Japón que inició el renacimiento regional. Como escribía Schurmann en un temprana fase de esa expansión, «los gobiernos japoneses, liberados de la carga del gasto en defensa [...], dedicaron todos sus recursos y energías a una expansión económica que ha traído riqueza a Japón y ha llevado sus empresas hasta los rincones más alejados del globo»⁷⁷.

La segunda diferencia es que el régimen de Guerra Fría centrado en Estados Unidos, a diferencia de los anteriores regímenes centrados en China, era muy inestable en la región: comenzó a resquebrajarse inmediatamente después de su creación. La Guerra de Corea instituyó ese régimen excluyendo a la RPCh del intercambio comercial y diplomático normal con la parte no comunista de la región, mediante el bloqueo y amenazas de guerra respaldadas por «un archipiélago de instalaciones militares estadounidenses»⁷⁸. La derrota en la Guerra del Vietnam, no obstante, obligó a Estados Unidos a readmitir a China en los intercambios comerciales y diplomáticos normales con el resto de Asia oriental. El ámbito de la integración y expansión económica de la región se amplió así considerablemente, pero la capacidad de Estados Unidos para controlar el proceso se redujo en la misma medida⁷⁹.

La crisis del régimen militarista estadounidense y la simultánea expansión del mercado nacional y las redes empresariales japonesas en la región señalaron el re-

⁷⁷ Franz Schurmann, *The Logic of World Power. An Inquiry into the Origins, Currents, and Contradictions of World Politics*, Nueva York, Pantheon, 1974, p. 143.

⁷⁸ B. Cumings, «Japan and Northeast Asia into the Twenty-first Century», cit., pp. 154-155.

⁷⁹ G. Arrighi, «The Rise of East Asia. World Systemic and Regional Aspects», *International Journal of Sociology and Social Policy*, 16 (7), 1996; Mark Selden, «China, Japan and the Regional Political Economy of East Asia, 1945-1995», en P. Katzenstein and T. Shiraishi (eds.), *Network Power. Japan and Asia*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1997.

surgimiento de una pauta de relaciones interestatales que se parecía más a la pauta autóctona (de Asia oriental) –en la que la centralidad estaba determinada principalmente por el tamaño relativo y la sofisticación de las economías nacionales del sistema– que a la pauta alógena (occidental), en la que la centralidad estaba determinada principalmente por la fuerza relativa del correspondiente complejo militar-industrial presente en el sistema. Al tiempo que la derrota de Estados Unidos en Vietnam dejó claros los límites del militarismo industrial como fuente de poder, la creciente influencia de Japón en la política mundial durante la década de 1980 demostró la creciente eficacia de las fuentes de poder económicas frente a las militares. No fue su poderoso aparato militar, sino el crédito y productos baratos de Japón, lo que posibilitó a Estados Unidos invertir durante la década de 1980 el precipitado declive de su poder durante la de 1970. La anterior relación de dependencia política y económica de Japón con respecto a Estados Unidos se transformó así en una relación de dependencia mutua: Japón seguía dependiendo de la protección militar estadounidense, pero la reproducción del aparato productor de protección estadounidense dependía decisivamente de las finanzas y la industria japonesas.

El creciente poder económico de Japón durante la década de 1980 no se basaba en ningún avance tecnológico importante. Su principal fundamento era organizativo. Como se argumentó en el capítulo 6, la proliferación a escala mundial de las corporaciones multinacionales verticalmente integradas intensificó su competencia mutua, obligándolas a subcontratar a pequeñas empresas actividades anteriormente realizadas dentro de su propia organización. La tendencia hacia la burocratización e integración vertical de las empresas– que había favorecido al capital estadounidense desde la década de 1870– comenzó así a verse superada por la tendencia hacia las redes informales y la revitalización de pequeñas empresas subordinadas. Esa nueva tendencia ha sido evidente en todas partes pero en ninguna ha tenido mayor éxito que en Asia oriental. Según la Organización de Comercio Exterior de Japón, sin la ayuda de múltiples capas de subcontratantes formalmente independientes, «las grandes empresas japonesas se habrían hundido». A partir de principios de la década de 1970, la escala y ámbito de ese sistema de subcontratación en múltiples capas se incrementó rápidamente extendiéndose a un creciente número de países de Asia oriental⁸⁰.

Aunque el capital japonés era su agente principal, su difusión dependía en gran medida de las redes empresariales chinas en el extranjero, que fueron desde el prin-

⁸⁰ Daniel I. Okimoto y Thomas P. Rohlen, *Inside the Japanese System. Readings on Contemporary Society and Political Economy*, Stanford, Stanford University Press, 1988, pp. 83-88; G. Arrighi, Satoshi Ikeda y Alex Irwan, «The Rise of East Asia. One Miracle or Many?», en R. A. Palat, (ed.), *Pacific Asia and the Future of the World-Economy*, Westport (CT), Greenwood Press, 1993, pp. 55 ss.

cipio los principales intermediarios entre los empresarios japoneses y locales, no sólo en Singapur, Hong Kong y Taiwán, sino en la mayoría de los países del sureste de Asia, donde la minoría étnica china ocupaba un puesto de mando en las redes empresariales locales. La expansión en toda la región del sistema japonés de subcontratación en múltiples capas fue así apoyada, no sólo por el patrocinio político estadounidense desde arriba, sino también por el patrocinio comercial y financiero chino desde abajo⁸¹.

Con el tiempo, no obstante, el patrocinio desde arriba y desde abajo comenzó a limitar la capacidad de los empresarios japoneses de dirigir el proceso de integración y expansión económica regional. Como se lamentaba a principios de la década de 1990 un representante de una gran empresa japonesa,

Nosotros no tenemos poder militar. Los empresarios japoneses no tienen forma de influir sobre las decisiones políticas de otros países [...] Esta es una diferencia importante con los empresarios estadounidenses y es algo sobre lo que los hombres de negocios japoneses tenemos que pensar⁸².

Esa diferencia no significaba únicamente que Japón no podía igualar la capacidad de Estados Unidos para influir sobre la política de terceros países, sino también que la propia política de Japón era mucho más susceptible de verse influida por los intereses estadounidenses que al contrario. Esta asimetría no era un gran problema mientras se mantuviera en funcionamiento el «magnánimo» régimen comercial y de ayuda estadounidense de la posguerra. Pero como se argumentó en el capítulo 9, durante la década de 1980 y principios de la de 1990 ese régimen «de protección» se vio sustituido por un modelo de auténtico chantaje mafioso, que exigió a Japón concesiones comerciales como una exorbitante revaluación del yen, restricciones «voluntarias» a la exportación y pagos de protección directos, como los exigidos para pagar la primera Guerra del Golfo. En estas circunstancias, la rentabilidad de la relación japonesa de intercambio político con Estados Unidos comenzó a desvanecerse.

Peor todavía, las empresas estadounidenses comenzaron a reestructurarse para competir más eficazmente con las japonesas en la explotación del rico depósito de fuerza de trabajo y recursos empresariales de Asia oriental, no sólo mediante la inversión directa, sino también y especialmente mediante todo tipo de acuerdos de

⁸¹ P. Hui, «Overseas Chinese Business Networks», cit.; Alex Irwan, «Japanese and Ethnic Chinese Business Networks in Indonesia and Malaysia», tesis, Dep. of Sociology, State University of New York at Binghamton, 1995.

⁸² J. Friedland, «The Regional Challenge», *Far Eastern Economic Review*, 9 de junio de 1994.

subcontratación en estructuras organizativas laxamente integradas. Como se señaló en el capítulo 10, esta tendencia llevó al desplazamiento en la primacía empresarial estadounidense de empresas verticalmente integradas como General Motors por corporaciones subcontratantes como Wal-Mart. Como han mostrado Gary Hamilton y Chang Wei-An, los acuerdos de subcontratación «impulsados por los compradores» como los de Wal-Mart eran un rasgo distintivo de las grandes empresas en el último período de la China imperial y siguen siendo la forma dominante de organización empresarial en Taiwán y Hong Kong hasta el presente⁸³. Así pues, podemos interpretar la formación y expansión de redes de subcontratación estadounidenses como otro ejemplo de convergencia occidental hacia las pautas de Asia oriental. Pese a esa convergencia, el principal beneficiario de la movilización de las redes de subcontratación de Asia oriental en la creciente lucha competitiva entre las principales organizaciones capitalistas del mundo no era el capital japonés ni el estadounidense, sino por el contrario otro legado de la vía de desarrollo de Asia oriental: la diáspora capitalista china en el extranjero.

Como se ha indicado previamente, las mayores oportunidades para el crecimiento de la diáspora china –que durante siglos ha sido el foco principal de las semillas del capitalismo que germinaban en los intersticios del sistema comercial tributario centrado en China– llegaron con la incorporación subordinada de Asia oriental a las estructuras del sistema globalizante centrado en el Reino Unido. A principios del siglo XX numerosos miembros de la diáspora intentaron transformar su creciente poder económico en influencia política sobre la China continental, apoyando la revolución de 1911 y al Guomindang (GMD) durante el período de los señores de la guerra; pero aquel intento fracasó, debido al creciente caos político, a la conquista de las regiones costeras de China por Japón y a la derrota final del régimen del Guomindang frente al Partido Comunista chino (PCCh)⁸⁴.

La victoria comunista, al generar una nueva oleada de emigración china al sureste de Asia, especialmente a Hong Kong y Taiwán, así como a Estados Unidos, renovó las filas empresariales de la diáspora. Poco después, la Guerra de Corea resucitó el comercio interregional y creó nuevas oportunidades de negocio para los chinos expatriados, y lo mismo sucedió con la retirada de las grandes empresas europeas y estadounidenses de la era colonial y la llegada de nuevas corporaciones

⁸³ G. G. Hamilton y W. Chang, «The Importance of Commerce...», cit.

⁸⁴ Sobre las relaciones entre la diáspora china en el extranjero y los nacionalistas chinos, véase Prasenjit Duara, «Nationalists Among Transnationals. Overseas Chinese and the Idea of China, 1900-1911», en A. Ong y D. M. Nonini (eds.), *Ungrounded Empires. The Cultural Politics of Modern Chinese Transnationalism*, Nueva York, Routledge, 1997, pp. 39-59.

multinacionales que buscaban socios capaces para iniciativas conjuntas⁸⁵. Bajo el régimen unilateral estadounidense que resultó de la Guerra de Corea, no obstante, el papel de los chinos expatriados como intermediarios comerciales entre la China continental y la región marítima circundante se vio muy limitado, tanto por el embargo estadounidense sobre el comercio con la RPCh como por las restricciones comerciales que ésta impuso. Además, durante las décadas de 1950 y 1960 la expansión del capital chino en la diáspora se vio también restringida por la oleada de nacionalismo e ideologías y prácticas de desarrollo nacional en Asia suroriental. A pesar de ese entorno poco favorable, las redes empresariales chinas en el extranjero consiguieron consolidar su influencia en los puestos de mando de la mayoría de las economías del sureste asiático⁸⁶.

Los capitalistas chinos en el extranjero se veían así muy bien situados para aprovechar la expansión transfronteriza del sistema japonés de subcontratación en múltiples capas y la creciente demanda de las empresas estadounidenses de socios para hacer negocios en la región. Cuanto más intensa se hacía la competencia por los recursos humanos de bajo coste y alta calidad de Asia oriental, más sobresalía la diáspora china como una de las redes capitalistas más poderosas en la región, eclipsando las redes de las multinacionales estadounidenses y japonesas⁸⁷; pero sus mayores oportunidades de enriquecimiento y aumento de poder llegaron con la reintegración de la China continental a los mercados regionales y globales durante la década de 1980. A este respecto fue decisiva la apertura de la RPCh al comercio y a la inversión extranjera, cuyo éxito inauguró una etapa totalmente nueva del resurgimiento de Asia oriental: la etapa del recentramiento en China de la economía regional, de la que nos ocuparemos ahora.

⁸⁵ Siu-lun Wong, *Emigrant Entrepreneurs*, Hong Kong, Oxford University Press, 1988; Jamie Mackie, «Business Success Among Southeast Asian Chinese—The Role of Culture, Values, and Social Structures», en R.W. Hefner (ed.), *Market Cultures. Society and Morality in the New Asian Capitalism*, Boulder, Westview Press, 1998, p. 142.

⁸⁶ Christopher Baker, «Economic Reorganization and the Slump in Southeast Asia», *Comparative Studies in Society and History* 23 (3), 1981, pp. 344-345; Yuan-li Wu y Chun-hsi Wu, *Economic Development in Southeast Asia. The Chinese Dimension*, Stanford, Hoover Institution Press, 1980, pp. 30-34; Jamie Mackie, «Changing Patterns of Chinese Big Business», en R. McVey (ed.), *Southeast Asian Capitalists*, Southeast Asian Program, Cornell University, Ithaca (NY), 1992, p. 165; P. Hui, «Overseas Chinese Business Networks», cit., pp. 184-185.

⁸⁷ G. Arrighi, P. Hui, H. Hung y M. Selden, «Historical Capitalism, East and West», cit., p. 316; A. Ong y D. M. Nonini (eds.), *Ungrounded Empires*, cit.

XII

Orígenes y dinámica del ascenso chino

Contrariamente a una creencia muy generalizada, el principal atractivo de la RPCh para el capital extranjero no han sido únicamente sus enormes reservas de mano de obra barata; tales reservas abundan en el mundo –aunque no tan formidables–, pero en ningún lugar han atraído al capital de forma parecida. El principal atractivo, como argumentaré, ha sido la alta calidad de esas reservas –en términos de salud, educación y capacidad de autogestión– en combinación con la rápida expansión de los términos de oferta y demanda para su movilización productiva dentro de la propia China. Esta combinación no la creó el capital extranjero sino un proceso de desarrollo basado en tradiciones autóctonas, incluida la tradición revolucionaria que dio origen a la RPCh. El capital extranjero intervino tardíamente en ese proceso, apoyándolo en ciertas direcciones pero socavándolo en otras.

El «intermediario» que facilitó el encuentro entre el capital extranjero y los trabajadores, empresarios y funcionarios del gobierno chino fue el capital chino en la diáspora¹. Ese papel de intermediario se vio posibilitado por la determinación con la que la dirección de la RPCh encabezada por Deng Xiaoping buscó la ayuda de los chinos expatriados para abrir China al comercio y las inversiones y para recuperar Hong Kong, Macao y finalmente Taiwán, de acuerdo con el modelo «una nación, dos sistemas». Esta alianza se demostró más fructífera para el gobierno chino

¹ Sobre el capital chino en la diáspora como «intermediario», véanse, entre otros, Nicholas R. Lardy, *Foreign Trade and Economic Reform in China, 1978-1990*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 37-82; Kichiro Fukasaku y David Wall, *China's Long March to an Open Economy*, París, OCDE, 1994, pp. 26-42; Louis Kraar, «The New Power in Asia», *Fortune*, 31 de octubre de 1994, p. 40. Sobre los orígenes del capital chino en la diáspora, véase el cap. 11.

que su política de puertas abiertas hacia las empresas estadounidenses, europeas y japonesas, que incómodas por las regulaciones que restringían su libertad para contratar y despedir trabajadores, para comprar y vender mercancías y para sacar los beneficios de China, tendían a mantener sus inversiones apenas al nivel mínimo necesario para mantener una cabeza de playa en la RPCh. Los chinos expatriados, en cambio, podían eludir la mayoría de las regulaciones gracias a su familiaridad con las normas, costumbres y la lengua local, a la manipulación de los lazos de parentesco y comunidad –que reforzaban mediante generosas donaciones a las instituciones locales– y al trato preferencial que recibían de los funcionarios del PCCh. Así, mientras las empresas extranjeras seguían quejándose del «clima de inversión», los empresarios chinos comenzaron a dirigirse desde Hong Kong hasta Guandong casi tan rápidamente como lo habían hecho de Shanghai a Hong Kong cuarenta años antes (y en mayor número). Alentado por el éxito, en 1988 el gobierno chino redobló sus esfuerzos para ganarse la confianza y ayuda del capital chino en el extranjero extendiendo a los residentes en Taiwán muchos de los privilegios previamente acordados a los residentes en Hong Kong².

Mucho antes de la represión de Tienanmen se estableció así una alianza política entre el PCCh y las empresas chinas en el extranjero. El enfriamiento de las relaciones entre Estados Unidos y China después de Tienanmen frenó el entusiasmo occidental por la inversión en China. Aunque la parte correspondiente a China de la inversión directa japonesa en Asia oriental se incrementó rápidamente, pasando del 5 por 100 en 1990 al 24 por 100 en 1993, ese aumento no restableció el liderazgo que Japón había ejercido en el proceso de integración y expansión económica regional durante las décadas de 1970 y 1980 (véase el capítulo 11), sino que en realidad reflejó el intento de los empresarios japoneses de ponerse a la altura de los chinos de la diáspora aprovechando las rentables oportunidades ofrecidas por las reformas económicas en la RPCh. En 1990, cuando despegó la inversión japonesa, el total de las inversiones desde Hong Kong y Taiwán suponían, con 12.000 millones de dólares, el 75 por 100 de la inversión extranjera en China, casi 35 veces la cuota japonesa. Por rápido que aumentara la inversión japonesa a partir de entonces, iba a la zaga, más que a la cabeza, de la gran expansión de la inversión exterior en China³. A medida que el ascenso chino cobraba impulsó por sí mismo durante la década de 1990,

² Alvin Y. So y Stephen W. K. Chiu, *East Asia and the World-Economy*, Newbury Park (CA), Sage, 1995, cap. 11.

³ Giovanni Arrighi, Po-keung Hui, Ho-Fung Hung y Mark Selden, «Historical Capitalism, East and West», en G. Arrighi, T. Hamashita y M. Selden (eds.), *The Resurgence of East Asia. 500, 150 and 50 Year Perspectives*, Nueva York, Routledge, 2003, pp. 316-317. Pese al boom de la inversión directa extranjera durante la década de 1990 y al principio de la de 2000, los chinos expatriados todavía proporcionan más de la mitad del dinero extranjero empleado para establecer empresas en China. Véase

el capital japonés, estadounidense y europeo acudía cada vez más copiosamente a China. La inversión directa extranjera, que totalizó 20.000 millones de dólares durante la década de 1980, se decuplicó hasta 200.000 millones de dólares en la de 1990 y se duplicó de nuevo con larguezas, hasta 450.000 millones de dólares, durante los tres años siguientes. «Pero si los extranjeros invertían –comenta Clyde Prestowitz–, eso sólo se debía a que los chinos [expatriados] estaban invirtiendo aún más»⁴.

El capital extranjero, en otras palabras, saltó al vagón de cola de una expansión económica que ni puso en marcha ni encabezaba. La inversión directa extranjera desempeñó un importante papel en el estímulo a las exportaciones chinas. Como muestra la figura 5.1, empero, la gran expansión de las exportaciones fue un episodio tardío del ascenso chino. En cualquier caso, el capital extranjero (especialmente estadounidense) necesitaba a China mucho más de lo que China necesitaba el capital extranjero. Las empresas estadounidenses, desde Intel hasta General Motors, «afronta[ba]n un imperativo muy simple: invertir en China para beneficiarse del trabajo barato y de su economía rápidamente creciente, o dejarla en manos de sus rivales». China, que en otro tiempo era sólo un centro de fabricación, se ha convertido en un lugar donde desarrollar y vender artículos de alta tecnología. «Todos y cada uno quieren estar presentes en China. Allí hay mil doscientos millones de consumidores», decía el presidente de la asociación estadounidense de comercio tecnológico AEA. El vicepresidente de la fábrica de componentes tecnológicas Dow Corning se mostraba de acuerdo: «No hay muchos otros países que puedan parecer tan interesantes»⁵.

¿Pero cómo ha cobrado China tanta importancia? ¿A qué combinación de iniciativas y circunstancias podemos atribuir su extraordinaria transformación económica, «probablemente la más sobresaliente [...] de la historia», en opinión de Stiglitz?⁶ ¿Y qué relación tiene el actual resurgimiento económico con tradiciones anteriores de desarrollo no capitalista basado en el mercado, con el eclipse durante un siglo que siguió a las Guerras del Opio y con la tradición revolucionaria que dio lugar a la RPCh? Para dar respuesta a estas preguntas, comencemos desembarrandonos del mito de que el ascenso chino se debe atribuir a una supuesta adhesión al credo neoliberal.

Ted C. Fishman, *China, INC. How the Rise of the Next Superpower Challenges America and the World*, Nueva York, Scribner, 2005, p. 27.

⁴ Clyde Prestowitz, *Three Billion New Capitalists. The Great Shift of Wealth and Power to the East*, Nueva York, Basic Books, 2005, p. 61.

⁵ «Is the Job Drain China's Fault?» *Business Week Online*, 13 de octubre de 2003. M. Kessler, «U.S. Firms. Doing Business in China Tough, But Critical», *USA Today*, 17 de agosto de 2004, pp. 1-2.

⁶ J. Stiglitz, «Development in Defiance of the Washington Consensus», *The Guardian*, 13 de abril de 2006.

La apertura china: Adam Smith frente a Milton Friedman

Con frecuencia se señala que la expansión económica de China difiere de la anterior expansión japonesa por estar más abierta al comercio y la inversión extranjera. Esta observación es correcta, pero no lo es la inferencia de que China se ha adherido así a las prescripciones neoliberales del Consenso de Washington, inferencia igualmente habitual tanto entre intelectuales de izquierda como entre los promotores de dicho Consenso. Deng Xiaoping, por ejemplo, figura destacadamente, junto a Reagan, Pinochet y Thatcher en la portada del libro de Harvey *A Brief History of Neoliberalism*, y todo un capítulo del libro está dedicado al «neoliberalismo «con rasgos chinos»»⁷. De forma parecida, Peter Kwong ha argumentado que tanto Reagan como Deng «eran grandes admiradores del gurú neoliberal Milton Friedman».

Resulta intrigante lo pronto que los chinos descubrieron como guía a Friedman –tan sólo un año después de que Margaret Thatcher iniciara sus brutales reformas en torno al apotegma «No Hay Alternativa». Del mismo modo que Ronald Reagan inició su «revolución» en América destruyendo las redes de seguridad y de bienestar social que venían funcionando desde la época de Franklin Delano Roosevelt, Deng y sus seguidores siguieron la receta de Friedman de «descargar el gobierno de las espaldas de la gente», acomodando a China en el universo neoliberal⁸.

En el extremo opuesto del espectro ideológico, los promotores institucionales del Consenso de Washington –el Banco Mundial, el FMI y los Departamentos del Tesoro estadounidense y británico, respaldados por medios conformadores de la opinión pública como *Financial Times* y *The Economist*– han proclamado que la reducción de la pobreza y la desigualdad en la renta mundial, que ha acompañado al crecimiento económico de China desde 1980, puede atribuirse a la adhesión china a sus prescripciones políticas⁹. Esta afirmación se ve contradicha por la larga serie de desastres económicos que la adhesión real a esas prescripciones ha provocado en el África subsahariana, en América Latina y en la antigua URSS. A la luz de esa experiencia, James Galbraith se pregunta si se debería seguir considerando la década de 1990 «una época dorada del capitalismo» y no como «algo más pare-

⁷ David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 49», Ediciones Akal, 2007].

⁸ Peter Kwong, «China and the US are Joined at the Hip. The Chinese Face of Neoliberalism», *Counterpunch*, edición del fin de semana, 7/8 de octubre de 2006, pp. 1-2.

⁹ Para una revisión crítica de esas afirmaciones, véase Robert Wade, «Is Globalization Reducing Poverty and Inequality?», *World Development* XXXII, 4, 2004.

cido a una época dorada del socialismo reformado en dos países (China y la India), y una época de desastres para los que siguieron las prescripciones propugnadas por *The Economist*.

Tanto China como la India se liberaron de los bancos occidentales en la década de 1970 y se ahorraron la crisis de la deuda. Ambas siguen manteniendo hasta hoy día controles de capital, de forma que el dinero caliente no puede entrar y salir libremente. Ambas siguen manteniendo grandes sectores públicos en la industria pesada [...] Sí, a China y la India les ha ido bien, en general; ¿pero esto se debe a sus reformas o a las regulaciones que siguen imponiendo? Sin duda, la respuesta correcta es: tanto a unas como a otras¹⁰.

Centrándonos exclusivamente en China, y dejando a un lado por ahora la cuestión de si lo que se ha venido practicando es un «socialismo reformado» o cierta variante del capitalismo, la afirmación de Galbraith de que las reformas chinas no han seguido las prescripciones neoliberales encuentra apoyo en la afirmación de Stiglitz, citada en el capítulo 1, de que el éxito de las reformas chinas puede atribuirse a *no haber renunciado* al gradualismo en favor de las terapias de choque propugnadas por el Consenso de Washington; a haber reconocido que sólo se puede mantener la estabilidad social si la creación de empleo va de la mano con la reestructuración; y a haber procurado un despliegue fructífero de los recursos desplazados por la competencia intensificada. Aunque China dio la bienvenida al consejo y ayuda del Banco Mundial desde el comienzo de las reformas, siempre lo hizo en términos y condiciones que favorecían el «interés nacional» chino, más que los intereses del Tesoro estadounidense y del capital occidental. Como indica Ramgopal Agarwala rememorando su propia experiencia en Pekín como alto funcionario del Banco Mundial,

China es quizá el mejor ejemplo de un país que ha prestado oídos al asesoramiento extranjero pero que ha tomado sus decisiones a la luz de sus propias circunstancias sociales, políticas y económicas [...] Cualquiera que pueda ser la base del éxito chino, definitivamente no fue una adopción ciega de la política [del Consenso] de Washington. La reforma «con características chinas» fue el rasgo definitorio del proceso de reforma chino¹¹.

¹⁰ J. K. Galbraith, «Debunking *The Economist* Again», disponible en <http://www.salon.com/opinion/feature/2004/03/22/economist/print.html>.

¹¹ Ramgopal Agarwala, *The Rise of China. Threat or Opportunity?*, Nueva Delhi, Bookwell, 2002, pp. 86-89.

El gobierno chino dio la bienvenida a la inversión directa extranjera, pero también en este caso en la medida en que entendía que servía al interés nacional chino. Así, a principios de la década de 1990 se les dijo a Toshiba y otras grandes empresas japonesas, en términos bastante tajantes, que a menos que aportaran consigo a sus fabricantes de componentes, no serían bien recibidos¹². Más recientemente las empresas de automóviles chinas han gozado del enviable privilegio de poder establecer consorcios simultáneos con sociedades extranjeras rivales, como han hecho los Automóviles de Guangzhou con Honda y Toyota, algo que Toyota no había aceptado nunca en ningún otro país. Ese acuerdo ha permitido al socio chino aprender las mejores prácticas de ambos competidores y ser el único de los tres participantes que tiene acceso a los otros dos¹³.

Más en general, la desregulación y la privatización han sido mucho más selectivas y se han llevado a cabo a un ritmo más lento que en países que han seguido las prescripciones neoliberales. De hecho, la reforma clave no ha sido la privatización sino la exposición de las empresas de propiedad estatal (EPE) a la competencia mutua, con empresas extranjeras, y sobre todo con una combinación de empresas privadas, semiprivadas y de propiedad comunal de reciente creación. Esta competencia dio lugar a un brusco declive de la proporción de las EPE en el empleo y en la producción en comparación con el período 1949-1979, pero como veremos ahora, el papel del gobierno chino en la promoción y fomento del desarrollo no ha disminuido; por el contrario, el Estado dedicó enormes sumas de dinero al desarrollo de nuevas industrias, al establecimiento de nuevas zonas de procesado de las exportaciones (ZPE), a la expansión y modernización de la educación superior y a importantes proyectos de infraestructura, en una medida sin precedentes en ningún país con un nivel parecido de renta per cápita.

Gracias al tamaño continental y a la enorme población del país, estas políticas han permitido al gobierno chino combinar las ventajas de la industrialización orientada a la exportación, impulsada en gran medida por la inversión extranjera, con las ventajas de una economía nacional autocentrada, informalmente protegida por la lengua, hábitos, instituciones y redes a las que sólo se puede acceder desde el exterior a través de intermediarios locales. Una buena ilustración de esa combinación son las colosales ZPE que el gobierno chino construyó de la nada y ahora incorporan a dos terceras partes del número total de trabajadores del mundo en ZPE. El puro tamaño ha permitido a China construir tres núcleos de industria básica, cada uno de ellos con su propia especialización: el del delta del río Perla, especializado

¹² *Far Eastern Economic Review*, 6 de septiembre de 1994, p. 45.

¹³ Oded Shenkar, *The Chinese Century*, Upper Saddle River (NJ), Wharton School Publishing, 2006, p. 66; Ted C. Fishman, *China, INC.*, cit., pp. 208-210.

en la industria intensiva en mano de obra, la producción de piezas de recambio y su ensamblado; el del delta del río Yangtze, especializado en la industria intensiva en capital y la producción de automóviles, semiconductores, teléfonos móviles y ordenadores; y Zhongguan Cun, junto a Pekín, el Silicon Valley chino. Más que en cualquier otro lugar, aquí el gobierno interviene directamente para alentar la colaboración de instituciones de enseñanza, empresas y bancos estatales en el desarrollo de la tecnología de la información¹⁴.

La división del trabajo entre las ZPE ilustra también la estrategia del gobierno chino de promover el desarrollo de industrias intensivas en conocimiento sin abandonar las industrias intensivas en mano de obra. Para llevar adelante esta estrategia, que ha transformado varias ciudades chinas en viveros de la investigación en alta tecnología, el gobierno chino ha modernizado y ampliado el sistema educativo a una velocidad y una escala sin precedentes, ni siquiera en Asia oriental. Partiendo de los excepcionales logros de la época de Mao en la educación primaria, aumentó la duración media de la escolarización a ocho años y la población estudiantil a 340 millones. Como consecuencia, las escuelas superiores estatales producen un número absoluto de graduados comparable al de muchos países más ricos. En 2002, por ejemplo, China contaba con 590.000 graduados en ciencia y tecnología, frente a los 690.000 de Japón uno o dos años antes; además, las instituciones chinas de enseñanza superior están mostrando mayor apertura a la influencia del exterior que sus homólogas japonesas y coreanas. Sus universidades no sólo están mejorando su infraestructura y personal académico; además, China tiene el mayor número de estudiantes extranjeros en Estados Unidos, y contingentes rápidamente crecientes en Europa, Australia, Japón y otros lugares. Al tiempo que el gobierno viene ofreciendo todo tipo de incentivos a los estudiantes chinos en el extranjero para que regresen al completar sus titulaciones, muchos de ellos, incluidos científicos y ejecutivos,

¹⁴ Loong-yu Au, «The Post MFA Era and the Rise of China», *Asian Labour Update* 56 (otoño 2005), pp. 10-13. Además de estas y otras ZPE, por todo el país han proliferado núcleos industriales de todo tipo. «Aunque los núcleos fabriles no son nuevos, siendo Italia especialmente conocida por ellos, los chinos los han llevado a una nueva escala», creando distritos industriales gigantescos, especializado cada uno de ellos «en la fabricación de una sola cosa, incluidos los objetos más comunes: cigarrillos, encendedores, insignias, corbatas o cremalleras». En el área de Datang más de 10.000 familias de 120 pueblos se ganan la vida fabricando calcetines. En 2004 fabricaron 9.000 millones de pares, mientras que en la ciudad de Fort Payne en los Apalaches –que en otro tiempo se declaró «capital mundial de los calcetines»– se fabricaron menos de 1.000 millones de pares. Los negocios de Datang relacionados con los calcetines incluyen alrededor de 1.000 procesadores de material textil, 400 comerciantes en hilo, 300 firmas de costura, 100 operaciones de prensado, 300 empaquetadores y 100 empresas de transporte, así como miles de talleres de costura, con una media de 8 tricotadoras cada una. Véase D. Lee, «China's Strategy Gives It the Edge in the Battle of Two Sock Capitals», *Los Angeles Times*, 10 de abril de 2005.

se dejan convencer por las oportunidades que les ofrece una economía rápidamente creciente¹⁵.

En resumen, el relativo gradualismo con que se han llevado a cabo las reformas económicas, y las acciones compensatorias con las que el gobierno ha tratado de fomentar la sinergia entre el creciente mercado nacional y la nueva división social del trabajo, muestran que la creencia utópica del credo neoliberal en los beneficios de la terapia de choque, gobiernos minimalistas y mercados autorregulados ha sido tan ajena a los reformadores chinos como lo era a Adam Smith, en cuya concepción del desarrollo basado en el mercado, esbozada en el capítulo 2, los gobiernos emplean los mercados como instrumento, y al liberalizar el comercio lo hacen gradualmente para no perturbar «la tranquilidad pública». Hacen que los capitalistas, no los trabajadores, compitan entre sí, de forma que los beneficios alcancen un nivel mínimo tolerable. Alientan la división del trabajo entre las unidades de producción y las comunidades, no en el interior de cada una de ellas, e invierten en educación para contrarrestar los efectos negativos de la división del trabajo en la calidad intelectual de la población. Priorizan la formación de un mercado nacional y el desarrollo agrícola como principal fundamento de la industrialización y, con el tiempo, también de la inversión y del comercio exterior. Sin embargo, cuando esa prioridad choca con «el primer deber del soberano» —«proteger a la sociedad frente a la violencia o la invasión desde otras sociedades independientes»—, Smith admite que se debe conceder prioridad a la industria y el comercio exterior.

La mayoría de las características del regreso de China a una economía de mercado son más acordes con esa concepción del desarrollo basado en el mercado que con la concepción marxiana del desarrollo capitalista, según la cual el gobierno desempeña el papel de comité que gestiona los asuntos comunes de la burguesía y como tal facilita la separación entre los productores directos y los medios de producción así como la tendencia de los acumuladores capitalistas a descargar las presiones competitivas sobre los trabajadores. Evidentemente, al promover las expor-

¹⁵ L. Au, «The Post MFA Era and the Rise of China», cit.; Yugui Guo, *Asia's Educational Edge. Current Achievements in Japan, Korea, Taiwan, China, and India*, Oxford, Lexington, 2005, pp. 154-155; O. Shenkar, *The Chinese Century*, cit., pp. 4-5; P. Aiyar, «Excellence in Education. The Chinese Way», *The Hindu*, 17 de febrero de 2006; H. W. French, «China Luring Scholars to Make Universities Great», *The New York Times*, 24 de octubre de 2005; C. Buckley, «Let a Thousand Ideas Flower. China Is a New Hotbed of Research», *The New York Times*, 13 de septiembre de 2004. Según el *Renmin Ribao* [Diario del Pueblo] (17 de noviembre de 2003) y estadísticas del Ministerio de Educación, más de 580.000 estudiantes chinos han realizado estudios avanzados en el extranjero desde el comienzo de las reformas en 1978, de los que 150.000 han regresado a China y entre otras cosas han puesto en marcha más de 5.000 empresas en todo el país, generando rentas que superan los 10.000 millones de yuan.

taciones y la importación de conocimientos tecnológicos, el gobierno chino ha buscado la ayuda de grupos capitalistas extranjeros y de la diáspora china en una medida mucho mayor que los gobiernos de los Ming y de los Qing antes de las Guerras del Opio, por no hablar de la RPCh en la época de Mao. De hecho, su relación con el capital de la diáspora china se parece mucho a la relación de intercambio político que España y Portugal mantenían durante el siglo XVI con el capital de la diáspora genovesa. Sin embargo, como se señaló anteriormente, en esas relaciones el gobierno chino ha mantenido la primacía, convirtiéndose él mismo en una de las principales fuentes de crédito del Estado capitalista dominante (Estados Unidos) y aceptando la ayuda en términos y condiciones que corresponden al interés nacional de China. Por mucha imaginación que se le eche, no cabe caracterizarlo como la cayo de los intereses capitalistas extranjeros y de la diáspora china¹⁶.

Más difícil resulta evaluar si el gobierno chino se está convirtiendo en un comité de gestión de los asuntos comunes de la burguesía nacional que va emergiendo en la propia China continental. Regresaremos más adelante sobre esta cuestión, pero por ahora, otro rasgo smithiano de la transición de China a una economía de mercado sugiere cautela antes de caracterizarla como una transición al capitalismo. Este otro rasgo es la promoción activa por el gobierno de la competencia, no sólo entre los capitales extranjeros, sino entre todos los capitales, ya sean extranjeros o nacionales, privados o públicos. De hecho, las reformas ponen mayor énfasis en la intensificación de la competencia mediante la disolución de los monopolios nacionales y la eliminación de barreras que en la privatización¹⁷. De ahí se ha derivado una constante sobreacumulación de capital y una presión a la baja sobre la tasa de beneficio que se ha calificado como «capitalismo salvaje chino», pero que evoca en realidad un mundo smithiano de capitalistas impulsados a trabajar por el interés nacional mediante una competencia incesante.

Aparece un nuevo producto, a menudo introducido por una empresa extranjera, y al cabo de unos meses una multitud de fabricantes, muchos de ellos empresas chi-

¹⁶ La última demostración de esto es el torrente de nuevas regulaciones promulgadas en 2006 por el gobierno chino para los inversores extranjeros –incluidos un examen más minucioso de las fusiones respaldadas por extranjeros y ciertas restricciones decididas en áreas bancarias, comerciales o industriales– que las compañías extranjeras juzgaban particularmente alarmantes al provenir de la creciente preocupación del gobierno por ayudar a la expansión de empresas nacionales chinas y por cuestiones sociales apremiantes como la pobreza y la desigualdad de renta. A. Batson y M. Fong, «In Strategic Shift, China Hits Foreign Investors With New Hurdles». *The Wall Street Journal*, 30 de agosto de 2006, A1.

¹⁷ Thomas G. Rawski, «Reforming China's Economy. What Have We Learned?», *The China Journal* 41, 1999, pp. 142, 145; R. Agarwala, *The Rise of China*, cit., pp. 103-106.

nas privadas, comienzan a reproducirlo. Se establece una competencia rabiosa, que hace bajar los precios; y al cabo de no mucho tiempo los fabricantes buscan nuevos mercados, cada vez más en el extranjero. Impulsando todo esto hay un revoltijo de fuerzas que han generado uno de los mercados más competitivos del mundo. Una gran oleada de inversiones extranjeras [...] han enseñado al país algunas de las técnicas industriales más modernas. La feroz avidez de tecnología extranjera ha alentado aumentos de productividad en toda la economía, mientras que de los escombros del antiguo sistema centralmente planificado ha brotado el celo empresarial en todo el país¹⁸.

Por otra parte, la competencia despiadada entre las empresas públicas y privadas ha dado lugar a importantes alteraciones de la seguridad en el empleo que disfrutaban los trabajadores urbanos en la época de Mao, así como a innumerables episodios de superexplotación, especialmente de los trabajadores emigrados del campo a las ciudades¹⁹. Como veremos en la última sección de este capítulo, las penalidades sufridas por los obreros urbanos despedidos y la superexplotación de los ex campesinos llegados a las ciudades han sido unas de las principales causas de la escalada de conflictividad laboral y disturbios a finales de la década de 1990 y principios de la de 2000. Sin embargo, las penalidades y revueltas obreras deben situarse en el contexto de la política gubernamental que tampoco a este respecto abrazó la receta clave neoliberal de sacrificar el bienestar de los trabajadores para mejorar la rentabilidad; en el sector formal las pensiones, seguros médicos y otras «prestaciones sociales obligatorias» para los trabajadores de las empresas vinculadas con multinacionales extranjeras han seguido siendo más generosas y el despido de los trabajadores más difícil que en países con un nivel comparable o más alto de renta per cápita, pero más importante aún es que la expansión de la enseñanza superior, el rápido aumento de oportunidades de empleo alternativas en nuevas industrias y el alivio de los impuestos a los campesinos y otras reformas que alientan a los trabajadores rurales a permanecer en el campo, se han combinado para gene-

¹⁸ K. Leggett y P. Wonacott, «Burying the Competition», *Far Eastern Economic Review*, 17 de octubre de 2002. Para informes parecidos véanse, entre otros, James Kynge, *China Shakes the World*, Boston (MA), Houghton Mifflin Company, 2006), y S. Kotkin, «Living in China's World», *The New York Times*, 5 de noviembre de 2006.

¹⁹ Véanse, entre otros, Anita Chan, «Globalization, China's Free (Read Bounded) Labor Market, and the Trade Union», *Asia Pacific Business Review* VI, 3-4, 2000; Jun Tang, «Selection from Report on Poverty and Anti-Poverty in Urban China», *Chinese Sociology and Anthropology* XXXVI, 2-3, 2003-2004; Ching Kwan Lee y Mark Selden, «Durable Inequality. The Legacies of China's Revolutions and the Pitfalls of Reforms», en J. Foran, D. Lane y A. Zivkovic (eds.), *Revolution in the Making of the Modern World. Social Identities, Globalization, and Modernity*, Londres, Routledge, 2007.

rar una escasez de mano de obra que socava el fundamento de la superexplotación del trabajo inmigrante. Un economista de Goldman Sachs declara: «Estamos asistiendo al final de la era del trabajo extremadamente barato en China. Hay muchos trabajadores, pero la oferta de los menos especializados se va contrayendo [...] Los trabajadores chinos [...] están elevando la cadena de valor más rápidamente de lo que se esperaba»²⁰.

Los rasgos smithianos de las reformas chinas examinadas hasta ahora, esto es, su gradualismo y la acción estatal destinada a ampliar y modernizar la división social del trabajo, la expansión masiva de la educación, la subordinación de los intereses capitalistas al interés nacional y el aliento activo a la competencia intercapitalista, han contribuido a esa escasez incipiente de la mano de obra. El factor decisivo ha sido probablemente otro rasgo smithiano de las reformas chinas: el papel protagonista que han asignado a la formación del mercado interno y la mejora de las condiciones de vida en las áreas rurales. Nos ocuparemos ahora de este factor crucial.

Acumulación sin desposesión

Como habría aconsejado Adam Smith, las reformas de Deng tenían como primer objetivo la economía nacional y la agricultura. La reforma clave fue la introducción en 1978-1983 del Sistema de Responsabilidad Familiar, que devolvía a los hogares rurales la toma de decisiones y el control sobre el excedente agrícola hasta entonces asignados a las comunas. Además, en 1979 y de nuevo en 1983 subieron sustancialmente los precios agrícolas en origen; como consecuencia, la productividad agrícola y los ingresos de los campesinos aumentaron espectacularmente, reforzando la tendencia anterior de las empresas comunales y de brigada a producir artículos no agrícolas. Mediante varias barreras institucionales a la movilidad espacial, el gobierno alentó a los trabajadores rurales a «dejar la tierra sin abandonar el pueblo». En 1983, empero, se dio permiso a los campesinos para realizar transportes a larga distancia y buscar salidas para sus productos. Fue la primera vez en toda una generación que a los agricultores chinos se les dio el derecho a realizar negocios fuera de sus lugares de residencia. En 1984 se relajaron aún más las regulacio-

²⁰ D. Barboza, «Labor Shortage in China May Lead to Trade Shift», *The New York Times*, 3 de abril de 2006; T. Fuller, «Worker Shortage in China. Are Higher Prices Ahead?», *Herald Tribune Online*, 20 de abril de 2005; S. Montlake, «China's Factories Hit an Unlikely Shortage. Labor», *Christian Science Monitor*, 1 de mayo de 2006; «China's People Problem», *The Economist*, 14 de abril de 2005.

nes para permitir a los campesinos trabajar en ciudades cercanas en las incipientes Empresas de Pueblo y Ciudad (EPC) de propiedad colectiva que iban surgiendo²¹.

El surgimiento de las EPC fue impulsado por otras reformas: la descentralización presupuestaria, que concedía autonomía a los gobiernos locales en la promoción del crecimiento económico y en el uso de los superávits presupuestarios para pagar primas, y un cambio en la evaluación de los cuadros sobre la base del rendimiento económico de sus localidades, que estimulaba a los gobiernos locales con fuertes incentivos para promover el crecimiento económico. Las EPC se convirtieron así en focos primordiales de la reorientación de las energías empresariales de los cuadros del partido y de los funcionarios del gobierno hacia objetivos desarrollistas; autosuficientes en su mayoría financieramente, también se convirtieron en la principal agencia de reasignación de los excedentes agrícolas para emprender actividades industriales intensivas en mano de obra capaces de absorber productivamente el excedente de fuerza de trabajo rural²².

El resultado fue un crecimiento explosivo de la mano de obra rural dedicada a actividades no agrícolas, que pasó de 28 millones de campesinos en 1978 a 176 millones en 2003, la mayoría de ellos empleados en las EPC. Entre 1980 y 2004 las EPC crearon casi cuatro veces más empleos de los que se perdieron en el empleo urbano estatal y colectivo. Aunque entre 1995 y 2004 el aumento del empleo en las EPC cayó por debajo de la disminución registrada en el empleo urbano estatal y colectivo, al final del período las EPC todavía empleaban más del doble de trabajadores que las empresas urbanas extranjeras, privadas y asociadas computadas conjuntamente²³.

²¹ Fang Cai, Albert Park y Yaohui Zhao, «The Chinese Labor Market», ponencia presentada en la Second Conference on China's Economic Transition. Origins, Mechanisms, and Consequences, Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, 5-7 de noviembre de 2004; Jonathan Unger, *The Transformation of Rural China*, Armonk (NY), M. E. Sharpe, 2002.

²² Jean Oi, *Rural China Takes Off. Institutional Foundations of Economic Reform*, Berkeley, University of California Press, 1999; Nan Lin, «Local Market Socialism. Local Corporatism in Action in Rural China», *Theory and Society* 24, 1995; Andrew Walder, «Local Governments as Industrial Firms. An Organizational Analysis of China's Transitional Economy», *American Journal of Sociology* CI, 2, 1995; Susan H. Whiting, *Power and Wealth in Rural China. the Political Economy of Institutional Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; Juan Wang, «Going Beyond Township and Village Enterprises in Rural China», *Journal of Contemporary China* XIV, 42, 2005, p. 179; Kellee S. Tsai, «Off Balance. The Unintended Consequences of Fiscal Federalism in China», *Journal of Chinese Political Science* IX, 2, 2004; Justin Yifu Lin y Yang Yao, «Chinese Rural Industrialization in the Context of the East Asian Miracle», China Center for Economic Research, Universidad de Pekín, sin fecha.

²³ *China Statistical Yearbook 2005 (Zhongguo Tongji Nianjian*, 2005), Pekín, China Statistics Press; *China Agricultural Yearbook 2005 (Zhongguo Nongye Tongji Nianjian*, 2005), Pekín, China Agricultural Press.

El dinamismo de las empresas rurales cogió por sorpresa a los dirigentes chinos. El desarrollo de las EPC –reconoció Deng Xiaoping en 1993– «estuvo totalmente fuera de nuestras expectativas». Para entonces el gobierno había incrementado su legalización y regulación. En 1990 la propiedad colectiva de las EPC fue asignada a todos los habitantes del correspondiente pueblo o aldea, aunque los gobiernos locales tenían autoridad para nombrar y despedir a los gestores o delegar esa autoridad a una agencia gubernamental. También se reguló la asignación de los beneficios de las EPC, obligando a reinvertir más de la mitad en la propia empresa, a modernizar y ampliar la producción y a aumentar los fondos de bienestar y gratificaciones, dedicando la mayor parte del resto a la construcción de infraestructuras agrícolas, servicios tecnológicos, bienestar público e inversión en nuevas empresas. A finales de la década de 1990 hubo intentos de transformar los derechos de propiedad vagamente definidos en alguna forma de accionariado o propiedad puramente privada. Todas las regulaciones –incluyendo las que fijaban la asignación de beneficios– eran no obstante difíciles de poner en vigor, y en su aplicación influía tal variedad de disposiciones y prácticas locales que su caracterización resulta extremadamente difícil²⁴.

Aun así, pese o quizá debido a su diversidad organizativa, retrospectivamente tal vez podamos afirmar que las EPC han desempeñado un papel tan decisivo en el ascenso económico chino como el que desempeñaron las corporaciones verticalmente integradas y burocráticamente gestionadas en el ascenso estadounidense un siglo antes. Su contribución al éxito de la reforma es múltiple. En primer lugar, su orientación intensiva en trabajo les permitió absorber el excedente de mano de obra rural y elevar los ingresos en el campo sin un incremento masivo de la emigración hacia áreas urbanas. De hecho, la incorporación de muchos agricultores a las empresas colectivas rurales fue el factor que más contribuyó a la movilidad de la mano de obra durante la década de 1980. En segundo lugar, dado que las EPC estaban relativamente poco reguladas, su entrada en numerosos mercados aumentó la presión competitiva en todas partes, obligando no sólo a las EPE sino a todas las empresas urbanas a mejorar su rendimiento²⁵. En tercer lugar, las EPC han sido una importante fuente de ingresos tributarios para el Estado, reduciendo la carga fiscal sobre los campesinos. Dado que las tasas e impuestos constituyan el principal motivo de que-

²⁴ Wing Thye Woo, «The Real Reasons for China's Growth», *The China Journal* 41, 1999, pp. 129-137; Boudewijn R. A. Bouckaert, «Bureaucrats in China. We Did It Our Way–A comparative study of the explanation of the economic successes of town-village-enterprises in China», ponencia presentada en la Conferencia EALE, Ljubljana, septiembre de 2005; Martin Hart-Landsberg y Paul Burkett, «China and Socialism. Market Reform and Class Struggle», *Monthly Review* LVI, 3, 2004, p. 35; J. Y. Lin y Y. Yao, «Chinese Rural Industrialization in the Context of the East Asian Miracle», cit.

²⁵ F. Cai, A. Park y Y. Zhao, «The Chinese Labor Market», cit.

ja de los campesinos, las EPC contribuyeron así a la estabilidad social. Además, al aliviar muchos de los impuestos y cargas que solían gravar a los campesinos, también los amparaban frente a gobiernos locales depredadores²⁶. Finalmente, y en ciertos aspectos clave lo más importante, al reinvertir localmente los beneficios y rentas, las EPC ampliaron el volumen del mercado interno y crearon las condiciones para nuevas rondas de inversión, creación de empleo y división del trabajo²⁷.

Como ha señalado Gillian Hart al resumir las ventajas del desarrollo en China en comparación con Sudáfrica –donde el campesinado africano se ha visto desposeído durante mucho tiempo de los medios de producción sin la correspondiente creación de demanda que permitiera su absorción en el empleo asalariado–, gran parte del crecimiento económico chino se puede atribuir a la contribución de las EPC a la reinversión y redistribución de los beneficios industriales en los circuitos locales y a su empleo en la mejora de escuelas, hospitales y otras formas de consumo colectivo. Además, en las EPC con una distribución relativamente igualitaria de la tierra entre las familias –como las que ella visitó en 1992 en las provincias de Sichuan y Hunan–, la gente podía procurarse el sustento mediante una combinación de cultivo intensivo de pequeñas parcelas con trabajo industrial y otras formas de trabajo no agrícola. De hecho, «un factor clave en el impulso del crecimiento [de las EPC] es que, a diferencia de las empresas urbanas, no tienen que proporcionar alojamiento, sanidad, jubilación y otras compensaciones a los trabajadores; de hecho, gran parte de los costes de reproducción de la mano de obra se han desviado así de la empresa, aunque sigan estando a cargo, al menos en algunos casos, de mecanismos redistributivos». Esta pauta, sugiere Hart, se puede observar no sólo en China sino también en Taiwán.

Lo más peculiar de China y Taiwán –y espectacularmente diferente de Sudáfrica– son las reformas agrarias redistributivas iniciadas a finales de la década de 1940 que desmantelaron a fondo el poder de la clase terrateniente. Las fuerzas políticas que impulsaron la reforma agraria en China y Taiwán estaban estrechamente ligadas aunque fueran radicalmente opuestas; pero tanto en la China socialista y postsocialista como en el Taiwán «capitalista», las reformas redistributivas mediante las que se llevó a cabo esa transformación agraria se vieron marcadas por una acumulación industrial rápida y descentralizada *sin desposesión* de la tierra [...] Que algunos de los ejemplos más espectaculares de producción industrial en la segunda mitad del siglo XX hayan tenido

²⁶ J. Wang, «Going Beyond Township and Village Enterprises in Rural China», cit., pp. 177-178; Thomas P. Bernstein y Xiaobo Lu, *Taxation without Representation in Contemporary Rural China*, Nueva York, Cambridge University Press, 2003.

²⁷ J. Y. Lin y Y. Yao, «Chinese Rural Industrialization in the Context of the East Asian Miracle», cit.

lugar sin desposeer de la tierra a los campesinos no sólo arroja luz sobre las formas peculiarmente «no occidentales» de acumulación que subyacen a la competencia global [...] [sino que también nos debería llevar a] revisar los supuestos teleológicos sobre la «acumulación primitiva» que entienden la desposesión como concomitante natural del desarrollo capitalista²⁸.

Desde la perspectiva desarrollada en este libro, el alegato de Hart en favor de una revisión de los supuestos sobre la acumulación primitiva se puede formular como sigue: la separación entre los productores agrícolas y los medios de producción ha sido más una consecuencia de la destrucción creativa del capitalismo que uno de sus requisitos. La forma más persistente y decisiva de acumulación primitiva –o, como ha rebautizado Harvey el proceso, de acumulación por desposesión– ha sido el uso de la fuerza militar por los Estados occidentales para facilitar a la acumulación sin fin de poder y capital soluciones espaciales de escala y alcance cada vez mayor. Sin embargo, los intentos estadounidenses de llevar a cabo una última solución espacial convirtiéndose en un Estado mundial han tenido un efecto bumerán. En lugar de propiciar un Estado mundial, han generado un mercado mundial de volumen y densidad sin precedentes en el que la región provista de la mayor oferta de mano de obra de bajo precio y alta calidad tiene una ventaja competitiva decisiva. No es un accidente histórico que esta región sea Asia oriental, heredera de una tradición de economía de mercado que movilizaba más que ninguna otra los recursos humanos por encima de los demás y protegía en vez de destruir la independencia económica y el bienestar de los productores agrícolas.

Pero ésta no es sino otra reformulación de la tesis de Kaoru Sugihara sobre la persistente importancia de la Revolución Industrial de Asia oriental. La observación de Hart de que en las EPC el cultivo intensivo de pequeñas parcelas se combina con formas de trabajo industrial y de otro tipo no agrícola, y con inversiones en la mejora de la calidad de la fuerza de trabajo, confirma la validez de la tesis, pero también lo hace la frecuente observación de que, incluso en las áreas urbanas, la principal ventaja competitiva de los productores chinos no son los bajos salarios de por sí, sino el uso de técnicas que utilizan trabajo cualificado barato en lugar de máquinas y directivos caros. Un buen ejemplo es la fábrica de automóviles Wanfeng cerca de Shanghai, donde «no hay ni un sólo robot a la vista». Como en muchas otras fábricas chinas, las líneas de montaje están ocupadas por montones de jóvenes, recién llegados de las escuelas técnicas, que trabajan con poco más que grandes taladros eléctricos, llaves inglesas y martillos de caucho.

²⁸ Gillian Hart, *Disabling Globalization. Places of Power in Post-Apartheid South Africa*, Berkeley, University of California Press, 2002, pp. 199-201.

Motores y grandes piezas de carrocería que en una fábrica occidental, coreana o japonesa, se trasladarían de una sección a otra en cintas automáticas, se llevan aquí a mano y en carretillas. Así es como Wanfeng puede vender en Oriente Próximo sus *Jeep* de lujo hechos a mano por 8.000 o 10.000 dólares. La empresa no gasta dinero en máquinas multimillonarias para construir los automóviles, sino que utiliza trabajadores muy capacitados [cuya] paga anual [...] es menor que el salario mensual de los recién contratados en Detroit²⁹.

En general, como señala un informe publicado en *The Wall Street Journal*, los balances contables que atribuyen al coste salarial de un producto acabado sólo el 10 por 100 de su coste son engañosos, porque excluyen todo el coste salarial de los componentes comprados así como los costes indirectos (gastos administrativos, etc.). Si se tienen éstos en cuenta, entonces el coste laboral total está entre el 40 y el 60 por 100 del coste final del producto, y en China esos costes laborales son en general más bajos. De hecho, la principal ventaja competitiva de China no es que sus obreros cobren en promedio el 5 por 100 del salario de sus homólogos estadounidenses, sino que sus ingenieros y jefes de planta cobran el 35 por 100 o menos. De modo similar, las estadísticas que muestran que los trabajadores estadounidenses en las fábricas intensivas en capital son varias veces más productivos que sus homólogos chinos ignoran el hecho de que esa mayor productividad se debe a la sustitución de muchos obreros de fábrica por complejos sistemas de automatización flexible y manejo del material, que reducen los costes laborales pero elevan el coste del capital y sistemas de apoyo. Las fábricas chinas, al ahorrar en capital y conceder un mayor papel al trabajo, invierten ese proceso. El diseño de piezas que deben ser fabricadas, manipuladas y ensambladas manualmente, por ejemplo, reduce el capital total requerido en más de una tercera parte³⁰.

Además, como cabría esperar de las tesis de Sugihara, en las empresas chinas el trabajo cualificado barato sustituye no sólo a la maquinaria cara, sino también a los directivos y capataces caros. Reivindicando la pobre opinión que tenía Smith de la gestión burocrática empresarial, una fuerza de trabajo autogestionada «mantiene también bajos los costes de gestión».

Pese al enorme número de obreros en las fábricas chinas, la cifra de los directivos que los dirigen y supervisan es notablemente pequeña según las pautas occidentales.

²⁹ T. C. Fishman, *China, INC.*, cit., pp. 205-206. Para otras ilustraciones de la sustitución de equipamientos caros por trabajo de bajo coste, véase George Stalk y David Young, «Globalization Cost Advantage», *The Washington Times*, 24 de agosto de 2004.

³⁰ T. Hout y J. Lebreton, «The real Contest Between America and China», *The Wall Street Journal Online*, 16 de septiembre de 2003.

Dependiendo del trabajo, se pueden ver 15 supervisores por cada 5.000 trabajadores, lo que indica lo increíblemente autogestionados que están³¹.

Como se ha señalado anteriormente, las políticas públicas en el campo de la educación han proporcionado a China un depósito de recursos humanos, que junto con la enorme cantidad de trabajadores cualificados e industriales incluye una oferta rápidamente creciente de ingenieros, científicos y técnicos que facilita no sólo la sustitución de máquinas y gestores por trabajo cualificado barato, sino también –como preconizaba Smith– la mejora de la división social del trabajo hacia la producción intensiva en conocimiento y las innovaciones. Baste mencionar que en 2003, aunque gastaba casi cinco veces más que China en Investigación y Desarrollo, Estados Unidos tenía menos del doble del número de investigadores (1,3 millones frente a 743.000). Además, en los últimos doce años el gasto chino en Investigación y Desarrollo ha crecido a una tasa media anual del 17 por 100, frente al 4-5 por 100 registrado en Estados Unidos, Japón y la Unión Europea³².

Orígenes sociales del ascenso chino

La cabal adecuación entre la transformación en curso de la macroeconomía china y la concepción de Smith del desarrollo basado en el mercado no significa que las reformas de Deng se inspiraran en modo alguno en los textos de Adam Smith. Como he señalado anteriormente, las prácticas del funcionario Chen Hongmou a mediados del siglo XVIII anticipaban lo que Smith teorizaría poco después en *La riqueza de las naciones*. Esas prácticas tuvieron su origen, no en la teoría, sino en un planteamiento pragmático, inspirado en las tradiciones chinas, de los problemas de gobierno en China durante el largo reinado del emperador Qianlong (1735-1796). Hubiera leído o no Deng los textos de Adam Smith, sus reformas partieron de un planteamiento igualmente pragmático de los problemas de gobierno en China tras la muerte de Mao.

Wang Hui, de la Universidad Tsinghua, ha rastreado recientemente el origen de las reformas atribuyéndolo a una reacción –ampliamente aprobada dentro y fuera del PCCh– contra «las luchas fraccionarias y el carácter caótico de la política durante los últimos años de la Revolución Cultural». El PCCh, aunque repudió en general la Revolución Cultural, «no repudió ni la Revolución China ni los valores socialistas, ni el conjunto del pensamiento Mao Zedong». De ahí se derivaron dos efectos.

³¹ T. C. Fishman, «The Chinese Century», *China, The New Yorker Times Magazine*, 4 de julio de 2004.

³² *Ibid.* G. Naik, «China's Spending for Research Outpaces the U.S.», *The Wall Street Journal Online*, 29 de septiembre de 2006.

En primer lugar, la tradición socialista ha funcionado en cierta medida como restricción interna de las reformas estatales. Cada vez que el sistema de Estado-partido realizaba un importante cambio de política, tenía que matizarlo teniendo en cuenta esa tradición [...] En segundo lugar, la tradición socialista daba a los obreros, campesinos y otros colectivos sociales algunos medios legítimos para poner en cuestión o negociar los procedimientos de mercantilización corruptos o generadores de desigualdad implementados por el Estado. Así, dentro del proceso histórico de negación de la Revolución Cultural, una reactivación del legado chino proporciona también una apertura para el desarrollo de una política de futuro³³.

En lo que atañe a la relación entre las reformas y la tradición socialista de China, hay al menos dos buenas razones por las que el PCCh repudió bajo la dirección de Deng la Revolución Cultural pero no la tradición establecida por la Revolución China. En primer lugar, las luchas fraccionales y el caos político de los últimos años de la Revolución Cultural completaron, pero al mismo tiempo amenazaron con destruir, los logros de la Revolución China. Y en segundo lugar, el asalto de la Revolución Cultural también afectó al PCCh, socavando seriamente los fundamentos burocráticos del poder y privilegios de sus cuadros y funcionarios. Las reformas de Deng tenían así un doble atractivo: para los cuadros y funcionarios del partido constituían un medio para reconstituir sobre nuevas bases su poder y sus privilegios; y para el conjunto de la ciudadanía eran un medio para consolidar los logros de la Revolución China que la Revolución Cultural había puesto en peligro.

En relación con el primero de estos alicientes, las reformas crearon múltiples oportunidades para la reorientación desde la esfera política a la económica de las energías empresariales, que los cuadros y funcionarios del partido atraparon al vuelo para enriquecerse y aumentar su poder en alianza con funcionarios del gobierno y gestores de las EPE, que a menudo eran también miembros influyentes del partido. En ese proceso, varias formas de acumulación por desposesión –incluida la apropiación de propiedades públicas, la malversación de fondos públicos y la venta del derecho de uso de la tierra– sirvieron como base para enormes fortunas³⁴. Sin

³³ Wang Hui, «Depoliticized Politics, From East to West», *New Left Review* II/41 (2006), pp. 34, 44-45 [ed. cast.: «Política despolitizada, de Oriente a Occidente», NLR II/41, 2006, Madrid, Ediciones Akal].

³⁴ Yingyi Qian, «Enterprise Reforms in China. Agency Problems and Political Control», *Economics of Transition* IV, 2, 1996; X. L. Ding, «The Illicit Asset Stripping of Chinese State Firms», *The China Journal* 43, 2000, pp. 427, 447; C. K. Lee y Mark Selden, «Durable Inequality», cit. Estas y otras formas de acumulación por desposesión tuvieron lugar en conjunción con la acumulación sin desposesión en la que insiste Hart. Evidentemente, resulta muy difícil decir qué tendencia prevalece en cada momento en un país del tamaño y la complejidad de China, y más aún qué tendencia prevalecerá proba-

embargo, sigue sin estar claro si ese enriquecimiento y aumento de poder ha llevado a la formación de una clase capitalista ni, lo que es más importante, si tal clase, en el caso en que se haya generado, ha conseguido hacerse con el control de los puestos de mando de la economía y la sociedad china. Bajo el mandato de Jiang Zemin (1989-2002), una respuesta positiva a ambas cuestiones parecía muy plausible; pero con Hu Jintao (como secretario general del PCCh y presidente de la RPCh) y Wen Jiabao (como jefe del gobierno) –pese a escaso tiempo transcurrido para evaluar su orientación– parece estar teniendo lugar un giro que hace tal respuesta, especialmente en lo que hace a la segunda pregunta, mucho menos plausible³⁵.

En cuanto al atractivo de las reformas de Deng para el conjunto de la ciudadanía, debemos reconocer en primer lugar que el éxito de las reformas se ha basado en gran medida en anteriores logros de la Revolución China. Cuando los observadores occidentales y japoneses alaban la educación, la disposición a aprender y la disciplina de los trabajadores chinos, incluidos los inmigrantes del campo, en comparación con los de India –señala Loong-Yu Au, del comité editorial del *Journal of Labor and Society*–, «nunca se les ocurre que uno de los factores que han contribuido a ese logro es la gran transformación que supuso la reforma agraria y la dotación colectiva de infraestructuras rurales y educación que le siguió, en absoluto relacionadas con la reforma de mercado posterior»³⁶. La gran expansión de la producción agrícola en 1978-1984 tuvo algo que ver con las reformas, pero sólo porque éstas descansaban sobre

blemente en el futuro. La posición avanzada más adelante en este libro es que con Jiang Zemin iba creciendo la acumulación por desposesión, y que de no haber sido por el cambio de política con Hu Jintao suscitado por la escalada de conflictividad social, esa tendencia podría haber prevalecido finalmente.

³⁵ El viraje ha quedado señalado no sólo por el cambio de política y la mayor preocupación de los nuevos dirigentes por las cuestiones sociales, sino también por el inicio de una campaña contra la corrupción para purgar el aparato del partido de los seguidores de Jiang y apuntalar la capacidad del PCCh y del gobierno central para poner efectivamente en práctica el cambio de política decidido. Véase J. Kahn, «China's Anti-graft Bid Bolsters Top Leaders», *International Herald Tribune*, 4 de octubre de 2006; R. McGregor, «Push to Bring the Provinces into Line», *Financial Times*, 12 de diciembre de 2006. Sigue estando en discusión si las reformas han reforzado o debilitado la capacidad de la dirección del PCCh y del gobierno central para poner efectivamente en vigor a escala provincial y local los planes decididos. Para visiones opuestas sobre esta cuestión, véanse María Edin, «State Capacity and Local Agent Control in China. CCP Cadre Management from a Township Perspective», *The China Quarterly* 173, 2003 y Ho-fung Hung, «Rise of China and the Global Overaccumulation Crisis», ponencia presentada en la reunión anual de la Society for the Study of Social Problems, Montreal, agosto de 2006.

³⁶ Loong-Yu Au, «The Post MFA Era and the Rise of China», *Asian Labour Update* 56 (otoño 2005). Cuando despegaron las reformas de Deng, China ya estaba muy por delante de la India en todos los índices de desarrollo humano: tasa de alfabetización, ingestión diaria de calorías, tasa de mortalidad, tasa de mortalidad infantil, esperanza de vida, etc. Véase Peter Nolan, *Transforming China. Globalization, Transition and Development*, Londres, Anthem Press, 2004, p. 118.

el legado de la era de Mao. Entre 1952 y 1978 las comunas habían más que duplicado la tierra de cultivo regada en China y habían difundido una tecnología mejorada, así como un mayor uso mayor de fertilizantes y de arroz semi-enano, de alto rendimiento, que hacia 1977 era la variedad cultivada en el 80 por 100 de las tierras chinas dedicadas al arroz. «Fue la combinación de la base productiva construida durante [la era de] Mao con los incentivos aportados por el Sistema de Responsabilidad Familiar la que dio lugar a la gran expansión de la producción agrícola»³⁷.

Como muestran las figuras 12.1 y 12.2, los mayores avances de China en la renta per cápita (reflejados en los segmentos ascendentes de las curvas) han tenido lugar después de 1980; pero los mayores avances en la esperanza de vida adulta, y en menor medida en la alfabetización, esto es, en el bienestar básico (reflejados en el desplazamiento hacia la derecha de las curvas) tuvieron lugar antes de 1980. Esta pauta apoya firmemente la afirmación de que el éxito económico de China se inició con los extraordinarios logros sociales de la era de Mao. En un informe publicado en 1981, hasta el Banco Mundial reconocía la importancia de estos logros.

El logro más notable de China durante las últimas tres décadas ha sido la mayor satisfacción de las necesidades básicas de los grupos de bajos ingresos en relación con la mayoría de los países pobres. Todos tienen trabajo; su alimento está garantizado por una combinación de racionamiento estatal y seguros colectivos; la mayoría de los niños no sólo van a la escuela sino que también reciben una enseñanza relativamente buena; y la gran mayoría tiene acceso a la atención sanitaria básica y a los servicios de planificación familiar. La esperanza de vida –cuya dependencia de muchas otras variables económicas y sociales le convierte probablemente en el mejor indicador de la pobreza real de un país– es notablemente alta para un país con el nivel de renta per cápita de China³⁸.

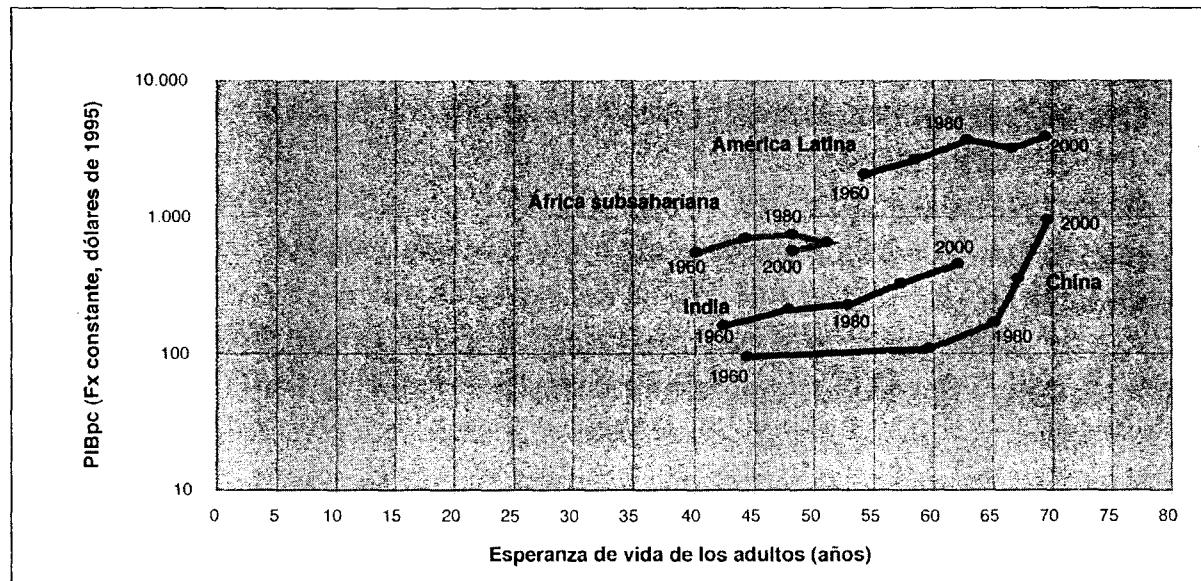
Si las reformas de Deng consolidaron o socavaron esos logros es una cuestión controvertida que no abordaremos aquí excepto en lo que hace a dos observaciones. En primer lugar, los índices de bienestar básico de la población china (esperanza de vida adulta y tasa de alfabetización) mejoraron tanto antes de las reformas que no era fácil alcanzar nuevas mejoras importantes. Y sin embargo, por los índices mostrados en las figuras anteriores, durante la era de las reformas hubo nuevas

³⁷ R. Agarwala, *The Rise of China*, cit., pp. 95-96. Sobre los proyectos de regadío, ampliación de carreteras y ferrocarriles y cultivo de arroz híbrido en tiempos de Mao como bases del crecimiento durante la era de las reformas, véase también Chris Bramall, *Sources of Chinese Economic Growth, 1978-1996*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, pp. 95-96, 137-138, 153, 248.

³⁸ Citado en Yuyu Li, «The Impact of Rural Migration on Village Development. A Comparative Study in Three Chinese Villages», tesis, Dep. of Sociology, The Johns Hopkins University, Baltimore MD, 2006. Véase también R. Agarwala, *The Rise of China*, cit., p. 55.

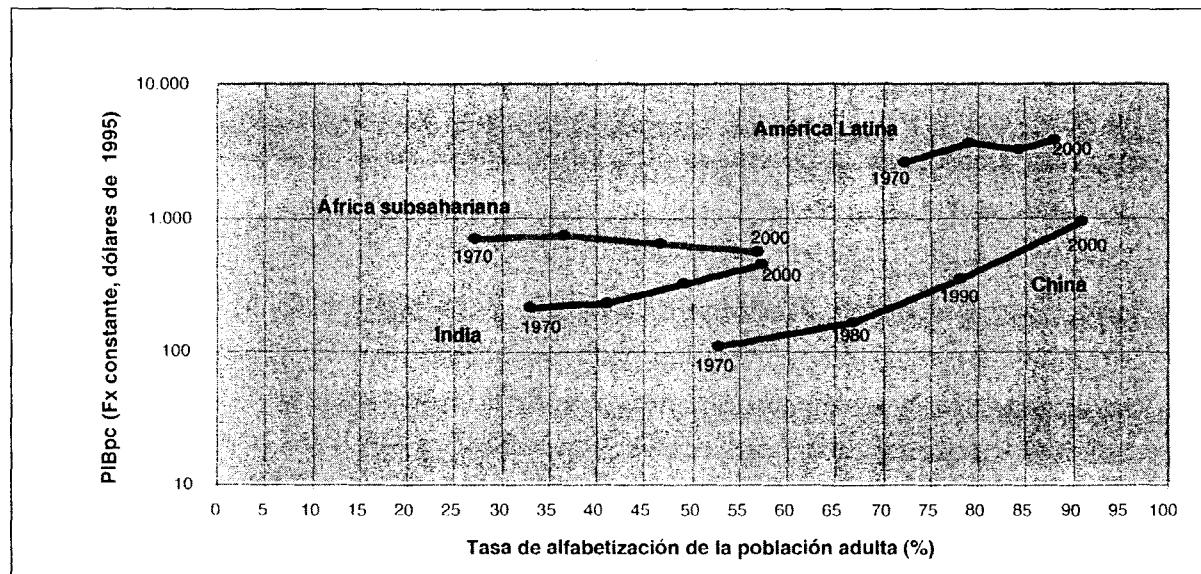
mejoras, especialmente en la alfabetización adulta. Así pues, desde ese punto de vista las reformas parecen haber consolidado más que socavado los anteriores logros de la Revolución China.

Figura 12.1. Renta per cápita y esperanza de vida de los adultos, 1960-2000



Fuente: Cálculos basados en el PIB, esperanza de vida de los adultos y población del Banco Mundial, *World Development Indicators* 2004 y 2001.

Figura 12.2. Renta per cápita y alfabetización de la población adulta



Fuente: Cálculos basados en el PIB y datos de población del Banco Mundial, *World Development Indicators* 2004 y 2001; y tasas de alfabetización de la población adulta de la División de Población de Naciones Unidas 2005.

En segundo lugar, no debe minusvalorarse la importancia de los avances chinos en la renta per cápita obtenidos durante la era de las reformas, aunque no suponga una mejora proporcional del bienestar básico. En un mundo capitalista, como hemos subrayado repetidamente, la riqueza nacional, medida por la renta per cápita, es la fuente principal de poder nacional. Aun si la finalidad de la búsqueda de poder nacional era la transformación del mundo en una dirección socialista, el PCCh disponía de pocas opciones aparte de participar en el juego de la política mundial con las reglas capitalistas existentes, como el propio Mao entendió siempre muy bien. Una vez que la derrota inminente en Vietnam obligó a Estados Unidos a readmitir a China en los intercambios comerciales y diplomáticos normales con el resto de Asia oriental y el conjunto del mundo, era muy razonable que la China comunista aprovechara las oportunidades ofrecidas por ese intercambio para incrementar su riqueza nacional y su poder. Incluso antes de que la invasión estadounidense de Iraq añadiera un nuevo impulso al ascenso chino, Richard Bernstein y Ross Munro identificaron cruda pero perspicazmente la auténtica importancia política del paso de China a una economía de mercado.

La paradoja de las relaciones chino-estadounidenses es que cuando China estaba sumida en el maoísmo y mostraba tanta ferocidad ideológica que los estadounidenses creían que era peligrosa y amenazante, era de hecho un tigre de papel, débil y prácticamente sin influencia global. Ahora que China ha superado las trampas del maoísmo y se ha embarcado en una vía pragmática de desarrollo económico y comercio global, parece menos amenazante pero de hecho está adquiriendo los medios con los que respaldar con poder real sus ambiciones e intereses globales³⁹.

Una versión más precisa de esta afirmación es que mientras China se vio alejada del comercio global por las políticas estadounidenses de la Guerra Fría y se sentía amenazada militarmente por la URSS, el PCCh estaba obligado a utilizar la ideología como arma principal en la lucha por consolidar su poder nacional e internacionalmente. Pero cuando en los últimos años de la Revolución Cultural el arma ideológica comenzó a tener un efecto bumerán, aproximadamente en el mismo momento en que Estados Unidos buscaba una alianza con China en la Guerra Fría contra la URSS, la escena estaba dispuesta para un uso pragmático del mercado como instrumento de aumento de poder del PCCh a escala nacional y de la RPCh a escala internacional. Si en cuanto al aumento de poder del PCCh todavía no hay un juicio definitivo –ya que no está claro si su autoridad sobre el Estado y la socie-

³⁹ Richard Bernstein y Ross H. Munro, «The Coming Conflict with America», *Foreign Affairs* LXXVI, 2 (1997), p. 22.

dad china se ha reforzado o debilitado–, en relación con el aumento del poder de la RPCh el veredicto prácticamente universal es que las reformas económicas han tenido un éxito resonante.

¿Por qué entonces cambiar de curso, como viene haciendo el PCCh bajo el mandato de su nueva dirección? ¿Qué es lo que ha propiciado ese cambio, y en qué dirección se puede esperar que impulse la economía y la sociedad china? Las observaciones de Wang Hui con respecto a la relación entre las reformas de Deng y la tradición de la Revolución China nos ofrecen una clave para responder a estas preguntas. El fundamento de esa tradición ha sido una versión autónoma china del marxismo-leninismo, que surgió por primera vez con la formación del Ejército Rojo a finales de la década de 1920 pero no se desarrolló plenamente hasta que Japón se apoderó de las regiones costeras de China a finales de la década de 1930. Esta innovación ideológica tenía dos componentes principales.

En primer lugar, aunque se mantuvo el principio leninista del partido de vanguardia, se abandonó el planteamiento insurreccional de la teoría leninista. En la estructura estatal profundamente fragmentada de la China de los señores de la guerra y el Guomindang no había un «Palacio de Invierno» que asaltar, o quizás había demasiados palacios para que una estrategia insurreccional tuviera alguna posibilidad de éxito. Los aspectos insurreccionales leninistas fueron pues sustituidos por lo que Mao teorizó más tarde como la «línea de masas», esto es, la idea de que el partido de vanguardia debía ser no sólo el maestro sino también el discípulo de las masas. «Esta idea de las masas a las masas –señalaba John K. Fairbank– era de hecho una especie de democracia adaptada a la tradición china, donde los altos funcionarios habían gobernado mejor cuando tenían en su corazón los auténticos intereses de la población local y por lo tanto gobernaban en su provecho»⁴⁰.

En segundo lugar, en su búsqueda de una base social el PCCh concedió prioridad al campesinado sobre el proletariado urbano, la clase revolucionaria de Marx y Lenin. Como había demostrado en 1927 la masacre a manos del GMD de los obreros de Shanghai dirigidos por los comunistas, las regiones costeras donde estaba concentrado el grueso del proletariado urbano eran un terreno demasiado traicionero para desafiar desde él la dominación extranjera y la hegemonía del GMD sobre la burguesía china. El PCCh y el Ejército Rojo, alejados cada vez más de los centros de expansión capitalista por los ejércitos del GMD entrenados y equipados por Occidente, no tenían otra opción que echar raíces en el campesinado de las áreas pobres y remotas. El resultado fue, según la caracterización de Mark Selden, «un proceso de socialización de dos vías», en el que el partido-ejército moldeaba las capas subalternas de la sociedad rural china convirtiéndolas en

⁴⁰ John K. Fairbank, *China. A New History*, Cambridge (MA), The Belknap Press, 1992, p. 319.

una poderosa fuerza revolucionaria, y a su vez resultaba moldeado por las aspiraciones y valores de esas capas⁴¹.

La combinación de estos dos rasgos característicos con el impulso modernizador del marxismo-leninismo fue el fundamento de la tradición revolucionaria china y ayuda a explicar aspectos clave de la vía de desarrollo china antes y después de las reformas, así como del reciente cambio de política bajo la dirección de Hu. Ayuda a explicar, ante todo, por qué en la China de Mao, en vivo contraste con la URSS de Stalin, la modernización se llevó a cabo no mediante la destrucción, sino mediante la mejora económica y educativa del campesinado. En segundo lugar, ayuda a explicar por qué, antes y después de las reformas, la modernización china se ha basado no sólo en la interiorización de la Revolución Industrial occidental, sino en el resurgimiento de ciertos rasgos de la Revolución Industriosa autóctona, de base rural. En tercer lugar, ayuda a explicar por qué con Mao la tendencia al surgimiento de una burguesía urbana de funcionarios e intelectuales del Estado-partido fue combatida mediante su «reeducación» en áreas rurales. Finalmente, ayuda a explicar por qué las reformas de Deng se iniciaron primero en la agricultura, y por qué el nuevo curso de Hu se concentra en la expansión de los beneficios sanitarios, educativos y de bienestar en las áreas rurales bajo la consigna de un «nuevo campo socialista».

En las raíces de esta tradición se encuentra el problema fundamental de cómo gobernar y desarrollar un país con una población *rural* mayor que *toda* la población de África, América Latina o Europa. Ningún otro país, excepto la India, ha tenido nunca un problema ni remotamente comparable⁴². Desde este punto de vista, por dolorosa que fuera la experiencia para los funcionarios e intelectuales urbanos, la Revolución Cultural consolidó el fundamento rural de la Revolución China y sentó las bases para el éxito de las reformas económicas. Baste mencionar que en parte como consecuencia de determinada política y en parte como consecuencia de la desorganización de la industria urbana debida a los enfrentamientos fraccionales, aumentó considerablemente la demanda de los productos de las empresas rurales, lo que propició una importante expansión de las empresas de comuna y de brigada, de las que emergieron más tarde muchas de las EPC⁴³.

⁴¹ Mark Selden, «Yan'an Communism Reconsidered», *Modern China* XXI, 1, pp. 8-44, 1995, pp. 37-38.

⁴² Como ha señalado el académico chino Pei Minxin, sumando los períodos durante los que el gobierno central perdió el control de gran parte de su territorio, China ha experimentado mil años de caos interno. Citado en M. Naim, «Only a Miracle Can Save China from itself», *Financial Times*, 15 de septiembre de 2003.

⁴³ J. Y. Lin y Y. Yao, «Chinese Rural Industrialization in the Context of the East Asian Miracle», cit.; Louis Puttermans, «On the Past and Future of China's Township and Village-Owned Enterprises», *World Development* XXV, 10, 1997.

Al mismo tiempo, la Revolución Cultural puso en peligro, no sólo el poder de los funcionarios del Estado-partido y los logros sociales y políticos de la Revolución China, como se ha señalado anteriormente, sino también todo el componente modernista de la tradición revolucionaria. Su rechazo en favor de las reformas económicas se presentó y fue percibido así como esencial para una revitalización de ese componente; pero con el tiempo el propio éxito de la revitalización movió el péndulo en dirección opuesta, socavando seriamente la tradición revolucionaria a mediados de la década de 1990. Dos acontecimientos en particular marcaron esa tendencia: un enorme aumento de las desigualdades de renta y el creciente descontento popular frente a los procedimientos y resultados de las reformas.

Contradicciones sociales del éxito económico

El enorme aumento de las desigualdades de renta dentro y entre las áreas urbanas y rurales, así como entre diferentes clases, capas sociales y provincias es uno de los hechos mejor verificados del paso de China a una economía de mercado⁴⁴. Mientras esa tendencia se pudo presentar creíblemente como consecuencia de una estrategia de desarrollo desequilibrado que creaba oportunidades de mejora para la mayoría, la resistencia a la creciente desigualdad se vio limitada y fue fácilmente neutralizada o reprimida. Con el tiempo, no obstante, la creciente desigualdad ha chocado con la tradición revolucionaria socavando seriamente la estabilidad social⁴⁵.

⁴⁴ Véanse, entre otros, Yehua D. Wei, *Regional Development in China. States, Globalization and Inequality*, Nueva York, Routledge, 2000; Carl Riskin, Renwei Zhao y Shih Li (eds.), *Retreat from Equality. Essays on the Changing Distribution of Income in China, 1988 to 1995*, Armonk (NY), M. E. Sharpe, 2001; Andrew Walder, «Markets and Income Inequality in Rural China. Political Advantage in an Expanding Economy», *American Sociological Review* LXVII, 2, 2002; Hui Wang, *China's New Order. Society, Politics and Economy in Transition*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2003; Ximing Wu y Jeffrey M. Perloff, «China's Income Distribution Over Time. Reasons for Rising Inequality», KUDARE Working Paper 977, University of California at Berkeley, 2004; Yi Li, *The Structure and Evolution of Chinese Social Stratification*, Lanham (MD), University Press of America, 2005.

⁴⁵ Para explicar por qué ese enorme aumento de la desigualdad de renta no se convirtió en un factor social desestabilizador hasta hace muy poco, habría que tener presentes tres consideraciones. En primer lugar, como se señalaba anteriormente, el bienestar básico siguió mejorando durante las reformas. La mayor pobreza relativa derivada de la creciente desigualdad se vio así acompañada por una menor pobreza absoluta. En segundo lugar, el aumento de las desigualdades en China –medido por índices sintéticos como el coeficiente de Gini– se ha debido en gran medida a una mejora (más que a un deterioro) de la situación de los grupos de renta media. Véanse especialmente X. Wu y J. M. Perloff, «China's Income Distribution Over Time», cit., figuras 2 y 3. Finalmente, según el Grupo de Investigación sobre la Estructura Social en la China Contemporánea de la Academia de Ciencias Sociales

Las tradiciones de la «línea de masas» y del «proceso de socialización por dos vías» desempeñaron al parecer cierto papel en las propias reformas⁴⁶. Sin embargo, cuanto más dirigían a la esfera económica sus energías empresariales los cuadros y funcionarios locales y provinciales del partido, emprendiendo acciones de acumulación por desposesión, más ficticia se volvía la «línea de masas» y más se desplazaba el «proceso de socialización por dos vías» entre el partido-Estado y las capas subalternas de la sociedad china hacia un proceso similar entre el partido-Estado y la burguesía emergente. Y sin embargo, como afirma Samir Amin en un pasaje citado en el capítulo 1, la tradición revolucionaria ha proporcionado a las capas subalternas de China una confianza en sí mismas y una combatividad considerablemente mayores que en cualquier otro país del Sur global e incluso –podríamos añadir– que en la totalidad del planeta, a las que ha dado cierta legitimidad, como señala Wang Hui, la prolongada adhesión oficial del partido-Estado a esa tradición revolucionaria.

El resultado ha sido una proliferación de las luchas sociales tanto en las áreas rurales como en las urbanas. Los casos de «disturbios de orden público» –protestas, enfrentamientos y otras formas de conflictividad social– de los que se ha informado oficialmente han aumentado de alrededor de 10.000 en 1993 a 50.000 en 2002, 58.000 en 2003, 74.000 en 2004 y 87.000 en 2005, disminuyendo sólo ligeramente durante el primer semestre de 2006. En las áreas rurales, hasta 2000 aproximadamente las principales quejas que suscitaban acciones de masas se referían a los impuestos, tasas y otras «cargas». Más recientemente, el paso de determinadas tierras de la agricultura a la industria, la propiedad inmobiliaria y el desarrollo infraestructural, la degradación del medio ambiente y la corrupción de los funcionarios lo-

china (*Social Mobility in Contemporary China*, Montreal, America Quantum Media, 2005, cap. 4), la creciente desigualdad durante el periodo de las reformas se vio acompañada por un aumento de la movilidad intergeneracional (ocupación de los padres/ocupación de los hijos) e intrageneracional (primera ocupación/ocupación actual). Las personas dedicadas a ocupaciones de ingresos más bajos tenían así mayores probabilidades que en el período anterior a las reformas de convertir la diferencia de ingresos entre ocupaciones en una ventaja personal desplazándose a una ocupación con mayores ingresos, y cuanto mayor fuera la diferencia, mayor sería la mejora.

⁴⁶ Ramgopal Agarwala, por ejemplo, halló en su trato con políticos chinos que «los líderes de alto rango mostraban mayor interés por la interacción con diversos niveles de la sociedad que en sociedades organizadas más democráticamente como la de la India»; R. Agarwala, *The Rise of China*, cit., p. 90. De forma similar, Joseph Stiglitz ha señalado que «George Bush ha mostrado los peligros de un secretismo excesivo y de limitar la toma de decisiones a un estrecho círculo de sicofantes. La mayoría de los observadores exteriores no perciben en cambio la atención dedicada por los dirigentes chinos a extensas deliberaciones y consultas en su esfuerzo por resolver los enormes problemas que afrontan»; J. Stiglitz, «Development in Defiance of the Washington Consensus», *The Guardian*, 13 de abril de 2006. Véase también Thomas G. Rawski, «Reforming China's Economy. What Have We Learned?», *The China Journal* 41, 1999, p. 142.

cales del partido y del gobierno se han convertido en las cuestiones más incendiarias. Episodios como los disturbios en Dongyang en 2005 a causa de la contaminación generada por una fábrica de pesticidas, en los que más de 10.000 personas se enfrentaron a la policía dando lugar a la suspensión de la actividad de la fábrica, «han entrado en el folclore chino como demostración de que grupos de ciudadanos decididos actuando en masa pueden obligar a las autoridades a cambiar de orientación y a atender a sus necesidades»⁴⁷.

En las áreas urbanas, la «vieja» clase obrera de las EPE ha respondido desde finales de la década de 1990 a los despidos masivos con una oleada de protestas que a menudo apelaban a normas de justicia de la tradición socialista y al contrato social del «cuenco de arroz garantizado» entre la clase obrera y el Estado que prevaleció durante las cuatro primeras décadas de la RPCh. En general, una combinación de represión y concesiones permitió contener con relativa facilidad esa oleada de protestas; pero más recientemente una serie sin precedentes de huelgas ha mostrado la extensión de la conflictividad a la «nueva» clase obrera, formada en su mayoría por jóvenes inmigrantes, que constituye la espina dorsal de las industrias exportadoras chinas. Combinadas con la creciente conflictividad entre los trabajadores urbanos del sector servicios, estas dos oleadas están disipando la idea habitual en Occidente de que «no hay movimiento obrero en China». Robin Munro, del *China Labour Bulletin*, señala: «En casi cualquier ciudad del interior a la que se viaje se verán varias protestas colectivas importantes al mismo tiempo». Es un movimiento obrero espontáneo y relativamente rudimentario, pero así era también el movimiento obrero estadounidense durante su época dorada de la década de 1930⁴⁸.

⁴⁷ H. W. French, «Protesters in China Get Angrier and Bolder», *International Herald Tribune*, 20 de julio de 2005; T. Friedman, «How to Look at China», *International Herald Tribune*, 10 de noviembre de 2005; H. W. French, «20 Reported Killed as Chinese Unrest Escalates», *The New York Times*, 9 de diciembre de 2005; J. Muldavin, «In Rural China, a Time Bomb Is Ticking», *International Herald Tribune*, 1 de enero de 2006; C. Ni, «Wave of Social Unrest Continues Across China», *Los Angeles Times*, 10 de agosto de 2006; M. Magnier, «As China's Spews Pollution, Villagers Rise Up», *Los Angeles Times*, 3 de septiembre de 2006; M. Magnier, «China Says It's Calmed Down», *Los Angeles Times*, 8 de noviembre de 2006; C. K. Lee y Mark Selden, «Durable Inequality», cit.

⁴⁸ Brendan Smith, Jeremy Brecher y Tim Costello, «China's Emerging Labor Movement», *ZNet*, <http://www.zmag.org/content/showarticle.cfm?ItemID=11152>, 9 de octubre de 2006. Sobre la oleada anterior de conflictos, véanse Ching Kwan Lee, «From the Specter of Mao to the Spirit of the Law. Labor Insurgency in China», *Theory and Society XXXI*, 2, 2002, y C. K. Lee y Mark Selden, «Durable Inequality», cit. Sobre las diferencias entre las dos oleadas, véase Beverly J. Silver, «Labor Uprisings. From Detroit to Ulsan and Beyond», *Critical Sociology XXXI*, 3, 2005, pp. 445-447; y *Forces of Labor. Workers' Movements and Globalization Since 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 64-66 [ed. cast.: *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid, «Cuestiones de Antagonismo 31», Ediciones Akal, pp. 79-81].

Como indiqué en el capítulo 1, esa masiva proliferación de la conflictividad social en las áreas rurales y urbanas ha planteado un desafío totalmente nuevo a la dirección del PCCh y la ha llevado a cambiar de retórica y de política para conseguir un desarrollo más equilibrado entre las áreas rurales y urbanas, entre distintas regiones y entre economía y sociedad, y más recientemente a introducir nuevas leyes laborales destinadas a ampliar los derechos de los trabajadores. Está todavía por ver si ese cambio permitirá rescatar efectivamente la tradición socialista y reorientar el desarrollo en una dirección más igualitaria; pero lo que nos preocupa aquí no es tanto el destino de la tradición socialista en China como las consecuencias más amplias del ascenso chino para las relaciones entre civilizaciones en el conjunto del mundo, y concluiremos el libro analizando esas consecuencias.